

h  
h4-98

BIBLIOTECA DE ESCRITORES ALMERIENSES

---

ANTONIO LEDESMA

---

OBRAS COMPLETAS

---

TOMO I

POEMAS



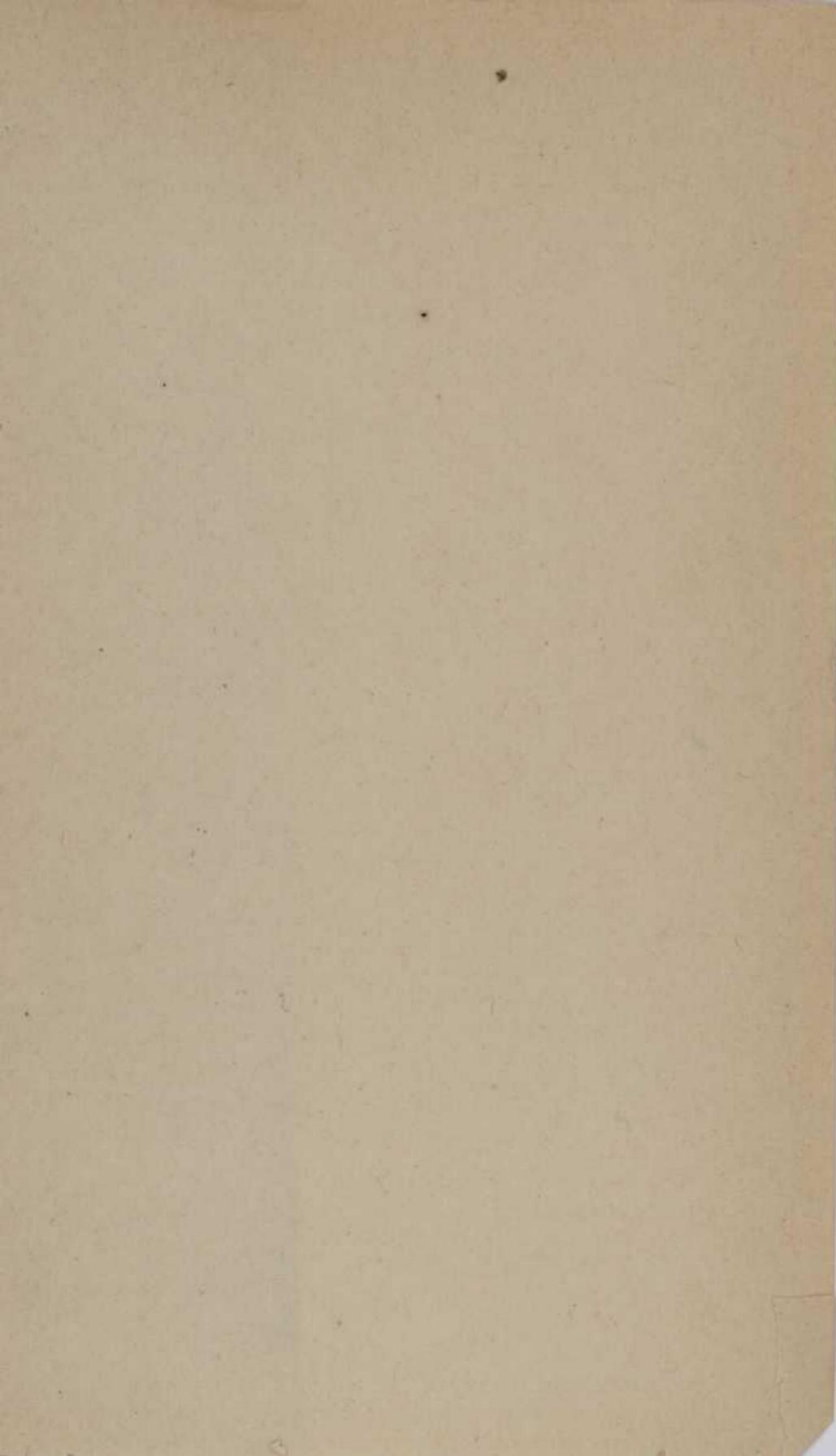
ALMERÍA

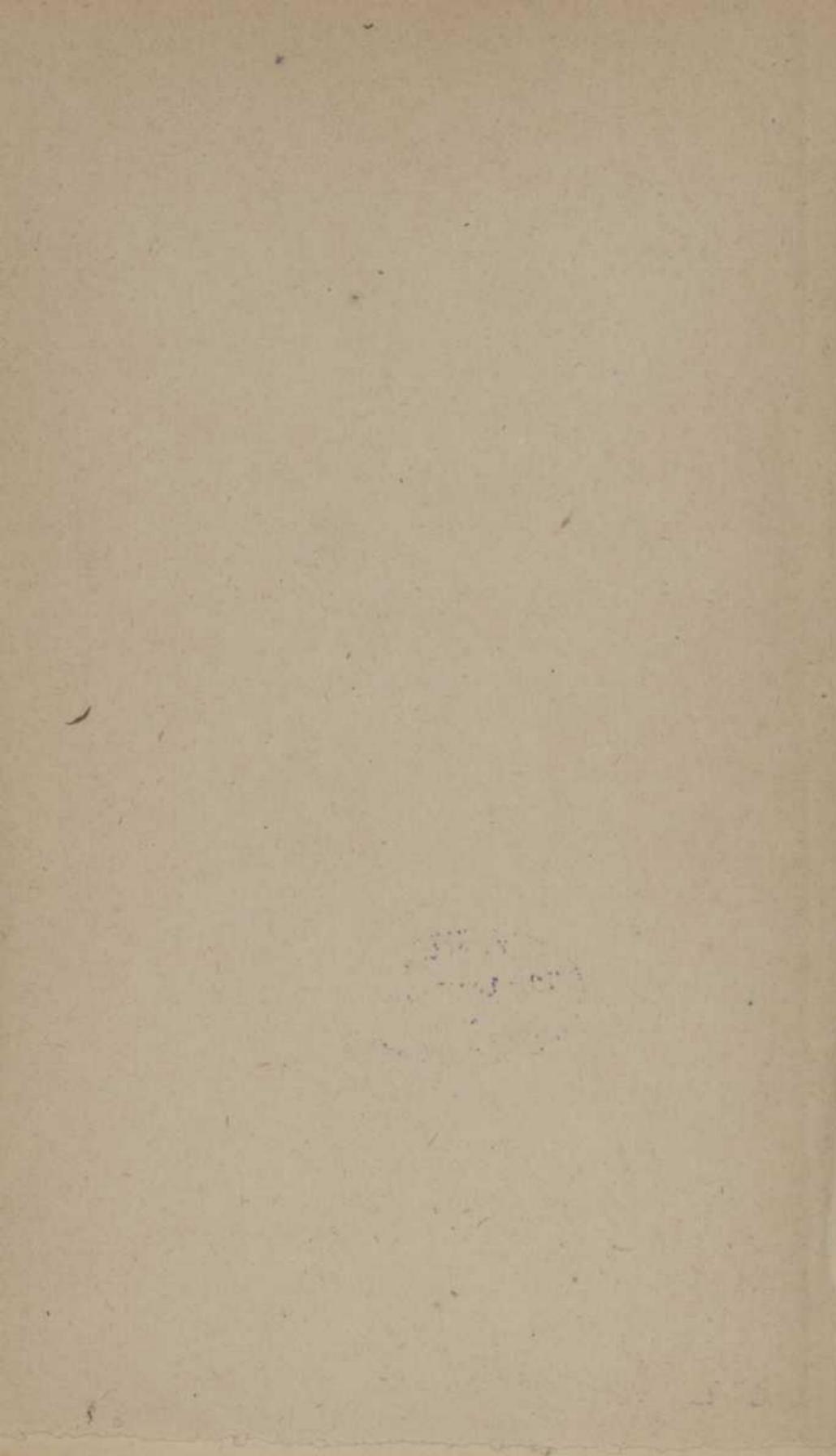
IMPRENTA DEL COMERCIO

1887

A small, rectangular blue stamp with a decorative border, located in the bottom left corner of the page.



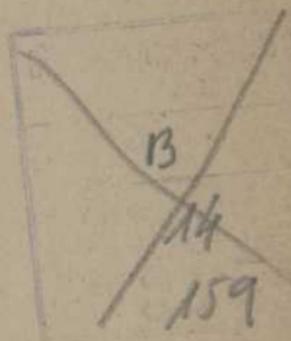




BIBLIOTECA

DE

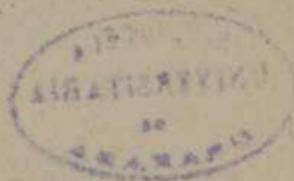
ESCRITORES ALMERIENSES.



BIBLIOTECA HOSPITAL REAL GRANADA	
Sala:	B
Estantería:	6
Número:	741

BIBLIOTECA

UNIVERSITÄT WÜRZBURG

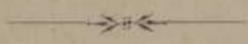



13-17419

Biblioteca de Escritores Almerienses.

---

**ANTONIO LEDESMA.**



**OBRAS COMPLETAS.**

---

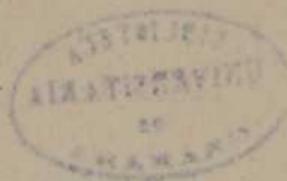


ALMERIA.

IMPRENTA DEL «COMERCIO»

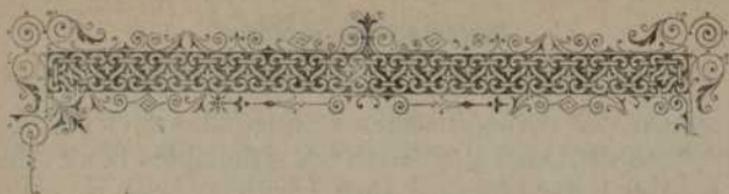
1887.

8.710



POEMAS.





## ADVERTENCIA DEL AUTOR.

---

No ha muchos dias, víme sorprendido por una atenta carta, que en síntesis venía á decir lo siguiente: «Señor mio: he concebido un proyecto gigantesco y descomunal; he imaginado publicar una *Biblioteca de Escritores Almerienses*. V. es uno de los que han de figurar en mi coleccion: necesito que me facilite sus obras, si á bien lo tiene. Descuide V; no le costará un céntimo la edicion; conservará V. su derecho de propiedad incólume, y sólo dispondré de los ejemplares necesarios á cubrir gastos. Remítame los manuscritos, cuanto antes, si gusta. Suyo affmo., X.» Mi primer movimiento fué de estupor. ¡Cómo! pensé; ¿es posible dar á luz una Biblioteca de escritores, en un país donde nadie escribe ni lee. En primer lugar, ¿quién figurará en ella? Despues ¿quién la comprará? Y, suponiendo que se compre, ¿qué ganará con ello un empresario, que sólo dispone de los ejemplares precisos para el coste? Decididamente, rogué á Dios por la salud del editor, y no me ocupé más en el asunto.

Pero no se hizo esperar un recordatorio suyo más vivo y apremiante. En él expresaba estar hechos todos los preparativos, realizadas las suscripciones, dis-

puestos los corresponsales, desplegadas al viento las resmas de papel, y abiertas las insaciables fáuces de la prensa para tragarse mis cuartillas, luego de trasplantadas por la velocísima mano de los cajistas á los ajustados moldes, en esos caracteres de imprenta vueltos del revés, que remedan, sobre las planchas, la inversion de las imágenes en la retina, para producir despues la clara vision de las hermosas páginas que nos recrean. Añadíase en el aprémio una invocacion al patriotismo; seguiale una endecha de inmerecidas alabanzas; y, por fin, venía la fatal noticia de que, por mis pobrísimos trabajos, por ser los mas disponibles, habia de empezar la Biblioteca: que los editores, como las damas, suelen reservar para la post-data sus más aviesas intenciones.

Aturdido con la inesperada nueva, y viendo que el proyecto iba de veras, no supe qué decidir en aquel instante. Un empresario que nos pide por favor obras en que gastar su dinero, sin mira de lucro; que nos solicita borrones, que en maldita la cosa apreciamos, para devolvérmolos convertidos en elegantes volúmenes de buen papel y esmerada impresion; que realiza los sueños de nuestra vanidad de publicistas, si por acaso los alentamos, haciéndonos contemplar nuestras ideas con el relieve de los caracteres de Elzevirio, francamente, es un *avis rara*, un *cygnus niger* que hay que coger de las alas para que no se escape, cuidar como á los faisanes, y atraer para que entre nosotros more y haga cria. Así que, no me pareció bien desdeñar su reclamo, ni espantarle con mi negativa, y, á trueque de retenerle, resolví enviarle los manuscritos que me demandaba, cosa, lector caro, de que con verdadera contricion me halló arrepentido.

Diré el por qué de mi tardío arrepentimiento. Revolviendo polvorientos legajos, rebuscando por los rincones de los desvanes, donde suelo amontonar inú-

tiles papeles, y revisando cuartillas, sólo por mí legibles,—pues mas que trozos de escritura, parecen fragmentos de una danza macabra de mínimas y semicorcheas,—llegué á reunir muchos borradores, los bastantes en cantidad para formar vários tomos, que era lo que se me pedia. Pero despues de entregarlos, caí en la cuenta de que todo aquello tenia que asombrarse de verse en letras de molde; de que poco, ó muy poco, habia sido escrito para el público; de que aquel conjunto abigarrado y vário de poemas, cantos, odas, novelas, cuentos y discursos, no era digno de figurar, no digo en una Biblioteca de Escritores Españoles, ni siquiera en la más reducida y modesta de Autores Almerienses, que, con buen deseo, se intentaba coleccionar. Y reconociéndolo así, con lealtad y franqueza, encontraba presuntuoso haberme apresurado á remitir mis trabajos antes que otro alguno; haber accedido á que con ellos se iniciase la publicacion; no haber rogado, al ménos, que se les colocase en el último lugar, como en todo caso correspondia; consolándome únicamente de este pesar, la idea de que, dadas tales explicaciones, se me juzgaría por mi intención, que no habia sido ciertamente usurpar un puesto que no me pertenece, sinó abrir el camino á las filantropías de ese magnánimo editor, llovido del cielo, á quien tanto debiera imitar la famélica raza de los que, hasta ahora, se han estilado.

Efecto de mi irreflexiva condescendencia, es que salgan á luz por primer volúmen de la Biblioteca de Autores Almerienses estos *Poemas* míos, que no podian sospechar les estuviese reservado semejante destino. Yo los recomiendo á la benevolencia del público, por una triple razon: primera, por ser míos y ya necesitarla en alto grado, por tal concepto; segunda, por la forma y manera con que he tenido que facilitarlos, que me ha privado de tiempo bastante para hacer en ellos las muchas correcciones que habrán de menes-

ter; y tercera y no ménos importante, porque estas composiciones pertenecen al número de aquellas de que dejo dicho que no han sido escritas para el público, ni en vista de sus gustos y tendencias, sino para satisfacer puras necesidades subjetivas, desahogar sentimientos propios, ó traducir emociones personales que no habian de trascender, á lo sumo, mas que á un reducido círculo de amistades íntimas.

Fácil me hubiéra sido, si otra cosa me hubiese propuesto, elegir asuntos más interesantes á la generalidad de los lectores y prescindir de ese subjetivismo exagerado que campea en todas estas páginas; pero, desconfiando de mis propias fuerzas para desarrollarlos, y no atreviéndome á comparecer ante el público á demandarle laureles de poeta, que no merezco, y por los que tampoco siento afición, me reduje á cultivar este género literario, segun mis particulares caprichos, sin atender á modelos ni reglas de buen gusto, con completa independendia, y para mi uso particular, á semejanza de aquellos que, retirados á una quinta solitaria, dedícanse á trazar en ella, segun su antojo, jardines y bosquecillos; colocan aquí una fuente y allá un raro kiosco, abren por un lado una arenosa senda y por otro dejan caer una rumorosa cascada, sin ceñirse á las exigencias del arte de la jardinería; sin la esperanza de que otros admiren su obra, y para halagar solamente sus sentidos y recrear su corazón con la vista de aquellas perspectivas, el paseo matinal por aquellos sitios, el descanso bajo aquellas frondas, y el ruido adormecedor de aquellas aguas.

No se asombre, pues, el que leyere, del fondo de personalismo que se descubre en la mayor parte de estos *Poemas*, ni tome á mal el que haya dicho en alguno de ellos, que el público viene á ser un inmenso nadie. Ni ha sido mi objeto empalagarle con relatos que no le importan, ni hacerle objeto de mi desdén,

cuando sólo merece mi respeto. Precisamente por este respeto no me habia atrevido á escribir sinó para mí mismo, y hoy que lo escrito bajo este propósito ha de pasar á manos de los demás, he creido necesaria esta advertencia, para que sirva de circunstancia atenuante al delito de imprudencia temeraria, de que me reconozco por autor.

Yo tenia ya condenadas estas obras á reclusión perpétua. El editor ha interpuesto recurso de casación ante el público, considerando el fallo en extremo rigoroso. Los autos ván á ese Tribunal Supremo inapelable. Por mi parte no me forjo grandes ilusiones, pero me alegraré de que el apelante no pierda el pléito con las costas.





EL PEDAZO DE CÁNTARO.

Poema en un canto.





## El Pedazo de Cántaro.

---

### I.

¡Dichosa edad la de los quince abriles!  
¡Con cuán íntimo gozo  
El rapáz, á quién ni aun apunta el bozo,  
Ya alienta en ella con ensueños miles!  
¡Cómo el fuégo le inflama  
Que un incendio voráz será más tardel  
¡Qué prematuro alarde  
Hace de esa ilusión, que amor se llama!

### II.

Arido corazón, cuando renuevo  
De mis felices días la memoria;  
Cuando en mis versos desiguales pruebo  
A hacer lo viejo nuevo,  
Anécdotas sacando de mi historia;  
Al fijar mi atención en los despojos  
De mi ilusión, un día tan sublime,  
Siento que el pecho de dolor se oprime,  
Y que el llanto se escapa de mis ojos.

No eres ya cual solías; árbol huéco,  
En derredor proyectas sombras graves;  
No dás albergue en tu ramage seco  
A dulces brisas, ni á canoras aves;  
En campo triste, en actitud severa,  
Mudo y batido por el fiéro Norte,  
Solo aguardas el rayo que te hiéra,  
O el hacha compasiva que te corte.

## III.

¡Cuán otro entonces, en mi edad florida,  
Lograbas ostentarte, ¡cuán risueño!  
En aquella alborada de mi vida,  
La tierra estaba de tu amor henchida,  
Y era el Orbe el palacio de mi sueño.  
Yo entonces comenzaba á ser poeta,  
Y algo pintor también, y en los paisages,  
Y en la mar azulada, limpia y quieta,  
Y del monte en la inmensa silueta  
Encontraba colores y lenguages;  
Y buscaba el Ocaso que se inflama  
Cuando el brillante sol allá declina,  
Y trepaba corriendo á la colina  
Para seguir su esplendorosa llama,  
Y recorría el bosque, rama á rama,  
Y escuchaba un acento, voz divina,  
Que desde el mar, el bosque ó la riina,  
Gritaba por doquiera: «sueña y ama.»

## IV.

Era un verano ardiente;  
De la ciudad huyendo á los calores,

Partí con mi familia alegremente  
Al campo, á una casita sonriente,  
Orlada de naranjos y de flores.  
Colocada á las márgenes de un río,  
Con vista á las montañas y á la vega,  
Desde allí se escuchaba el murmurio  
Del agua cristalina que la riega;  
Se oían de la siega  
Retrasada, los ecos bulliciosos;  
Por el estrecho desigual camino,  
Se veía venir al campesino  
Con su carro de buéyes perezosos;  
Y sus miéses en él amontonadas,  
A veces, como rojas banderolas,  
Ostentaban sencillas amapolas  
A las áureas espigas enlazadas.

## V.

En aquella mansión, todo alegría  
Respiraba y venturas y contento;  
Sobre la vega el mirador caía,  
Y en el balcón la vid se retorció  
Oscilando sus pámpanos al viento.  
El claro firmamento  
Derramaba su luz, desde la altura,  
De la verde colina por la falda,  
Y el huerto, el caserío, la llanura,  
Parecían magnífica pintura  
Con toques de arrebol y de esmeralda.  
Teñida en rojo y gualda,  
Ostentábase allá la hermosa sierra  
De la atmósfera tibia entre los velos,  
Con nieves que el Estio no destierra,  
Cual gradería inmensa de la tierra

Para escalar la cumbre de los cielos;  
Y una hamaca colgada  
En mi aposento, abierto al Mediodía,  
Me brindaba esa vista regalada  
Del prado, de la huerta y la alquería,  
Del río, de la vega dilatada,  
Y de la sierra azul medio nevada,  
Que al cielo en escalones ascendía.

## VI.

Como en el campo nuestra mente vuela,  
Y más si la novela vá en su ayuda,  
Yo dejaba volar mi mente muda  
Leyendo á Rafael, Pablo y Graciella.  
Horas pasaba en vela  
Embebido en románticas hazañas;  
Virgínia era mi amante pensamiento;  
Cual Rafael erraba en las montañas;  
Soñaba en las riberas de Sorrento,  
Y en sus barcos, su mar y sus cabañas.  
Y así me hallaba la naciente aurora,  
Y el último crepúsculo del día,  
Y la siesta estival abrasadora,  
Y esa noche sin par de Andalucía,  
Más brillante y ardiente y seductora,  
Más henchida de estrellas y armonía.

## VII.

Una tarde salí, con paso incierto,  
De mi huerta de extensos naranjales;  
Anduve errante por el campo abierto

Con la escopeta al brazo, pues por cierto  
Abundaban entonces los zorzales;  
Mas, de mi mente al caprichoso giro  
Dejándome llevar, y abandonando  
La caza (abnegación de que hoy me admiro)  
Fuí todo el tiempo sin tirar un tiro,  
En mi quimera juvenil pensando.  
El sol se fué ocultando,  
Y las sombras se fueron extendiendo;  
Iba yo absorto andando,  
Hasta que, ya el sentido recobrando,  
Y un eco dulce y melodioso oyendo,  
Detuve el paso, me limpié la frente  
De sudor empapada,  
Y me hallé junto al agua sosegada  
Del ancho abrevadero de una fuente:  
Fuente en forma de alberca,  
Con caños de metal y límpios chorros,  
Donde, en ruidosos corros,  
Las muchachas del pueblo, que está cerca,  
Sus cántaros llenaban á porfía,  
Y mezclada y confusa se escuchaba  
De sus risas la alegre algarabía,  
Con el *glú, glú*, del viento que salía  
Del cántaro en que el agua penetraba.

## VIII

Partió por el sendero polvoriento  
La postrera pandilla diligente,  
Cual grupo de palomas por el viento,  
Y á solas con mi eterno pensamiento  
Yo me senté á los bordes de la fuente;  
Cuando, por la pendiente  
De los vecinos cerros, de una cuéva,

Con el cántaro al brazo, sola y muda,  
 Con saya, que jamás pudo ser nueva,  
 Ví que bajaba una muchacha ruda;  
 Y, á la luz del crepúsculo lejano,  
 Hallé que era su rostro sobrehumano,  
 Y admirado quedé del fiero ultrage  
 Que causaba aquel roto y pobre trage,  
 A una belleza digna del Ticiáno.

## IX.

Yo la estaba mirando de hito en hito,  
 Conforme iba bajando lentamente;  
 Llegó absorta, y, al verme, de repente  
 El cántaro escapósele, y dió un grito.  
 El pobre cantarito  
 A sus plantas quedó, pedazos hecho;  
 Yo con palabras dulces le hablé en tanto,  
 Y aun por poco en mis brazos si la estrecho;  
 Ella inclinó su rostro sobre el pecho,  
 Con las manos cubrióse, y rompió en llanto.  
 ¡Qué amarguísimo lloro!  
 En vano yo atajarlo pretendia:  
 —Cállate, no seas tonta, le decia;  
 Yo te daré otro cántaro de oro.  
 La niña, en su decoro,  
 Contestaba con áire el más bizarro:  
 —No señor, no lo quiero, aunque le cuadre;  
 Regañará mi madre;  
 Quiero solo mi cántaro de barro.  
 —¿Tienes madre? exclamé, cual si quisiera,  
 Por distraerla, hablar de cualquier cosa:  
 —Sí que la tengo, respondió llorosa.  
 ¿Podiera yo vivir si no viviera?—  
 Mi madre,—siguió hablando,—es una anciana

Que en esa cuéva con mi padre habita;  
 Está ciega, señor, pero es bendita:  
 Mi padre está impedido y nada gana.  
 Yo salgo de mañana,  
 Hago una carga de tomillo y leña:  
 La vendo, y así cómen; pero noto  
 Que nuestra suerte en empeorar se empeña:  
 Por eso hasta mi cántaro se ha roto.  
 Y cruzando sus brazos,  
 Tan morenos cual mórbidos y bellos,  
 Con sus ojos, de fúlgidos destellos,  
 Del cántaro miraba los pedazos.

## X.

Quince años... una fuente bullidora,  
 Y allí solos los dós... la tarde bella,  
 Envuelta en la penumbra seductora,  
 Dando ya paso á la primer estrella....  
 Mi mente enloquecida y soñadora,  
 Llorosa y triste y pensativa ella,  
 Y, para colmo de atracciones tantas,  
 Un cántaro quebrado á nuestras plantas...  
 ¡Qué idilio tan real y tan sentido!  
 Era mi vago indefinible sueño  
 En realidad viviente convertido:  
 Por eso, con empeño,  
 Detuve á aquel arcángel compungido,  
 Procuré deshacer su triste ceño,  
 A mi lado le puse, y, conmovido,  
 Viendo sus piés cortados del guijarro,  
 Su rostro hermoso por el sol curtido,  
 Le prometí un pañuelo, y un vestido,  
 Y unas botas, y un cántaro de barro:  
 Y enjuagué de sus párpados el lloro,  
 Y le hice sonreír por vez primera,  
 Y, con voz misteriosa y lisongera,



Le dije: «eres divina; yo te adoro.»  
 Y, en tan grato embeleso,  
 Rodeé su cintura muy despacio,  
 Recliné sobre mí su dulce peso,  
 Y, en médio de la boca, le dí un beso  
 Que quedó resonando en el espacio!

## XI.

Soltóse y escapó; por la pendiente  
 Subió como una cierva fugitiva:  
 Mientras así corría velozmente,  
 Yo allí quedé á los bordes de la fuente;  
 Pero el alma tras ella se me iba.  
 Y en mi pasión tan viva,  
 Mirándola saltar de roca en roca,  
 Por sendas retorcidas ó derechas,  
 Con ambas manos, cual si fueran flechas,  
 Mil besos le mandaba de mi boca;  
 Hasta que ya ganó su cuéva oscura,  
 Y, al ver yo en sombras el desierto llano  
 Y la noche, señora de la altura,  
 Tomé un trozo del cántaro en mi mano,  
 Por recuerdo no más de mi aventura;  
 Busqué mi huerto en el confín lejano;  
 Y cuando entré en mi casa, con el tiesto  
 Y la escopeta al hombro muy ufano,  
 Todos decían: «¡Bravol ¡soberanol  
 ¡Magnífico! ¡Has cazado todo esto!»  
 Sin pensar, por supuesto,  
 Que un pedazo de cántaro mezquino,  
 Puede ser un recuerdo peregrino,  
 Una reliquia santa á la memoria,  
 La página mas bella de una historia,  
 Y el trozo de un poema el más divino.



EL CÁNTARO INVISIBLE.

POEMA EN UN CANTO.

Segunda parte de «El Pedazo de Cántaro.»





## El cántaro invisible.

---

A LA SEÑORA MARQUESA, VIUDA DE....

### I.

Marquesa encantadora,  
Que mi anterior poema habéis leído;  
Por si os ha entretenido,  
Una segunda parte os mando ahora.  
Como el fruto exprimido  
Va destilando el jugo deseado,  
Que calma á veces nuestra sed extrema,  
Así mi corazón, por mí estrechado,  
Deja escapar poema tras poema;  
Y, en todos mis renglones, bien se nota  
Que se derrama lo que el alma siente;  
Que toma forma la emoción que brota:  
Que el papel es la copa trasparente  
Que la vá recogiendo gota á gota.

### II.

Por eso, yo no invento;  
Nunca supe inventar los lances varios

Con que otros tejen la novela, el cuento  
 O los dramas de horror, patibularios;  
 Y siempre que escribí, tuve delante  
 Mi propio corazón y mis memorias;  
 Y, de estos materiales, mis historias  
 Peregrinas compuse en un instante.  
 Hasta un tétrico drama  
 Que forjé, y ya ni aún sé como se llama,  
 Por que cayó en la noche del olvido,  
 Lo saqué de mí mismo: sus escenas  
 Las tracé con la sangre de mis venas;  
 Mi corazón, en trozos dividido,  
 Dió la existencia á cada personaje;  
 Yo mismo les presté mi propia vida,  
 Mis ideas fatídicas y extrañas;  
 El pelícano fuí, que en las montañas  
 Busca el oscuro huéco donde anida,  
 Y al volver, sin la pesca apetecida,  
 Dá á comer á sus hijos sus entrañas.

## III.

Así, cuando leáis  
 Esta segunda parte, ó bien cualquiera  
 De mis humildes obras, no digais  
 «¡Ilusiones románticas! ¡quimera!  
 ¡Un cuento inverosímil que forjáis!»  
 No, Marquesa hechicera;  
 Sabed que así pensando no acertais:  
 Que lo que cuento es cosa verdadera.

## IV.

Si os pudiera enseñar cierto Museo,  
 Donde tengo reunidas prendas varias

De cada mi amoroso devaneo,  
Veríais que, entre mil estrafalarias,  
El pedazo de cántaro poseo.  
Por cierto que reparo  
En un hecho bién raro:  
Que las cartas amantes desaparecen  
Roidas de ratones y polilla;  
Que los rizos se pican y enmohecen;  
Que los retratos mismos, que más quiero,  
Se borran por el tiempo inexorable;  
Pero que, en cambio, el tiésto miserable,  
El pedazo de cántaro, está entero.

## V.

Completando su historia interrumpida,  
Y dejando importunas digresiones,  
Confesaré que, á caza de emociones,  
Fuí de nuevo á la fuente consabida,  
Y que hallar solo pude decepciones.  
La niña, que partió despavorida,  
Más no tornó á la fuente aquél verano:  
A la cuéva subí, no estaba en ella;  
Crucé los montes por hallar su huélla,  
Con la escopeta al hombro; pero en vano.  
Un misterioso arcano  
Me la ocultó insistente; yo, muy triste,  
Erraba por el valle y la llanura;  
A veces, escalando la montaña,  
Me sentaba en el pico de una altura,  
Soñando y persiguiendo su figura.  
En los girones de la niebla extraña;  
Y cuando, absorto en los delirios esos,  
A mi quinta volvía presuroso,  
Y me entraba en mi cuarto, algun reposo

Buscando en él á mis molidos huésos,  
Dominar no podía los accesos  
De mi pasión; veía mi soñada  
Imágen, con sus rasgos en mí impresos,  
Y de llanto cubría la almohada,  
Y el pedazo de cántaro de besos.

## VI.

Así pasó el Estío  
Y llegaron las ráfagas de Octubre:  
Como el campo se cubre  
De muertas hojas, que arrebató el río,  
El pobre pecho mío  
Vió morir sus postreras esperanzas.  
Las tardes se acortaban cual sus sueños;  
Ya no gozaba hermosas lontananzas,  
Ni sentimientos dulces y risueños.  
¡Adiós! decía la amarilla hoja,  
Triste al caer del árbol sacudida;  
Su adiós, en el Ocaso, oscurecida,  
Me mandaba del sol la lumbre roja;  
¡Adiós! la charladora golondrina  
Gritaba, al alejarse por el viento;  
Y el naranjal, y el bosque, y la colina,  
Y la campana, al resonar vecina,  
Solo tenían para mí este acento.

## VII.

Abandonando el campo desolado,  
A la ciudad volvimos con premura:  
¡Qué yermo estaba el prado!

A un lado y á otro lado,  
¡Qué desnudo el camino de verdural!  
¡Qué sierra tan oscura  
Aquella á cuyos piés el rio corre!  
¡Qué valle, qué campiña tan sombría,  
La que hermosa otras veces se descorre  
Desde los cerros de la pátria mía!  
La nostalgia sentía  
Mi triste corazón de aquel paisaje,  
Que en prematuras sombras se envolvía.  
Cuando, al rodar veloz el carruáge,  
El ya seco follage  
Entre las ruédas rápidas caía,  
Quejarse parecía,  
Gemir y sollozar en su language.  
Así todo el viage  
Pasó lleno de sombras y tristeza;  
Ya, cerca de poblado, el cementerio  
Me sorprendió, cual muda fortaleza,  
Con sus cruces, su horror y su misterio,  
Y la noche, cubriendo el hemisferio,  
Vino á aumentar mi espanto y su grandeza;  
Contrastando la oscura  
Necrópolis, desierta y silenciosa,  
Con la Ciudad viviente que, en la hondura,  
De sus luces de gas, hasta la altura  
Formaba una aureóla esplendorosa.

## VIII.

Tres meses encerrado  
En mi estrecha mansión, día tras día,  
Estuve á mis nostalgias entregado:  
Estudiaba, leía,  
Me asomaba á un jardín jamás cuidado,

En donde solo un plátano crecía;  
O escuchaba la lluvia que caía,  
Llanto perenne del invierno helado.

## IX.

Una noche de Enero,  
Cuando más redoblaba el aguacero,  
Ametrallando fuerte los cristales;  
Cuando, á la amante lumbre del brasero,  
Pasábamos las horas eternas  
En familiar reunión, con la lectura  
De historias y leyendas embebidos,  
De pésima ó magnífica estructura:  
Pues en la mesa estaban confundidos  
Los tomos de Ginebra y Lanzarote,  
De Escrich y de Fernandez las novelas,  
Y los cuéntos de brujas y de abuelas  
Con la Iliáda, la Enéida y el Quijote;  
Llamaron á la puerta,  
Y por fuéra se oyó una voz incierta  
Que limosna y albergue pretendía;  
Voz que de una persona parecía,  
A quién se llora ausente, ó tal vez muerta.  
Sobre su gozne abierta  
La puerta rechinó, y al espacioso  
Patío dió franco acceso; yo, curioso,  
Me asomé al corredor con faz amiga,  
Y ví, en traje deshecho y andrajoso,  
A la luz del farol, á una mendiga.

## X.

Mi madre era tan buena  
Que le hizo entrar, le preparó la cena,

El blando lecho al punto le dispuso,  
Ropas de médio uso  
Le dió para cubrir sus miembros fríos,  
Y unos zapatos míos  
En sus morados piés, tambien le puso.  
Yo me acerqué confuso  
A mirar á aquel ser desheredado  
De la fortuna, por la suérte impía  
Sin razón ni motivo castigado,  
Y extático quedé y paralizado,  
Porque aquella visión era la mía.  
Sí, duda no cabia:  
Era la niña aquella de la fuente,  
La del cántaro roto, la del beso,  
La que dejó mi corazón impreso  
Con su imagen divina y refulgente!

## XI.

Ella contó á mi madre  
Que aquel invierno huérfana quedóse;  
Que los guárdas del monte la lanzaron;  
Que de coger su leña le privaron;  
Que hasta su pobre cuéva desplomóse;  
Que sin albergue vióse  
Y que imploró el auxilio de las gentes;  
Que nadie, ó casi nadie le hizo caso;  
Que anduvo por caminos diferentes;  
Que durmió á campo raso;  
Que llegó á la ciudad, descalza y yerta,  
Entre el turbión y el huracán bravo:  
Y sin lecho, sin pan, muerta de frío,  
Se arrodilló, llamando á nuestra puerta.  
Mi madre, compasiva,

«Nunca te irás de aquí mientras yo viva,»  
Le respondió, al oír su triste historia;  
Ella á sus plantas se arrojó entretanto...  
Cuando viene esta escena á mi memoria  
Aun brota de mis párpados el llanto.

## XII.

Eligióla mi madre por doncella,  
Y, limpia y aseada,  
Al otro día apareció tan bella,  
Como la clara luz de la alborada.  
Yo he visto en la enramada  
Un capullo de rosa, envuelto en lodo,  
Manchado y sucio todo,  
Y lo he visto, á la luz del nuevo día,  
Tras la lluvia del cielo anubarrado,  
Ostentarse divino y sonrosado  
Y derramar aromas de ambrosía.  
Así ¡quién lo diría!  
Aquella joven sucia y andrajosa,  
Con saya nueva y con corpiño estrecho,  
Estaba más que hermosa:  
Derramaba una esencia voluptuosa  
El respirar de su agitado pecho;  
Con su talle derecho  
Parecía una palma verde y tierna;  
Su cabello en dos trenzas recogía,  
Y él cielo de la tarde se veía  
En su mirada de tristeza eterna.  
Una sorpresa interna  
El verme le causó, mas reprimióla:  
Solo observé que vaciló un momento,  
Y que su tez, curtida al sol y al viento,

Se tiñó del color de la amapola.

## XIII.

¿Recordó aquella escena de la fuente,  
Su roto cantarillo, y mi atrevida  
Acción? Seguramente:  
Hay cosas que se graban en la mente  
Y de allí no se apartan en la vida.  
Se fingió distraída,  
Eso sí, no hizo miéntes del suceso;  
Yo tampoco pensé en causarle agravios;  
Mas ¡qué importaba todo, si en sus labios  
Aun palpitaba mi amoroso beso:  
Si lo veía preso,  
Como un ave, en el nido de su boca;  
Si era una flecha, por mi amor clavada,  
En el rojo entreabrir de una granada  
De dulce jugo que á beber provoca!  
Allí existía un lazo misterioso  
Que á los dos nos ligaba; cierta huella  
Grabada para siémpre; un luminoso  
Letrero que, en su boca linda y bella,  
Decía con sus rasgos de centella:  
«Soy suya; en este sitio fué dichoso.»

## XIV.

Leyendo esas palabras noche y día,  
Viendo cerca á aquél ser idolatrado,  
Viviendo bajo un techo; yo entregado  
A novelas y ensueños todavía:  
Si antes tanto la amé, ¿qué pasaría

Después? Ya habreís, Marquesa, adivinado;  
Que mi insensato amor subió de grado:  
Que si antes me quemé, después ardía.  
Mas, lo juro á fé mía,  
Mi juvenil pasión fué entonces pura;  
Si ella á mi amor rindióse fué por eso  
Yo fui tímido asaz en mi aventura;  
Un apretón de manos, sin exceso,  
En una habitación, tal vez oscura...  
Momentos de dulcísimo embeleso...  
Estrechar con mi brazo su cintura...  
Con sus rizos jugar... todo bobada:  
Aplicar muchas veces el oído  
Por sorprender más cerca su latido...  
En suma, casi nada, casi nada:  
Tenerla así estrechada...  
Beber su encanto... respirar su aliénto...  
Descansar mi cabeza en su regazo...  
Querer conmigo unirla en un abrazo  
Y fundirla en un solo sentimiento...  
Entrar en su aposento,  
A hurtadillas, en noches del Estío  
En que vertía fuégo el firmamento...  
Seguir nuestro inocente desvarío  
Allí sentados, en la sombra, á solas,  
Abierta la ventana, contemplando  
El jardín y las playas y las olas...  
Niñerías no más, ya estais notando:  
El amor es un niño que, jugando,  
Se pasa la existencia toda entera;  
Pero, roto el juguete y la quimera,  
Siempre al cabo se queda sollozando.

## XV.

Y ese fué el fin: la niña cada día

Más pálida y más triste se tornaba;  
El fuégo del amor la consumía,  
Y, á veces, abrazándome gemía,  
A veces, solitaria sollozaba.  
Palabras murmuraba  
Incoherentes y extrañas á mi oído;  
Su acento de un quejido era el remedo:  
Aquel celeste arcángel, tan querido,  
Poco á poco, me fué causando miédo.  
Con un acento quedo,  
Gritaba desde el fondo mi conciencia:  
«¿Dónde vas, insensato?  
¿Á dónde te conduce tu demencia?  
¿Del árbol misterioso de la ciencia  
Del mal y el bien, el fruto nunca es grato!»  
Yo me quedaba un rato  
Pensando en estas cosas, y decía:  
¿Por qué malo ha de ser? ¿qué tontería!  
¿Qué daña un amor tal? ¿qué mancha impura  
Puede dejar mi mano en su cintura?  
¿Por qué nefando nos será este lazo?  
¿Qué delito comete una criatura  
Con dar ó recibir un tierno abrazo?  
Sin ver que del amor la llama pura  
Es como el fuégo mismo, que ilumina,  
Que hace día la noche, si fulgura;  
Mas que, si prende cerca por ventura,  
Quema, incendia, destruye y nos calcina!

## XVI.

El incendió estalló, voraz, terrible;  
¿Cómo no había de estallar, Marquesa,  
Aglomerando tanto combustible?  
En una noche, su humareda espesa

Turbó nuestra razón. ¡Qué noche horrible!  
Todo en ella redújose á pavesa.  
Hablábamos los dos con indecible  
Ternura: reteníala yo presa  
En mis brazos amantes...  
Formábamos castillos en el viento...  
Tan solo, en el oscuro firmamento,  
Nos veían los astros rutilantes!  
En sus ojos, de esferas luminosas,  
Tenía ramalazos encendidos,  
Como esos nublos, de arrebol teñidos,  
Que anuncian tempestades estruendosas.  
Lágrimas temblorosas  
Caían de sus húmedas pestañas  
Sobre mi labio, que acerqué sediento ;  
Cual recias gotas, que arrebata el viento,  
De la nube aferrada á las montañas.  
Nunca la ví tan bella y tentadora;  
Me ahogaba con sus brazos; como sellos  
Osculos me imprimía seductora;  
Flotaban destrenzados sus cabellos,  
Cada crencha cual sierpe silbadora;  
Yõ me enredaba y me prendía en ellos...  
La soledad, el sitio, aquella hora,  
Aquella imagen de contornos bellos,  
La sombra opaca que á cegar obliga,  
Todo me arrebató, Marquesa amigal..

.....  
¡Una páusa de espanto  
Nos heló el corazón! Yo quedé yerto;  
Ella anegose en lastimero llanto:  
Aquello era pecado, sí por ciérto.  
Una voz escuchamos, de improviso,  
Que nos turbó con tan terrible nueva;  
La misma que, llamando á Adán y á Eva,  
Les confundió y lanzó del Paraíso.  
Salimos de la estancia, sin sosiego,

Medrosos, nuestros rostros ocultando,  
Sin decirnos, como antes, hasta luégo,  
Gimiendo y sollozando,  
Y á la puerta del cuarto, custodiando,  
Se quedaron dos ángeles de fuégol

## XVII.

Entré en mi dormitorio delirante:  
Una noche pasé de insomnio eterno,  
En la cama sentado, agonizante,  
La maldición sintiendo del Averno;  
Con mi conciencia y con mi Dios delante,  
Viendo aquel ángel cariñoso y tierno  
Connigo, en nuestro loco paroxismo,  
Arrastrado hasta el fondo del abismo.  
¿Cómo arrostrar los dos la luz del día?  
¿Cómo ya alzar nuestra cabeza ufana?  
La luz, la misma luz nos gritaría:  
«Mirad, mirad, vuestra ilusión fué vana.»  
Ya para mi, gentil, no cruzaría  
Ella el huerto, ante el sol de la mañana;  
Roto el cristal de nuestro amor bendito,  
Solo quedaba el antro del delito.

## XVIII.

Cuando la luz entraba en mi aposento,  
Salí, temblando de encontrar su huélla,  
Y ví mi casa toda en movimiento.  
«Se ha marchado;» decían, al momento  
Todo lo comprendí, se hablaba de ella.  
Huyó sí, no sé mas. A mi aislamiento

Volví y á mis nostalgias; mas ¡qué extraño  
Cambiol ¡qué diferente sentimiento!  
Estas me hacían daño;  
Aquellas eran dulces emociones:  
Y es que fuéron nostalgias de ilusiones,  
Y estas eran de culpa y desengaño.  
¡Ay! que el amor es misteriosa fuénte,  
Y cántaro invisible la inocencia;  
Y allá baja, á llenarlo en su corriente,  
La ilusión de la tierna adolescencia;  
Y está bajo la linfa la rompiénte,  
Y no la vé jamás la inexperiencia,  
Y roto en ella el cántaro invisible,  
Solo nos queda decepción horrible.

## XIX.

De aquella triste niña, ¿qué sería?  
La he buscado después inutilmente.  
Quizá, al vagar su espíritu doliente,  
Allá á la fuénte á sumergirse iría.  
Los años han pasado, y todavía  
No pasa su recuerdo de mi mente:  
En cada Julio que retorna ardiénte,  
Vuelvo á mi naranjal y mi alquería.  
Hundida está la cuéva; por aquella  
Pendiente de caliza y de granito  
Bajan otras zagalas, mas no ella:  
Esa es la fuénte del amor bendito;  
Aunque está tan serena y es tan bella,  
¡Cuántas quiébran allí su cantarito!



UN EPISODIO EN GRANADA.

Poema en un canto.





## UN EPISODIO EN GRANADA.

---

Á LA SEÑORA CONDESA DE....

### I.

¿No habeis visto á Granada?  
Pues no dejéis de verla, ello es preciso;  
Granada es el umbral del Paraíso;  
Quien verla no logró, no ha visto nada.  
Granada es luz del sol que, condensada,  
En ciudad convirtiése de improviso;  
Dios realizar este milagro quiso  
Y, á los piés de una sierra, que nevada  
Se ostenta eternamente,  
En la mejor región de Andalucía,  
Se fabricó el jardín más sonriente;  
Con pedazos de cielo y luz del día  
Hizo una villa hermosa y esplendente;  
Y colocó la Alhambra, allá en su frente,  
Por corona de rica pedrería!

### II.

Pálida es toda descripción, Condesa;  
Ni en los mágicos versos de Zorrilla,

Ni en las pinturas de Fortuny, impresa  
Puede mirarse tanta maravilla:  
Aquello se contempla, no se expresa;  
Se absorbe por los ojos, ¡tanto brilla!  
Es mirage divino que relumbra;  
Visión que nos fascina y nos deslumbra.  
Figuraos una alfombra, un verde llano  
Con bosques, caseríos y ramages;  
Una sierra de albísimos encages,  
Donde la nieve pura del verano,  
La inmaculada nieve de los cielos,  
A los besos del sol, que allá fulgura,  
Se desriza en cantores arroyuelos,  
Y baja, serpeando, de la altura,  
Y forma, en la magnífica llanura,  
Dos ríos cadenciosos y gemelos;  
Soñad que, al caminar esos dos ríos,  
Se pueblan de alamedas sus riberas,  
Donde, con dulces píos,  
Se oyen cantar las aves lisongeras;  
Que sus aguas, con gratos murmuríos,  
En un rapto de amor y de embeleso,  
Se buscan y se abrazan, dánse un beso,  
Y de él surge, con cármenes umbríos,  
Una ciudad de fuentes y jardines,  
De palacios tegidos por las hadas,  
De estancias aromosas, habitadas  
Por hurís y celestes serafines;  
Poned á esa ciudad una colina  
Donde se alze el Edén, y torres rojas,  
Cuyos salones de labor divina  
El sol claro ilumina  
Y orea el arrayán de verdes hojas;  
Fingid patios y albercas  
De mármoles labrados y azulejos,  
El laurel del jardín entre las cercas,  
El panorama espléndido á lo lejos,

Allá el Generalife, en otra altura,  
De la gentil Alhambra enamorado;  
Abajo, entre los bosques de la hondura,  
El Albaicín antiguo que murmura,  
Y arriba el ancho cielo despejado;  
Y tendréis, no una copia, por ventura,  
Un diseño incoloro y mal trazado  
De esa ciudad de mágica hermosura  
En donde Dios su trono ha colocado.

## III.

Todo es encanto y hermosura en ella,  
Contraste sorprendente,  
La sierra que descuella  
Coronada de tímpanos su frente,  
Por donde el blanco alud rueda y se estrella;  
El puro sol ardiente  
Que en el cielo cual lámpara destella:  
Aquel paisaje, propio del Oriente,  
En que se ostenta la palmera bella  
Y se respira el perfumado ambiente:  
Los dos rios hermanos  
Que la inmensa llanura fertilizan,  
Que vienen desde términos lejanos,  
Y allí se dan las manos,  
Entre quintas y bosques de avellanos  
Y jardines que mágicos hechizan.  
La villa soberana,  
Reclinada entre cármenes floridos,  
En donde la mezquita musulmana  
En iglesia cristiana  
Se convirtió, y se escuchan los sonidos  
Con que llama á oraciones la campana,  
Cuando buscan los pájaros sus nidos,

Y se borra el crepúsculo de grana,  
Y cesan los ruidos,  
Y asoman los luceros encendidos  
Pugnando por romper la sombra vana;  
Del Genil los pensiles;  
Aquel valle del Darro quejumbroso,  
Donde tienen los gnomos sus cubiles;  
El Sacro-monte, monasterio hermoso,  
Cerca del cual hay chozas y rediles;  
El bosque y el palacio primoroso  
De arabescos y mágicos perfiles:  
Todo sí, es bello, inspirador, grandioso;  
Hasta el peñon aquél, sitio famoso  
Donde Boabdil, con alma destrozada,  
Detuvo el paso en su veloz huída,  
Por vez postrera contempló á Granada,  
Y derramó una lágrima abrasada,  
Al darle su suprema despedida.

## IV.

Y, sin embargo, tras de haber corrido,  
Del uno al otro término distante,  
El Genil murmurante,  
El campo de verdura revestido,  
El cármén escondido,  
El monte cuya cima toca al cielo,  
El trozo derruido  
Del torreón caído,  
El volcán sepultado por el hielo;  
De haber la luz bebido  
De aquel dorado sol y aquel espacio;  
De haber quedado absorto ante la hechura  
De aquel morisco sin igual palacio,  
Llamándole el *non plus* de la hermosura;

De haber enmudecido ante las ruinas  
Del reino de Alhamar, y la grandeza  
De su cielo, su vega y sus colinas,  
Aún nos sorprende más otra belleza,  
Otro mayor encanto y gentileza,  
Si, Condesa: las hembras granadinas.

## V.

¡Dios mío, qué mujeres!  
No se puede creer que humanos seres  
Sean, sinó esas célicas visiones  
Que adornan los pintores con sus galas;  
Odaliscas de aquellos torreones,  
O ángeles que, al bajar á esas regiones,  
Quemaron en el sol sus blancas alas.  
Trasunto son del cielo sus facciones;  
Sus trenzas de la gloria son escalas;  
Del sol abreviaciones  
Sus ojos refulgentes y serenos;  
Sus piés piritas de oro de aquel río  
Que las besa en su eterno murmurío;  
Y claveles amenos  
Aquellos labios, donde va la brisa  
A beber los perfumes que derraman,  
Y donde van también los que las aman  
El néctar á buscar de una sonrisa.

## VI.

En ese Paraíso mahometano,  
Dó habitan esas vírgenes celestes;  
En ese Edén cristiano

De portentos artísticos y agrestes;  
En ese rico pórtico del cielo  
Que, de la pluma al vuelo,  
No pude bosquejar, pues ni aun la vista  
De él recoge una imagen más completa;  
Allí, donde es preciso ser poeta,  
Y amar, y delirar, y hacerse artista,  
De mi florida juventud pasaron  
Los días mas espléndidos y hermosos,  
Mis dulces ilusiones despertaron,  
Y mis primeros versos se formaron  
Al par de mis delirios amorosos.

## VII.

Veía yo á Granada por primera  
Vez, y era ya la Primavera;  
Era el mes de las brisas y las flores,  
El dulce Mayo que á soñar convida,  
Ese mes en que brotan los amores,  
Como cantos de alados ruseñores  
Para alegrar las selvas de la vida;  
Y extático y suspenso el pensamiento  
Ante tanta belleza seductora,  
Abría yo el balcón de mi aposento,  
Por respirar las aúras sosegadas  
Y recibir la luz del firmamento;  
Y en las tardes hermosas, perfumadas,  
Absorto, al recorrer con paso lento  
Pensiles, alamedas y enramadas,  
Llamaba á las ondinas y á las hadas,  
Y hablaba con las sílfides del viento.

## VIII,

Recuerdo que una tarde abrasadora

Fuí á contemplar el Darro rumoroso;  
Era ya oscurecido: era la hora  
En que buscan las aves el reposo;  
En que el río no sé si canta ó llora,  
En que suspira el bosque quejumbroso,  
Y el espacio fantástico se puebla  
De girones de sueños y de niebla.  
Oyendo esos rumores, siempre inciertos,  
Mirando esas visiones, siempre vanas,  
Por senderos desiertos,  
Llegué á la triste *Cuesta de los muertos*,  
Por dó suben, en mudas caravanas,  
Con ataúdes negros y cubiertos,  
Los que conducen los despojos yertos  
De la grandeza y la miseria humanas.  
De pisadas lejanas  
Oí el rumor sonar entre el follage:  
Un pardo ruiseñor voló espantado  
Y se escondió en las frondas del ramage;  
Quedéme yo parado:  
Y, al reanudar el ave, en su language,  
La más dulce canción, la que despierta  
Sentimientos más puros en el pecho,  
Ví que, por la pendiente, á poco trecho,  
Entre cuatro traían á una muerta.  
Iba la caja abierta  
Y era blanca, forrada en blanco raso;  
Y el cadáver de blanco iba vestido:  
Un ángel parecía adormecido,  
En un cielo de amor soñando acaso.  
Curioso y sorprendido,  
Me aproximé á los negros conductores:  
La jóven era hermosa por extremo;  
En su sueño supremo,  
A sus sienes ceñía blancas flores.  
—¿Podreis decir, señores,  
Pregunté á los fatales personajes,

Quién es la que traéis á estos parages?  
 —Es una tal Dolores,  
 Contestaron dos de ellos sin ambages:  
 Ha muerto esta mañana á los albores.  
 —Y ¿sabeis de qué ha muerto?  
 Interrogué de nuevo.—No de cierto,  
 Uno repuso; dicen que de amores.—  
 Al oír tal respuesta,  
 A andar eché por la empinada cuesta,  
 Decidido á llegar al campo-santo  
 Detrás de aquel cadáver macilento;  
 Gemía el árbol, susurraba el viento,  
 Y el ruiseñor tornó á su dulce canto...  
 Yo caminaba, en tanto,  
 Tras del blanco ataúd, con paso lento,  
 Abismado en un solo pensamiento:  
 «¡Morir de amor! ¡qué muerte tan grandiosa!  
 ¡Es más que del martirio hallar la palma;  
 Es más que perecer en lid gloriosa;  
 Es entregar la sangre generosa  
 Por el sueño purísimo de un alma!

## IX.

Seguimos la pendiente  
 Estrecha y retorcida; en la floresta  
 De cuándo en cuándo, descubría enhiesta  
 Un torreón su aportillada frente;  
 Y el eco de una fuente,  
 El ruido de un arroyo cadencioso,  
 Los trémulos gemidos de las hojas,  
 El áire repitiendo sus congojas  
 En el bosque frondoso,  
 Todo el concierto vario y armonioso  
 De aquellos sitios, de atracción no escasos,

Daban á aquella escena arrobamiento,  
E infundian un triste sentimiento,  
Mezclándose al rumor de nuestros pasos.  
Cerca cruzamos de la hermosa Alhambra,  
Y entre huertos de rosas y claveles  
Los edificios ví de dos hoteles  
Y de sus fiestas escuché la zambra;  
Y fijando mi mente dolorida  
En el contraste aquel, pensé cuán poco  
De la muerte se ocupa nuestra vida,  
Y que ligero, frívolo, y aún loco,  
Es el que el fin de su jornada olvida.  
En estas reflexiones abstraído,  
Sin luz crepuscular el hemisferio,  
Al rayo de la luna, anochecido,  
Llegamos al callado cementerio.  
¡Qué pueblo aquel tan quieto y sin ruido!  
¡Qué calma tan solemne y tan profunda!  
¡Qué calles de cipreses! ¡qué palacios  
De reposos eternos! ¡Cómo inunda  
Solitaria la luna esos espacios!  
Aves allí no cantan;  
Allí no hay voces, sinó mudos gritos  
En los dispersos mármoles escritos,  
Y estatuas que dolientes se levantan!

.....  
En un ángulo oscuro,  
Estaba abierto un nicho, allí esperando;  
Y la caja tapando,  
La introdugeron sorda por el muro;  
No sin que tributara el postrimero  
Adiós á aquella muerte tan sublime,  
Como hermano ó amigo verdadero,  
Exhalando un suspiro lastimero,  
De esos que lanza un pecho que se oprime.  
Quedó el nicho tapado,  
Y al volverme á mi casa, la floresta

De la Alhambra gentil dejando á un lado,  
 Un joven conmovido y enlutado  
 Hallé por la pendiente de la cuesta.  
 Pasó el tal, abismado,  
 Echándose el sombrero hácia la frente;  
 Yo seguí mi camino silencioso;  
 Él se perdió en la altura lentamente...  
 Bajé; traspuse el Darro quejumbroso,  
 Pasando á la otra orilla por un puente,  
 Y me interné en el centro bullioso  
 De la ciudad, revuelto entre la gente.

## X.

Estando al otro día  
 Sentado en mi balcón, ante la sierra  
 Nevada, que á mi frente se veía,  
 En un local periódico leía  
 Telegramas, noticias de la guerra,  
 Avisos de emoción, de amas de cría;  
 La gran chismografía  
 Que recoge la prensa por la tierra:  
 Recurso á que echo mano en mi fastidio;  
 Cuando, á vueltas de párrafos diversos,  
 Y despues de unos versos  
 Muy malos y muy cúrsis, vi: «Suicidio.»  
 Y hallé el suelto siguiente:  
 «Ayer se suicidó en el cementerio  
 Un joven, cuyo aspecto era decente;  
 La causa es un misterio:  
 Se presume en razón que era un demente.»

## XI.

Pensé en la muerta y el encuentro extraño

Del hombre aquel uraño;  
Un rayo ví de luz, y ante el cinismo  
De ese noticierismo  
Que lo rebaja todo y lo degrada,  
Estrugé entre mis manos el diario:  
«¡Infamel ¡Mercenariol!»  
Grité con fuerzas y con voz airada;  
«¡Dementel ¿es todo eso  
Lo que sabes decir de un sér que gime  
De un atroz infortunio bajo el peso,  
Y que busca la muerte en un exceso  
O en un arranque de pasión sublime?  
Escritorzuelo, dime,  
¿No tiene el mártir ya razón alguna?  
¿Estriba la razón en la cachaza,  
O en cerebro tener de calabaza  
Y corazón de huéso de aceituna?  
Pues entonces, ninguna  
Quiero yo para mí: te la regalo;  
Anda con tu razón y tus razones!»

Desahogué en expresiones  
Así mi indignación, y no fué malo;  
Pues, si encuentro al autor de los renglones,  
La emprendo á bofetones,  
O en el momento aquel le doy un palo.

## XII.

La muerta y el suicida  
Mil veces han venido á mi memoria;  
Ignoro los detalles de su historia,  
Pero nunca esta escena se me olvida:  
Bajo el nicho, en que aquella está metida,  
Otro hay en que se guarda de él la escoria,

Una cruz los cobija mortuoria;  
Un ciprés les dá sombra apetecida.  
Allá, por Mayo, el ruiseñor anida  
Tras del musgoso muro y dulce canta:  
Quizá á su acentó se despierta ella,  
Y al contar á su amante su querella,  
Él también de su nicho se levanta.  
¿Quién sabe si, á los rayos argentados  
De la luna menguánte, ambos salieron  
A disfrutar amores sosegados,  
Que gozar en la vida no pudieron?  
¿Quién sabe si se dan nocturnas citas  
Al pié de algun ciprés, y son dichosos  
Realizando sus sueños amorosos,  
Sin penas, sin temores y sin cuitas?  
Si hay después otra vida permanente  
De que esta es una prueba y un instante;  
Si el alma no es ensueño solamente,  
Ni ilusión del cerebro delirante;  
El sentimiento vive eternamente:  
Allá el amante buscará al amante;  
La muerte es para el triste una esperanza:  
Cuanto aquí se proyecta, allí se alcanza.

## XIII.

Desde el mudo episodio de aquel día,  
Yo amo á Granada con amor ferviente;  
Allí hay grandes pasiones todavía;  
Aquel sol, que á mis ojos relucía,  
Inflama el corazón, como la mente.  
¡Oh Granada! ¡Oh Edén de Andalucía!  
Por tí mi corazón palpita ardiente;  
Tú me inspiras los versos que derramo;  
Tu nombre es para mí feliz reclamo.

Vivir quisiera en tu fecundo suelo,  
Bañarme de tu sol en los fulgores,  
Beber tus áuras, contemplar tu cielo,  
Mirar tus campos, y aspirar tus flores;  
En tí saciar mi indefinible anhelo,  
Cantar como tus dulces ruseñores,  
Y hasta morir sobre tu verde alfombra,  
De tus moriscas torres á la sombra.  
En tí tan solo mi ilusión querida  
Puede tornarse en realidad viviente;  
Por que en tí sola la belleza anida,  
Y el arte encanta, y la natura siente.  
En tí vale el amor más que la vida;  
Tus hijas, de mirada refulgente,  
De talle esbelto y celestial semblante,  
Sabén morir de amor, y esto es bastante.  
Sí: que en un siglo de materia y prosa,  
En que no hay ya Eloísas ni Juliétas,  
Es el morir de amor tan rara cosa,  
Que ni aun suelen contarlos los poetas;  
Pero siempre será muerte dichosa  
Reclinarse en un lecho de violetas,  
Cerrar los ojos con amante anhelo  
Y despertar en la mansión del cielo!





LOS DOS RESUCITADOS.

Poema en cuatro cantos.





## LOS DOS RESUCITADOS.

---

---

### CANTO PRIMERO.

#### I.

Era yo adolescente;  
Diéz años nada más han trascurrido,  
Pues aunque, en mi fortuna diferente,  
Viéjo parezco, por lo que he sufrido;  
Joven soy todavía,  
Y el viento de los negros desengaños  
No ha logrado agostar la lozanía,  
La verde pompa de mis verdes años.

#### II.

En esa edad risueña  
En que todo es amor, todo ventura,  
En que la mente con fantasmas sueña,  
Y halla el alma la tierra muy pequeña,  
Y busca luz y espacios en la altura;

Cuando todo convida  
A vivir, á gozar, á ser dichoso;  
Todo: la primavera aparecida,  
La tierra en flor, la mar adormecida,  
El cielo azul, el mundo rumoroso;  
Pálido y abatido,  
De muerte herido mi doliente pecho,  
Por tenaz calentura consumido,  
A morir resignado y decidido,  
Triste yacía en solitario lecho.

## III.

Una tarde de Mayo, ¡bién presente  
Lo tengo en mi memorial  
Me levanté, y andando torpemente  
Me senté en el balcón. Confusa gente  
Bullía por las calles, transitoria.  
Lujosos coches, con brillantes troncos  
De caballos, cruzaban por doquiera,  
Llevando engalanadas hermosuras;  
Era Córpus, y feria, y primavera,  
Y, desbordada la ciudad entera,  
Ardía en festivos y locuras.

## IV.

Yo miraba el gentío  
Rodar, como las aguas alteradas  
De un caudaloso río;  
Escuchaba sus voces, barajadas  
Con músicas y cantos de alegría;  
Y allí, en lenta agonía,  
Ante los hierros del balcón, inerte,

Contemplando el sarcástico alborozo,  
Más semejaba un condenado á muerte,  
A la reja de un negro calabozo.

## V.

Pasé así muchas tardes  
Muy largas, muy oscuras para el alma;  
Mil temores cobardes  
No me dejaban conciliar la calma:  
Había ya perdido  
Mis pobres esperanzas ilusorias...  
El lúgubre sonido  
De cavernosa tos, era en mi oído  
El son de mis campanas mortuorias.  
Y cuando, con recelo,  
Salpicaban mi labio esputos rojos,  
Manchando la blancura del pañuelo,  
Sentíame espirar, oraba al cielo,  
Y de llanto inundábanse mis ojos.

## VI.

Júpiter, esa estrella vespertina,  
Que boga en los espacios solitaria,  
Y anuncia que la noche se avecina,  
Trémula, al asomar tras la colina,  
Escuchó muchas veces mi plegaria.  
Muchas el vago viento  
De los campos, llevaba entre sus giros  
Mis tétricos suspiros;  
Y al brillar, en el alto firmamento,  
De la noche solemne los fanales,  
Como á la tumba, al lecho me tornaba,  
Mientras, abajo, la ciudad rodaba

Envuelta entre sus torpes saturnales.

## VII.

Dormir... ¡Inútil era!  
La fiebre y el insomnio son hermanos,  
Y velaban allí, á mi cabecera,  
Fijos en mí, cogidos de las manos.  
La una exhalaba su hálito caliente  
Sobre mi rostro lívido, y sus rojos  
Vapores condesábanse en mi frente;  
El otro manteníase, inclemente,  
Asomado á los huécos de mis ojos.  
Allá, á la madrugada,  
Cuando todo en silencio se sumía,  
Cuando la débil carne se rendía,  
Y tan solo la calma era turbada  
Por el eco anhelante  
Del respirar, en el febril deseo,  
Y el ruido del tenaz chiporroteo  
De la luz de la lámpara expirante;  
Dormitando, en ensueño fatigoso,  
La muerte me llamaba á su regazo,  
Mi cuerpo rodeaba con su brazo,  
Y me brindaba su eternal reposo.

## VIII.

Yo estaba, lo aseguro,  
Dispuesto á hacer esa excursión postrera;  
Para la cual no hay carga más ligera  
Que un alma recta, un pensamiento puro;  
Mas, al mirar lo oscuro  
De aquella senda, por do nadie torna,  
Y en que la leve tierra removida

De mústia adelfa y de ciprés se adorna;  
Al verla, de sepulcros circuída,  
Y al hallar, por contraste, en torno mío,  
Del mundo los hermosos esplendores,  
La ciudad, con su hervor y su gentío,  
Las fiestas, con su alegre vocerío,  
La estación, con sus galas y sus flores;  
En esas sosegadas  
Tardes de Mayo, que al amor incitan,  
Tardes de luz y aromas impregnadas,  
Cuyas ráfagas dulces y templadas  
Son besos que en la atmósfera palpitan;  
Yo quería vivir, gozar siquiera  
Un año de salud y de placeres,  
De amor, de juventud, pues joven era;  
Pedía para mí una primavera  
Como los otros preferidos séres.

## IX.

Mi estado se agravaba,  
Y el Doctor, al pulsarme, dijo un día:  
—Viajar os convendría;  
La vida, aquí encerrado, se os acaba.  
Y yo que ya sabía, de experiencia,  
Sin que le infiera ultrage,  
Que un viáge decretado por la ciencia,  
Es casi siempre el último viáge;  
Sumiso del Galeno á los deseos:  
—¿Dónde quereis, le pregunté, sucumba?...  
Y él exclamó, severo y sin rodeos:  
—Si habeis al cabo de buscar la tumba,  
Buscadla en los agrestes Pirineos.

## X.

Esta idéa halagó mi alma de artista;

Morir en la ciudad, y en negra estancia,  
Es cosa que al espíritu contrista;  
Pero allá, en las montañas, á la vista  
Los campos de la Iberia y de la Francia;  
Oyendo los torrentes,  
Que bajan entre riscos resonantes,  
Y que forman cascadas diferentes,  
Donde los rayos de la luz, ardientes,  
Descompónense en gotas de diamantes;  
Allá morir es digno de un poeta;  
Es descansar en lecho de verdura;  
Bajo el dosel de la enramada quieta;  
Junto al agua que salta y que murmura:  
En brazos de la próvida Natura  
Coronado de mirto y de violeta.

## XI.

Del Hipócrates, pues, tomé el consejo:  
—Tras muerte ó vida partiré mañana;  
Le dije; se marchó; quedé perplejo;  
Y, al pasar por delante de un espejo,  
Al ver mi triste palidez insana,  
Mi cuerpo que un espectro parecía,  
Sonreí tristemente;  
¡Es mi último viágel me decía:  
Busquemos un sepulcro dignamente:  
Y, dejando esperanzas y consuelo,  
Sumido en este pensamiento amargo,  
Empecé á preparar un viáje largo,  
Casi tan largo cual si fuera al cielo.





## CANTO SEGUNDO.

---

### I.

Viajar es triste cosa:  
Ha dicho una mujer esclarecida,  
*Que es el placer más triste de la vida;*  
Yo sé que es la tristeza más grandiosa.  
Dejar el patrio suelo  
Do quedan arraigadas afecciones,  
En pos de otras regiones  
Do nadie nos espera con anhelo;  
En medio de ciudades populosas  
Encontrarse tan solo  
Como Dante en las selvas tenebrosas,  
Como, á través de mares borrascosas,  
El marinero en el helado Polo;  
Triste es, por vida mía,  
Triste placer en que resulta exceso  
De amargura y dolor, no de alegría;  
Así que, lo confieso,  
Lo que es yo, por placer, no viajaría.

### II.

Pero viajar, llevado  
Por dura precisión ó fuerza extraña;

En medio de los mares verse aislado,  
Sobre el buque, de la hélice impulsado,  
Do se estrella la líquida montaña;  
En alas de la audaz locomotora  
Salvar valles distantes,  
Cordilleras gigantes,  
Rápido como bala silbadora;  
A solas con la gran Naturaleza,  
Asomarse á las fáuces del abismo;  
Ver sobre la cabeza  
El abrupto peñón, con su aspereza,  
Que amenaza caer al tiempo mismo;  
Oír la mugidora catarata  
Que por la agreste soledad retumba,  
Ó el huracán que zumba  
Cuando allá en las alturas se desata;  
Eso es viril y bello,  
Eso en el alma imprime  
No sé al par qué grandioso y triste sello,  
Qué tristeza magnífica y sublime.

## III.

Así, cuando dejando  
Mi nativa ciudad entre la bruma,  
En un negro vapor fuíme internando  
Por ese mar, que, sordo rebramando,  
Con su imponente inmensidad abruma;  
Cuando, tras noche de tormenta fiera,  
Salté á nueva ribera,  
Donde encontré ya el tren en movimiento;  
Y encerrado en un coche de primera,  
Oí el silbato que rasgaba el viento;  
Y ví la tierra entera  
Oscilar, la estación atrás moverse,

Salir por fin el tren á la llanura,  
Los paisajes más variados sucederse,  
Caer el sol, los ástros encenderse  
De la celesta bóveda en la altura;  
En ese caminar vertiginoso  
Del *express*, que un hipógrifo semeja,  
Volando por el campo tenebroso,  
Donde un rastro humeante solo deja;  
Sugeto á esas extrañas  
Impresiones del paso por un puente,  
Viendo abajo de un río la corriente,  
Y hallándome después en las entrañas  
De una encrespada sierra,  
Donde se oyen hervores y ruidos,  
Que parecen cercanos los latidos  
Del corazón gigante de la tierra;  
Yo no sé que profunda  
Nostalgia el corazón iba invadiendo,  
Semejante á la mar cuando, creciendo,  
De olas salobres el peñasco inunda;  
Olas de sombra y olas de tristeza,  
Que, al romper con insólito vagido,  
Subían desde el pecho dolorido  
En remolino inmenso á mi cabeza.

## IV.

Creía de este modo  
Viajar, no á otro país en pos de vida,  
Sino dejarlo todo,  
Volar á otra región desconocida;  
Salvar, arrebatado de esa suerte,  
El mundo que sus límites nos cierra;  
Huir de las fronteras de la tierra,  
Buscando los paisajes de la muerte.

## V.

Llegué hasta las montañas  
Que, cual los viejos bardos de otros días,  
Ostentan en su frente nieves frías  
Y guardan fuégo intenso en sus entrañas.  
Subí por las pendientes  
Coronadas de bosques solitarios;  
Distantes campanarios  
Llamaban con sus voces diferentes  
A oración á lábriegos y pastores;  
Hundíase del sol el rojo disco  
Lanzando sus postreros resplandores;  
Caminaba el ganado hácia el aprisco;  
Sonaba la bocina en los alcores  
Con voz que al genio de las selvas nombra,  
Y entre colinas de pensiles llenas,  
El pueblo rumoroso de Aguas-Buenas  
Encendía sus luces en la sombra.

## VI.

Adoración sencilla  
Surgió del corazón puro y sincero,  
Ante aquel espectáculo severo  
Donde el poder de Dios inmenso brilla.  
Sentí su fuérza que al orgullo humilla,  
Y en el estrecho y áspero sendero,  
Detuve el paso, me quité el sombrero,  
Y doblé sin pensarlo mi rodilla.

## VII.

—¡Salve, agrestes altares!  
Exclamé, á las montañas invocando;

Dios, la ingente materia amontonando,  
Formó vuestras escalas seculares.  
Petrificados mares  
Cuyas olas inmensas no se agitan,  
De vuestro abismo negro en lo profundo,  
Ván á buscar los náufragos del mundo  
El reposo y la paz que necesitan.  
Ya que mi vida, como rota nave,  
Ha de sumirse en vuestro oscuro seno,  
Que logre ver siquiera un sol sereno;  
Un día nada más claro y suave;  
Que brillen de la aurora los fulgores  
Para endulzar la muerte que me espera;  
Que ostente la galana primavera  
Las mejores guirnaldas de sus flores;  
Que derrame en el viento sus aromas  
Y en las grutas del valle sus corrientes;  
Muera yo entre el murmullo de sus fuéntes  
Y el amante arrullar de sus palomas.

## VIII,

Y siguiendo el camino  
Circundado de extensos chaparrales,  
Como un triste y enfermo peregrino,  
Por tortuosas sendas desiguales  
Me dirigí al lugar de mi destino;  
Del pueblo penetré por los umbrales:  
Tomé como un soldado alojamiento  
Donde topé, sin aprensión ninguna;  
Y de reposo y de quietud sediento,  
Al cansancio rendíme en mi aposento,  
Olvidando el rigor de mi fortuna.







## CANTO TERCERO.

---

### I.

Amaneció otro día;  
Quise ver las amenas  
Alamedas frondosas de Aguas Buenas,  
De la mañana entre la niebla fría;  
Recorrer sus jardines ideales,  
Sus ásperas vertientes;  
Escuchar el rumor de sus torrentes,  
Beber sus salutíferos raudales.

### II.

Dejé el lecho, á pesar de mi dolencia:  
—Gocemos; me decía,  
Gocemos de este día,  
El último tal vez de mi existencia.—  
Y abriendo mi ventana, que al Oriente  
Daba; por su ojival espacio estrecho,  
Entró un rayo de sol, bañó mi frente,  
Y reanimó mi entumecido pecho.

### III.

Erré, como al acaso  
El solitario antilope en la selva;

Hollé todas las rutas con mi paso,  
Apartando retama y madreSelva;  
Y en un rústico asiénto,  
Cansado de mi larga correría,  
Fuí á posarme un momento,  
Teniendo por dosel el firmamento  
Y por columnas la arboleda umbría.

## IV.

Los pájaros cantaban,  
Poblando los ramajes con sus trinos;  
Las hojas blandamente susurraban,  
Y en conciertos divinos,  
Las aves, los insectos y las flores,  
Los arroyos sonantes y las fuénten,  
Hablaban de lo hermoso y sonrientes  
Que son la juventud y los amores.  
Y cuando imaginaba, con tristeza,  
Que en aquella gentil naturaleza  
Donde todo á la vida renacía,  
Yo solo sucumbía,  
Volví á un rumor oído mi cabeza  
Y me encontré una pálida belleza  
Más triste y más doliente todavía.

## V.

Era una joven rubia,  
Envuelta en raso y vaporosos tules,  
Cuyos ojos azules  
Brillaban como el cielo tras la lluvia;  
De rostro demacrado, pero pulcro;  
De blancura tan nívea y trasparente,

Que fingía, avanzando lentamente,  
La estatua desprendida de un sepulcro.

## VI.

Hay un estrecho lazo  
Que liga á los que sufren, y por ello  
Al ver el áire macilento y bello  
De aquella joven, le brindé mi brazo.  
—Cansada retornais, señora mía,  
Le dije; reposad, si os place, ahora;  
Y ella, que ya sin fuerzas se rendía,  
Con su triste mirada encantadora,  
Dió gracias, aceptó mi cortesía,  
Y se sentó á mi lado soñadora.

## VII.

—Tornaba de un paseo,  
Expresó en francés puro,  
En que á nadie jamás hallo ni veo,  
Y el veros me sorprende, os lo aseguro.  
—Yo bendigo mi suerte  
Por este encuentro, contesté, tan grato;  
Y ella, doblando su cabeza inerte,  
—No seáis insensato,  
Repuso, tropezásteis con la muerte!..  
—¿Pensais morir ahora,  
La interrumpí, brillando en los albores  
De vida seductoral  
—Mueren, dijo, en capullo muchas flores;  
Enfermedad traidora  
Abrevia por momento mi existencia,

Y como lento cáncer me devora,  
 —Yo también llevo oculta otra dolencia,  
 Repliqué, y ya la muerte vá conmigo:  
 Me encuentro desauñado hasta del cielo;  
 Y su mano alargándome de hielo,  
 Ella exclamó sombría:—¡Sois mi amigo!

## VIII.

El sol ya penetraba en la tupida  
 Selva, al dorarla con su luz incierta;  
 Yo, con aquella mano retenida,  
 Pensaba, como acierta  
 A dar á un muerto corazón la vida,  
 Una mano ya fría y casi muerta!

## IX.

—Perdonad, soy un loco,  
 Dije, el silencio lúgubre rompiendo;  
 Yo sé que de vivir nos queda poco,  
 Y estoy el pecho á la esperanza abriendo.  
 ¿Quién en sí no la alienta,  
 La esperanza bendita,  
 Faro que al navegante resucita  
 Cuando ya desfallece en la tormenta?  
 Al borde de la tumba yo la abrigo:  
 ¡Es tan triste morir siendo dichoso!  
 ¡Me ha parecido el mundo tan hermoso  
 Cuando me habeis llamado vuestro amigo,  
 Que no me avengo con mi sue. te fiera;  
 Que lucharé con ella, á ser posible;  
 Que juzgo solo pesadilla horrible

Pensar, que vos murais, ó que yo mueral  
—¿Quién resiste al destino?  
Replicaba mi bella aparecida;  
Muy hermosa es la vida,  
Pero morir en breve es nuestro sino.  
Alienta el moribundo algun anhelo  
Porque no quiere Dios que aquí decaiga;  
La esperanza es un árbol que aquí arraiga,  
Mas sólo dá sus frutos en el cielo!

## X.

Yo comprimí sus manos con mis manos;  
La miré de hito en hito,  
Y en sus ojos azules soberanos  
Bebí la inspiración de lo infinito.  
—La vida, dije quedo, nos reclama;  
La vida es la esperanza y los amores:  
No está seca la planta que dá flores;  
No está marchito el corazón que aún ama.  
La vista derramad, cual la derramo,  
Por el Órbe impregnado de armonía;  
Ved ese espacio espléndido, ese día,  
El áscua de ese sol en que me inflamo;  
Escuchad esos cánticos que en coro  
Resuenan como un mundo en lontananza:  
Sabréis por qué renazco á la esperanza,  
Por qué anhelo vivir, porque os adoro.  
Y en tanto, con ternura,  
Mis frases sus sentidos conmovían,  
Dos cristalinas lágrimas corrían  
Aumentando en su rostro la hermosura;  
Lágrimas que, al dejar su huélla impresa  
En aquellas megillas un momento,  
Decían mucho más que una promesa,  
Y afirmaban mejor que un juramento.

## XI.

Creóse, desde aquel inesperado  
Encuentro, entre nosotros lazo fuerte;  
La idea pavorosa de la muerte  
Es la que más afectos ha formado:  
Ella estrecha á los tímidos esposos;  
A los hijos dispersos los reúne  
En torno de la madre lacrimosos;  
No hay nada que no acerque y que no adune:  
Hasta los mismos ríos espumosos,  
Que, separados en confin lejano,  
Por distintas llanuras atraviésan,  
Presintiendo quizás su fin cercano,  
Se buscan, y se abrazan, y se besan,  
Antes de ir á acabar al Oceano.

## XII.

Y así nosotros mismos, sin saberlo,  
Acaso sin quererlo,  
A una atracción recíproca cedíamos;  
Y juntos discurríamos  
Por las verdes campiñas seductoras;  
Pasábamos las horas  
Bajo el peñón ó el árbol que elegíamos;  
Al pié de las cascadas,  
Entre alfombras de musgos y de flores,  
En las gotas de mágicos colores  
Suspensas las miradas;  
Escuchando el murmullo del riachuélo,  
De su fuente ignorada desprendido;

Siguiendo de algun pájaro, perdido  
Por la azul extensión, el alto vuelo;  
Mirándonos á veces con espanto,  
O en oración cayendo de rodillas,  
Al par que, en nuestras pálidas mejillas,  
Cual velo de cristal rodaba el llanto.

## XIII.

Absortos en fantásticas ideas,  
Pensando en nuestros míseros destinos,  
Cruzábamos á veces los caminos  
Que enlazan las poéticas aldeas;  
Del sol á la alborada ó al desmayo,  
Siguiendo ocultas rutas,  
Respirando el perfume con que Mayo  
Anuncia al valle las tempranas frutas,  
Ora á pié, en ocasiones á caballo,  
Buscábamos los bosques y las grutas;  
Y allá, cuando moría  
La tarde entre una pira de montañas,  
Que, á su reflejo, ardía  
Cual si hubiera un volcán en sus entrañas;  
Cuando, de sombras llenas,  
Quedaban en reposo las llanuras,  
Y era noche en el pueblo de Aguas-Buenas,  
Aunque aún restaba luz en las alturas;  
Subíamos entrambos doloridos,  
El uno contra el otro reclinados,  
Cual dos corzos, que suben de los prados,  
Los dos amantes, mas los dos heridos.

## XIV.

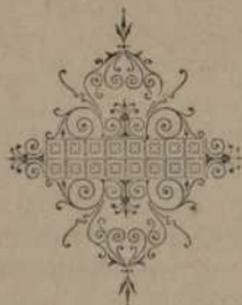
Minábanos, en tanto, lentamente

La dolencia cruel, día tras día;  
Ella como una luz se consumía  
Y ya solo marchaba débilmente.  
Asomaba á su faz la triste rosa  
Que infalible previene un fin cercano;  
Me llamaba su hermano,  
Con voz casi apagada y quejumbrosa;  
Y yo que, de ella al par, desfallecía,  
Sacando algun vigor de mi flaqueza,  
Yo tambien le llamaba hermana mía,  
La arrullaba amoroso, y la dormía  
Apoyando en mi pecho su cabeza.

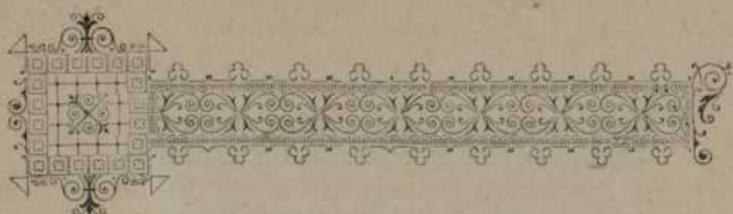
## XV.

Una noche de horror y de negrura,  
Creyendo ya tocar su último instante,  
Ella cayó en mis brazos delirante,  
Víctima de terrible calentura.  
Suelto el cabello, errante la mirada,  
Ante mi sombra insomne y silenciosa,  
Parecía una imagen espantosa  
Por mi propio delirio fabricada.  
Terrible fué, en verdad, la noche aquella:  
¡Un cuarto solitario muy estrecho!  
¡Una luz expirante! ¡cerca un lecho!  
¡Yo consternado! ¡moribunda ella!  
Aquí pierdo la idéa y la memoria;  
Solo de ello recuerdo, vagamente,  
Como negro episodio de esta historia,  
Que estaba ella expirante, yo demente;  
Que, del delirio aquel en el exceso,  
Se abrazó á mi garganta, sollozante;  
Que de mi despidióse agonizante,  
Que en su frente imprimí mi último beso.

Que yo sentí de su pasión la llama,  
Cuando á morir tenaz se resistía;  
Que, al juntar su cabeza con la mía,  
Sin sentido rodé bajo su camal...







## CANTO CUARTO.

---

### I.

Después de estos sucesos lastimosos,  
Cuando, abriendo los ojos, de su lado  
Me encontré transportado  
A mi hogar, entre amigos cariñosos;  
Cuando quiso mi estrella  
Que no volviese á oír hablar más de ella,  
Y la lloré por muerta muchos días;  
Y anhelando abreviar las horas mías  
A la muerte le puse una querella;  
Esta, que nunca acude al que la llama,  
Y busca al que la teme ó la rehuye,  
Dejó la cabecera de mi cama,  
Como visión que al exorcismo huye;  
Y fué milagrosa  
Resurrección, ó cura portentosa,  
Que yo nada en mi conciencia dudo,  
El caso es que sané de mi horrorosa  
Tísis tuberculosa,  
Y me puse muy gordo y mofletudo.

### II.

Sin duda Dios, monarca soberano,

Que recibe, á manojos, memoriales  
De aquestas sus criaturas terrenales,  
Y que nunca las deja de la mano,  
Atrasada en su mesa encontraría  
Mi demanda de vida, y ¡quién lo impide!  
Como el poder de darla en Él reside,  
Al margen proveería  
De un plumazo no más: «como se pide.»

## III.

Ello es que yo viví, no un mes siquiera,  
No tan solo una bella primavera,  
Sino, uno en pos de otro, hasta diez años,  
Esperando, entre errores y entre engaños,  
Que el fantasma pasado renaciéra;  
Pues, cuando esa fantasma sonreía,  
Vida, para abrazarlo, me faltaba,  
Y cuando ya la vida me sobraba,  
El fantasma querido no surgía...

## IV.

¿Para qué hacer historia,  
De nuevo torturando mi memoria,  
De sucesos tan vários  
Como han venido, en el período aqueste,  
Á ensartarse cual cuentas de rosarios?  
¡Serían necesarios  
Diez poemas tan tristes como este!

## V.

Bu:quemos el final, que es lo importante:  
Ya habian transcurrido

Los diez años, y el manto del olvido  
En que al cabo se envuelve todo amante,  
—Lo digo con llaneza,—  
Cual crespón á mis ojos se extendía,  
Y piadoso envolvía  
Mi sér, desde los piés á la cabeza.  
¡Fragilidad humana!  
¡Tener calor primero, luego frío;  
Tras del ánsia, venir el torpe hastío;  
Hoy adorar, para olvidar mañana!  
Pero esta es ley, sin excepción ninguna,  
Y es vano rebelarse en contra de ella,  
Como es inútil en la noche bella  
Que le ladren los perros á la luna.

## VI.

Olvidé, eso es lo cierto:  
Todo, en diez años, con razón se olvida;  
Ellos forman la tierra de otra vida  
Sobre la tumba del pasado muerto.  
Yo seguía robusto, bueno y sano,  
Viajaba, iba y venía,  
Y, dejando la ardiente Andalucía  
El último verano,  
Por Madrid, que se hallaba como un horno,  
Crucé, buscando el Norte en que respiro,  
Y en un *landó* me encaminé al Retiro,  
Una tarde de Julio y de bochorno.

## VII.

¡Magnífico espectáculo! Bullía,  
Hormiguero viviente,

Por los jardines mágicos, la gente;  
 El sol entre el follage se escondía:  
 Piafaban, retenidos, mil caballos  
 Arrastrando lujosos carruájes;  
 Y de la tarde los postreros rayos  
 Se quebraban en blondas y en encages,  
 En ruédas y en libréas de lacayos;  
 Y aquel mundo de luz y de rüido,  
 Giraba, con su vértigo violento,  
 En torno del broncéo monumento  
 Del arcángel caído,  
 Negra visión de rostro dolorido,  
 Que, ligada con siérpes á su asiento,  
 Parecía lanzar, con su gemido,  
 Su fiéra maldición al firmamento.

## VIII.

Iba insensiblemente,  
 Del auriga llevado, entre el tumulto,  
 Absorto, indiferente,  
 Reclinado en el coche blandamente,  
 Y en uno de sus lados casi oculto;  
 Meditando en las locas vanidades  
 De aquellos espejismos engañosos,  
 Que, del sol á las tibias claridades,  
 Forman las hermosuras terrenales  
 Con sus vagos conjuntos vaporosos;  
 O recordando de pasados años  
 Las dichas y los sueños,  
 Y uniendo á mis recuerdos halagüeños  
 La hiél de mis amargos desengaños;  
 Cuando, atónito, atrajo mis miradas  
 En un *milord*, parado entre el follaje,  
 Una mujer de formas nacaradas,

De azules ojos y enlutado trage.  
Ella cruzó su vista con la mía;  
Nos quedamos mirando de hito en hito....  
Los dos lanzamos á la par un grito:  
¡Era el fantasma amado que volvía!

## IX.

¡Era la misma! ¡ella!  
Rubia como la luz del sol poniente,  
En su serena frente  
No marcaba la muerte ya su huella.  
Vivía como había deseado;  
Estaba de salud, como yo, henchida;  
Dios nos había á entrambos dado vida,  
De súplicas antiguas apiadado.  
Salté del carruage,  
Sus manos estreché, como otras horas;  
Esas manos suaves, seductoras,  
Que me hablaron tan íntimo lenguaje;  
Subí alegre á su coche,  
Entramos en secretas confidencias,  
Y al fenecer del sol las refulgencias,  
Al avanzar la noche,  
Al cubrirse de estrellas el espacio,  
A la ciudad de ruidos eternos  
Volvimos y, entre calles desiguales,  
Paramos á las puertas de un palacio.

## X.

En aquella mansión dorada y fría,  
Régio sepulcro de su dicha ansiada,

Punto por punto me narró sombría  
Su historia la mujer resucitada:  
— «Oídme, dijo; desde aquel instante  
En que la fiebre me embargó el sentido,  
Con la muerte luché, casi expirante,  
Y explicaros no sé cómo he vivido.  
Volví en mi sér, pero os busqué sin fruto;  
Supe que os recogieron casi yerto;  
Lloré afligida, me cubrí de luto,  
Y he rezado por vos, creyéndoois muerto.  
Al fin el tiempo mitigó mi herida,  
Y halléme sola, sin ningún amparo:  
Como nave por viéntos combatida,  
Busqué en las sombras de la noche un faro.  
Fié al amor mi corazón sincero,  
Y en la perfidia tropezó doquiera;  
Quise encerrarme en el desdén severo,  
Mas al fin sucumbí, pues débil era;  
Anhelé aturdimiento y desvarío,  
Y hallé frialdad y horrible desencanto;  
Ansié risa y placer, mas vertí llanto;  
Quise satisfacción, y encontré hastío.  
Hoy el mundo risueño me recibe,  
Mas yo lo miro pálido y desierto:  
Todo á mi alrededor palpita y vive,  
Solo mi triste corazón ha muerto.  
No más ensueños de la edad pasada,  
No más visiones de carmín y rosa:  
La vida que anhelé ya está gastada,  
La dicha que fingióme fué engañosa.  
No penseis renovar una ventura,  
Que el hado infáusto en deshacer se empeña:  
Para amaros cual antes no soy pura;  
De seguiros doquier yo no soy dueña.»  
Y ocultando febril desasosiego,  
Moviéndo en convulsión sus labios rojos,  
Quería sonreír, mientras sus ojos

Se cuajaban de lágrimas de fuego.

## XI.

Al escuchar el tétrico relato,  
Y así ver la leyenda fenecida,  
Abismado quedéme largo rato,  
La frente entre las manos comprimida.  
¿Era posible? ¿Pesadilla fiéra  
No turbaba mi mente, con empeño?  
¿Pudo desaparecer de tal manera  
El fantasma feliz de nuestro sueño?  
¿No cabía abrigar nueva esperanza  
Y renacer á la ilusión perdida?  
¡Ay! del mar á la plácida bonanza  
No vuelve más la nave destruida.  
Podrán venir en pos dias risueños,  
Tornarse el agua azul mansa y serena;  
Mas quedarán los destrozados leños  
Inútiles allá sobre la arena.  
De un mismo fiéro pensamiento heridos,  
Por iguales desdichas amagados,  
Como inútiles leños abatidos,  
Así estábamos ambos destrozados.

## XII.

¡Qué diferencia de la edad huída!  
¡Cuánta distancia del soñado anhelo!  
¡En meretriz la vírgen convertida!  
¡Entre el lodo un espíritu del cielo!  
¡Deshecho el sueño del amor ansiado!  
¡Roto el encanto del placer bendito!

¡Ella arrastrando un corazón gastado!  
 ¡Yo comprimiendo un corazón marchito!

Del suelo alcé donde rodado había,  
 Abrumado á un dolor que no esperaba;  
 Ella, más afligida todavía,  
 De un diván en el fondo sollozaba;  
 Con fuerza hercúlea levantéla en peso,  
 Abrí el balcón, la refrescó el ambiente,  
 Bañó la luna su nacárea frente,  
 No pude menos de imprimirla un beso...  
 A mí aferróse... desasíme de ella...  
 Tendió los brazos de sin par blancura....  
 Y del balcón sobre la losa dura,  
 Cayó inclinada su escultura bella.

## XIII.

Bajé de un salto; en la ciudad ruidosa  
 Me confundí con la apiñada gente:  
 Corría á los placeres bulliciosa  
 La vaga muchedumbre indiferente;  
 Madrid en fiésta y algazara ardía;  
 Solo en alguna retirada acera,  
 Se escuchaba la queja lastimera  
 Del mendigo harapiento que gemía.  
 La bacanal estaba preparada,  
 Y al grito amargo de dolor profundo,  
 Ébrio de goces, contestaba el mundo  
 Con inmensa, estridente carcajada;  
 Voz del abismo, acento de la orgía  
 Que por calles y plazas resonando,  
 Como fúria infernal me iba alcanzando  
 Doquiera me amparaba ó me escondía.

## XIV.

No sé qué tiempo anduve sin sentido;  
Allá, muy tarde, recobré mi lecho,  
Como á través del temporal deshecho  
Recobra el ave su caliente nido.

## XV.

Cuando, tras noche de delirio insana,  
Abrí el balcón de mi aposento oscuro,  
Brillaba el sol en el espacio puro,  
Resplandecía la gentil mañana;  
La golondrina refrenaba el vuelo,  
Templaba el áura el apacible ambiente,  
Se despertaba la ciudad riendo  
A las caricias del cerúleo cielo:  
Músicas, cantos, matinales risas  
Doquier se unían en celeste coro;  
Llevaba el áire perfumadas brisas,  
La luz vertía sus torrentes de oro.

Ante aquellas visiones esplendentes,  
Ante el cántico aquél de la existencia,  
Sonrei con glacial indiferencia,  
Miré al espacio azul, y dije: ¡mientes!

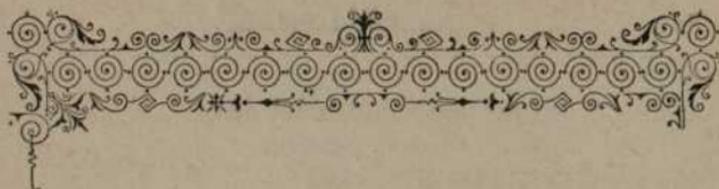




# LA TORRE DE D. ALONSO.

Poema en un canto.





## LA TORRE DE D. ALONSO.

---

---

Á LA SEÑORA MARQUESA DE...

### I.

El Andarax desigual  
nace entre abruptas montañas,  
y ora es torrente en sus sañas,  
ora es cinta de cristal;  
truécase en seco arenal  
del Estío en el ardor;  
y en su cáuce abrasador,  
fiél imágen del desierto,  
no canta un ave, por cierto,  
ni brota una tierna flor.

### II.

Dos anchas vegas se extienden  
de ese rio á las orillas;  
con sus inurallas sencillas

los labriegos las defienden;  
y si los ojos se tienden  
desde las altas laderas,  
se ven quintas hechiceras  
en los parages umbríos,  
y pueblos y caseríos,  
entre bosques de palmeras.

## III.

Aquel Andarax traidor,  
ora desierto arenoso,  
ora arroyo cadencioso,  
ó torrente destructor;  
cuando baja sin furor,  
y renuncia á sus rapiñas,  
dá vida á aquellas campiñas  
y hermosura á aquellas granjas,  
adornadas de naranjas,  
y coronadas de viñas.

## IV.

Y es de ver cuán, sin sospecha,  
en medio de un fértil año,  
olvida el labriégo el daño  
y recoge su cosecha;  
mientras el gigante acecha  
y, á veces, en su descuido,  
se lanza ensoberbecido  
hacienda y hogar arrasa,  
y la ventura sin tasa  
convierte en luto y gemido.

## V.

Del río al margen izquierdo,  
conforme al mar se descíende,  
una torre el áire hiénde,  
como histórico recuerdo.  
Fué el que construyóla cuerdo;  
pues, cuando el torrente corre,  
aunque arrase y aunque borre  
campiñas, lindes, y hogares,  
halla fuertes valladares  
en los muros de esa torre.

## VI.

Vigia de extensa hacienda,  
hoy mágico paraiso,  
la torre tiene, es preciso,  
su patética leyenda.  
La contaré, sin enmienda,  
sin ficción, ni aditamento;  
estoy en el concurso atento,  
que es una historia sentida,  
y que se marche enseguida  
el que la suponga un cuénto.

## VII.

Allá, por el año treinta,  
la torre, en pié como ahora,

era orgullosa señora  
del valle donde se asienta;  
contra la oscura tormenta  
refugio y lugar sagrado;  
mirador del dilatado  
campo ameno que domina;  
joya, la más peregrina,  
del más noble marquesado.

## VIII.

Vivía en rústico asilo  
cerca de la torre aquella,  
en una esplanada bella,  
entre el naranjo y el tilo,  
cierto labrador tranquilo  
que, la miés trocando en oro,  
guardaba un mayor tesoro  
que el de su honrada riqueza:  
un dechado de belleza,  
de humildad y de decoro.

## IX

Era Isabel, hija suya;  
doncella de ojos divinos,  
de contornos peregrinos,  
de voz que, al hablar, arrulla;  
de un talle (no se me arguya  
por mi vida que exagero,)  
tan breve y tan hechicero,  
tan aéreo y sobrehumano,  
que en el cerco de una mano

podía estar prisionero.

## X.

Cuando allá en la primavera,  
al entreabrir de las rosas,  
las zagalas bulliciosas  
bajaban á la pradera,  
quedábase en la ladera  
en pié Isabel, contemplando  
cómo se iban alejando;  
y el sol, triste decayendo,  
cuando se iba despidiendo,  
la dejaba sollozando.

## XI.

¿Qué desventura amagaba  
á la gentil labradora?  
Una, y en verdad traidora:  
la pobre Isabel, amaba.  
Rendir al amor esclava  
la voluntad, sin sentido;  
tener por el dios Cupido  
prisionera el alma pura:  
¿cabe mayor desventura,  
tras la de haber nacido?

## XII.

Y ¿quién el objeto era

de aquella pasión ignota?  
Del amor, planta que brota,  
es semilla una quimera.  
Tal la aldeana hechicera  
nutrió su amor con un sueño;  
vió una vez cruzar risueño  
un ginete la campiña,  
y los ojos de la niña  
siguiéronle con empeño.

## XIII.

Y así, desde el elevado  
sitio en que siempre quedaba,  
los ojos tristes clavaba,  
en el confin dilatado...  
¡Buscaba el evaporado  
fantasma su corazón!  
Yo, con igual emoción,  
seguí, siendo mozalvete,  
á ese rápido ginete  
que se llama ¡la ilusión!

## XIV.

Pero, sucedió que un día,  
una tarde, mejor dicho,  
absorta en aquel capricho  
Isabel, mientras seguía  
al sol que se despedía  
tras del empinado monte,  
cuya sombra de bisonte  
proyectaba en la llanura,

del ginete la figura  
pintóse en el horizonte.

## XV.

Y poco á poco agrandando,  
fuélo Isabel distinguiendo;  
iba la noche viniendo  
y aquel ginete avanzando;  
la niña estaba llorando,  
pero inmóvil de pavora;  
parecía una escultura  
besada del áire ledo;  
la misma estatua del miedo,  
clavada sobre la altura.

## XVI.

¿Llegó el ginete? Llegó.  
¿Qué aconteció? Eso se ignora;  
mas la tierna labradora  
ya otras tardes no lloró.  
Alguien que espiaba vió  
que dos seres, uno y una,  
bendiciendo su fortuna  
en amantes soliloquios,  
tenían dulces coloquios  
á los rayos de la luna.

## XVII.

¿Quién era el feliz doncel

de la niña preferido?  
Tampoco hallar he podido  
noticia exacta sobre él.  
Valiente, arrogante, fiél,  
tal mostrábase á porfía;  
y aún presumirse podía  
que, por su porte y su trage,  
más que de humilde linage,  
de un más alto descendía.

## XVIII.

Amor, gran nivelador,  
no distingue alcurnia ó raza:  
al pobre y al rico enlaza;  
á la sierva y al señor;  
con su influjo seductor  
el Universo domina,  
y él que la yedra encamina  
al tronco del fuerte roble,  
pudo unir á un pecho noble  
una rosa campesina.

## XIX.

No fué sin desdicha, empero:  
siempre sucede lo mismo;  
siempre se encuentra un abismo  
bajo un florido sendero;  
siempre el hado traicionero  
nos juega su accion ingrata:  
lanza la flecha de plata  
untada de miel la punta,

dá al corazón á que apunta,  
y á la par endulza y mata.

## XX.

Notó el padre de Isabel  
su extraño desasosiego;  
pensó que amoroso fuégo  
latia escondido en él;  
tropezó con el doncel,  
tras de mucho andarle á caza;  
y al ver su porte y su traza,  
sintió secreto martirio,  
y halló en su amante delirio  
á su honor una amenaza.

## XXI.

Como mastín vigilante  
siguió á Isabel por doquiera,  
á la cumbre, á la pradera,  
al río, al cañar distante.  
¡Rondaba en vano su amante!  
¡Tristes seres sin fortuna!  
¡Ya no hubo manera alguna  
de unir sus almas extáticas!  
¡Ya concluyeron sus pláticas  
á los rayos de la luna!

## XXII.

Una mañana, al abrazo

de su padre, ladoncella  
subía por una bella  
cuesta de un verde ribazo;  
cuando, al alcance del brazo,  
como un pámpero caído,  
encontró un papel prendido  
de un triste ramaje seco:  
era una voz, era un éco,  
un grito del sér querido.

## XXIII.

«Isabel: sé que me adoras,  
decía el mudo mensage;  
sé, sin que á tu padre ultrage,  
que está amargando tus horas;  
sé que sufres y que lloras:  
vén conmigo, eso te pido;  
seré tu esclavo rendido;  
el destino, ya se sabe,  
lleva á la mujer y al ave  
fuera del paterno nido.

## XXIV.

Hay cerca de aquí una ernita,  
huiremos sin que se note,  
y al llegar, un sacerdote  
hará nuestra unión bendita;  
piensa en la dicha infinita  
que solo así nos espera;  
medítalo, y considera  
que es mi muerte tu retardo;

hasta la noche; te aguardo;  
que no faltes; Dios lo quiera.»

## XXV.

Quedó Isabel sorprendida  
por tan extraña lectura,  
como un ave que en la altura  
se siente del plomo herida:  
anonadada, aturdida,  
llega á su paterna casa;  
no sabe lo que le pasa  
en situación tan extrema;  
siente un rubor que la quema,  
y una ansiedad que la abrasa.

## XXVI.

Late agitado su pulso;  
contiene un hondo gemido;  
su corazón comprimido  
golpea el pecho convulso;  
quiere en su primer impulso  
borrar el nefando pliego,  
romperlo, olvidarlo luégo;  
la ayuda divina impetra,  
mas lo toca, y cada letra  
parece un áscua de fuégo.

## XXVII.

Por virtud y fuerza mucha

que á reunir un alma llegue,  
preciso es que al fin se entregue,  
si es consigo con quien lucha.  
¿Quién su corazón no escucha?  
¿Quién de él se pondrá al abrigo?  
El más temible enemigo  
es siempre el más traicionero:  
aquel que ménos espero;  
el que siempre vá conmigo.

## XXVIII.

De Isabel, en conclusión,  
cual de todo sér sensible,  
el enemigo invencible  
estaba en su corazón.  
Era su inmensa pasión;  
su amor insensato era;  
y aunque luchó con entera  
voluntad y fé consigo,  
teniendo tal enemigo,  
¿qué extraño es que sucumbiera?

## XXIX.

Tal fué; sucedió á su espanto  
cierta atracción no esplicada;  
estaba inquieta, asustada,  
pero impaciente entre tanto;  
vertía abundante llanto,  
se ocultaba en su aposento;  
temía que á paso lento  
la oscura noche viniese;

y aunque tanto lo temiese,  
anhelaba aquel momento.

## XXX.

Cayó el sol, vino la tarde:  
¡qué crepúsculo tan largol  
Para Isabel ¡cuán amargo  
fué aquel postrimer alarde!  
Tornábase más cobarde  
de la sombra á la presencia....  
Para acallar su impaciencia,  
para aumentar su amargura,  
llegó al fin la noche oscura,  
nublada cual su conciencia.

## XXXI.

Besó á su padre Isabel;  
le estrechó contra su pecho;  
fingió encaminarse al lecho,  
y se deslizó al dintel;  
asomó; avanzó el doncel,  
que ya la aguardaba fuera;  
cerrada la noche era;  
se lanzaron en lo oscuro,  
y un relámpago inseguro  
rasgó la nublada esfera.

## XXXII.

Quedó la niña aterrada:

quiso volverse... ¡Adelante!  
—dijo el atrevido amante;—  
no temas; eso no es nada.  
Siguieron por la escarpada  
pendiente: de cuando en cuando,  
los relámpagos brillando  
iban el cielo entreabriendo;  
con atronador estruendo,  
la tempestad avanzando.

## XXXIII.

—¡No páso de aquí! decía  
Isabel de terror llena.  
Su amante, con voz serena,  
—¡Adelante! repetía.  
La lluvia en tanto caía  
empujada de soslayo.  
Crujió la espada del rayo  
hendiendo el oscuro cielo,  
y cayó Isabel al suelo,  
presa de mortal desmayo.

## XXXIV.

—¡Dios mío! exclamó el doncel;  
se arrodilló junto á ella;  
movió su escultura bella;  
—¡Isabell, gritó; ¡Isabell  
Un mármol de Macaél  
era de yerta y de fría.  
En tan terrible agonía,  
sollozante, loco, incierto,

cargó con su cuerpo yerto  
y huyó sin saber qué hacía.

## XXXV.

La tempestad estallaba  
con un rugido imponente:  
De cada risco, un torrente  
bramando se despeñaba.  
Todo incendiado brillaba,  
en un relámpago eterno;\*  
y al cárdeno brillo externo  
que cielo y tierra tenían,  
monte y valle parecían  
un paisaje del infierno.

## XXXVI.

Corría el mancebo errante  
con Isabel sin sentido;  
ganar buscaba, arrevido,  
la opuesta orilla distante;  
cuando, hinchado, amenazante,  
oponiendo su torrente,  
el fiéro Andaráx rugiente  
reunió sus aguas de plomo,  
y alzó su encrespado lomo  
cual una inmensa serpiente.

## XXXVII.

¿Dónde buscar un seguro

refugio en trance tan triste?  
Contra el Andaráx que embiste,  
¿dónde hallar un fuerte muro?  
¡Allá en el fantasma oscuro,  
vestido de musgo y yedra;  
El joven, pues, no se arredra;  
estrecha á su amada, corre,  
y entra en la desierta torre  
por su ventana de piedra.

## XXXVIII.

Difícil fué la subida:  
á las grietas aferrado,  
trepó como un acosado  
tigre á su negra guarida;  
en su brazo sostenida  
su amada de rostro bello;  
en desórden el cabello,  
la faz lívida, y los ojos  
como dos volcanes rojos,  
de la tormenta al destello.

## XXXIX.

Ganó el asilo anhelado,  
besó su carga preciosa,  
llamóla con voz ansiosa,  
y oyó un quegido apagado.  
—¡Se ha salvado! ¡se ha salvado!  
gritó con tenáz empeño;  
¡Isabel! ¡mi dulce dueño!  
¡vuelve en tí! ¡vuelve enseguida!

é Isabel tornó á la vida  
como quien sale de un sueño.

## XL.

Tendió la mirada errante,  
volvió de nuevo á su espanto,  
y cayó anegada en llanto  
en los brazos de su amante.  
La tempestad resonante  
era más récia en la altura;  
rompía con más papura,  
cuando se escuchó á la puerta  
de aquella torre no abierta,  
voz de auxilio y de amargura.

## XLI.

—¿Oyes? exclamó Isabel  
desasiéndose á su impulso;  
y con acento convulso,  
gritó atolondrada: ¡es él!  
—¿Quién? interrogó el doncel;  
—¡Mi padre! repuso ella;  
tal vez siguió nuestra huella,  
y en esta noche imponente,  
le ha sorprendido el torrente,  
y le amaga la centella.

## XLII.

—¡Nól dijo el fiero mancebo,

¡no puede ser!—¡Es el mismo!  
clamaba en su paroxismo  
Isabel, y abrirle debo!  
Sonaba la voz de nuevo:  
—¡Por piedad! ¿quién me socorre?  
Isabel resuelta corre,  
—¡Huye! á su amante le grita;  
ella á abrir se precipita,  
y él se lanza de la torre.

## XLIII.

Mojado, roto, jadeante,  
el anciano padre entraba;  
al par que se despeñaba,  
desde la torre, el amante.  
Isabel, muda y temblante,  
se interna en la estancia oscura;  
un relámpago fulgura,  
alumbra á los dos, y ciego  
queda clavado el labriégo,  
como una pétrea escultura.

## XLIV.

—¡Perdón! Isabel exclama.  
—¡No hay perdón! el padre grita:  
¡Maldita seas! ¡maldital...  
Y el cielo en tanto se inflama.  
¿Dónde está? ¿Cómo se llama?  
¿Quién es el raptor? Rugiente  
vá á buscarlo, y de repente,  
á otro relámpago nuevo,

vé el cadáver del mancebo  
llevado por el torrente.

## XLV.

Tambien lo divisa ella:  
sale un grito de su boca,  
se mesa el cabello, y loca  
pide al cielo una centella;  
quiere de la torre aquella  
salvar la altura distante;  
inclinase delirante  
por la ventana: ¿qué intenta?  
¡Lanzarse al rio que aumenta  
y arrebatarle su amante!

## XLVI.

—¡Isabell ¡hija! ¡detente!  
Repite el viejo infelice;  
¡Tu padre no te maldice!  
¡te perdona! ¡fué inclemente!  
Con carcajada estridente,  
Isabel la torre llena;  
y aquel éco que resuena,  
nuncio de mayor quebranto,  
causa al alma más espanto  
que la tempestad que truena.

## XLVII.

¡Noche horrible y destructora!

Tras las lejanas colinas,  
sobre escombros y ruinas  
al cabo brilló la aurora.  
La corriente asoladora  
cesó, y, el sol refulgente  
bañó, desde el rojo Oriente,  
á un cadáver destrozado,  
á un padre desesperado,  
y á una mujer, ya demente.

## XLVIII.

Halló el cadáver reposo  
del Andaráx junto al cáuce,  
bajo la sombra de un sáuce  
de susurro cadencioso;  
también asilo piadoso  
dió la muerte al triste anciano;  
tan solo Isabel en vano  
invocóla en su tristura:  
espectro de la locura,  
quedó errando por el llano.

## XLIX.

Allá, al fenecer del día  
los últimos resplandores,  
orlado de mústias flores  
el fantasma aparecía;  
descender se le veía  
por la escarpada ladera;  
con mirada lastimera  
buscaba el sáuce distante,

é iba á llorar por su amante  
á la desierta ribera.

## L.

Espíritu peregrino,  
alma errante sin sendero,  
era asombro del viajero  
y terror del campesino.  
Yo le encontré en mi camino,  
y él me relató completa  
toda esta historia secreta,  
pues las celestes visiones  
suelen contar sus pasiones  
al artista y al poeta...

## LI.

Marquesa, dueña y señora  
de este retiro encantado;  
ángel, del cielo bajado,  
que habita esta torre ahora;  
sábed, pues, que con vos mora  
un sér que cual vos inspira;  
pensad, cuando el sol espira  
tras el Ocaso brumoso,  
que hay aquí un Génio amoroso  
que canta, llora y suspira.

## LII.

Él cruza bajo el dosel  
de los naranjos del huerto;

si el céfiro gime incierto,  
quien gime ó suspira, es él;  
es el alma de Isabel;  
es el amor que aquí habita;  
y en su ternura infinita  
se anonada el que aquí llega,  
y á sus quimeras se entrega,  
y entre sus ánsias palpita.

## LIII.

Por ello, no sin razón,  
siento atracción infable,  
ansiedad inenarrable,  
de esa torre ante el blasón.  
Ella evoca una pasión,  
sublime, inmortal y fuerte;  
ella prueba de esa suerte,  
que el amor con su ternura  
es un sueño, una locura,  
que vence á la misma muerte.

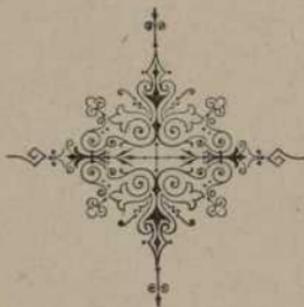
## LIV.

Ese sueño que embelesa,  
esa locura que embriaga,  
ese fantasma que vaga  
en torno de aquí, Marquesa,  
por vuestro acento se expresa,  
y causa afanes ó enojos;  
acecha desde esos rojos  
pétalos de vuestra boca;  
con vuestra beldad provoca,

y hiere con vuestros ojos.

## LV.

¡Cuánto y cuánto corazón,  
flechado por su hermosura,  
ha tenido sepultura  
al pié de este torreón!  
Víctima de su pasión,  
el amante de Isabel,  
reposa bajo el dosel  
de aquel sáuce, en este suelo;  
pero le queda un consuelo:  
que hay otros muchos cual él.





LA CIENCIA Y EL AMOR.

Poema en un canto.





## LA CIENCIA Y EL AMOR.

---

### I.

De Newton un discípulo eminente  
Que, entregado á sus sérias aficiones,  
En resolver problemas y ecuaciones  
Se pasaba los años santamente;  
Después de haber llegado  
A despejar las de seteno grado,  
Y por médio de éllas  
A demostrar las tésis más extrañas,  
Las cumbres á medir de las montañas,  
Y aún la altura á saber de las estrellas;  
Intentó cierto día  
Resolver un problema, que cualquiera  
En igual situación resolvería,  
Sin saber Aritmética siquiera;  
Mas que no es dable ultime  
El hombre, en su científico estravío,  
Cuando, aunque emplee el cálculo sublime,  
Tiene apagado el corazón y frío.

## II.

Un problema de amor era el problema:  
Qué lazo al hombre y la mujer aduna;  
Cómo dos voluntades se hacen una;  
Uno es igual á dos: tal era el tema.  
Y á la verdad que el diestro matemático  
Tan solo al plantear cuestión tan rara  
Quedó mudo, y extático,  
Pues nunca sospechara  
Que en amor, como en números, no fuera  
Proponer y afirmar: dos igual uno;  
Un aserto risible, inoportuno,  
O una loca fantástica quimera.

## III.

Penetrado, no obstante, lo indecible,  
De que no era su ciencia vano nombre,  
Y empeñado en llevarla á lo imposible,  
Como acontece de ordinario al hombre,  
La cuestión estudiaba noche y día;  
Pues, en su error tenaz y sin segundo,  
Con el grande Pitágoras creía  
Que la ley de los números regía  
Al Orbe todo, al Universo mundo.  
Y, siguiendo la huella  
De génio tan ilustre, argumentaba  
Que, si el Orbe á esa ley se sujetaba,  
El corazón no sé escapaba de ella,  
Y que al fin, con profundas reflexiones,  
Aunque de suyo impenetrable y hondo,

Era dable buscar allá en su fondo  
La ley de sus fecundas atracciones.

## IV.

Saber cómo se siente arrebatado  
El ser amante hácia el objeto amado;  
Averiguar el mágico secreto  
Que á unirle vá con el 'amado objeto;  
Tropiezar con el lazo misterioso  
Que hace de dos un ser maravilloso,  
Con dos mentes y un solo pensamiento,  
Con dos almas y un solo sentimiento  
Sublime, celestial y venturoso,  
Eso nuestro aritmético anhelaba;  
Pero en vano á sus cálculos tornaba  
Y tornaba á su tema inoportuno,  
Pues siempre de sus sumas resultaba  
No había medio alguno,  
Ni en el alto poder del mismo Dios,  
De que «uno» fuese «la mitad de uno»,  
O «uno más uno» no sumasen «dos.»  
Y al llegar á este extremo sin salida,  
Revolviéndose airado,  
Clamaba el matemático admirado  
Que, ó su ciencia era absurda y fermentada,  
O para estos problemas de la Etica  
Era fuerza inventar otra Aritmética  
Con lo absurdo por punto de partida.  
Mas como ciego ignora  
Que en amor ni se cuenta ni se mide,  
Y que el alma que loca se enamora  
No se suma, ni resta, ni divide,  
Siempre se abisma en su ilusión primera,  
Y afirma en conclusión, con grave empeño,

Que és la unidad de dos una quimera,  
Y el amor que la finge un vano sueño;  
Medio sencillo y llano  
Que suelen emplear los sábios todos  
Cuando encuentran un nudo gordiáno,  
Y que consiste, á falta de otros modos,  
En cortar el problema por lo sano.

## V.

Niévalo nuestro sábio, que es lo mismo,  
Y pasa de la fé á la no creencia,  
Cayendo en un terrible excepticismo  
Con todos los bagajes de su ciencia.  
Desde entónces para él amor no existe,  
Es solo de la mente un devaneo,  
Es la forma ilusoria que reviste  
La fugaz llamarada de un deseo.  
Al anhelo dichoso,  
A la esperanza, á la emoción sentida,  
Llama locura extraña  
Con que el instinto de la especie engaña,  
Para que, en esta tierra envejecida,  
Llevados por fantasmas seductores,  
Sembremos, ignorantes, los dolores,  
Con las nuevas semillas de la vida.  
Y dice formalmente,  
Con Hartmann y otros muchos de su escuela,  
Que el hombre es un juguete solamente  
Cuando ama, cuando sufre y cuando anhela,  
De un mónstruo que tegiendo vá la tela  
Del mundo, en la región de lo Inconsciente;  
Mónstruo loco, cegado en su delirio,  
Que tiende á la existencia sin remedio,  
Y que elige á los seres como medio

De aumentar su existencia y su martirio;  
Voluntad sin razón, brazo sin guía,  
Que avanza, que se extiende, que no cesa,  
Y ante el cual cada ser es una oveja  
Condenada al suplicio y la agonía.

## VI.

Pero el hecho es que el héroe de esta historia,  
Con haber aprendido de memoria  
Teoría tan fatídica y extraña,  
Con creer el amor una patraña  
Y su dicha juzgar como ilusoria;  
Sabiendo la maldad de ese Inconsciente  
Que nos tiende la red de sus engaños,  
¡Oh dolor! cayó en ella de repente,  
Y diz se enamoró perdidamente  
De un ángel seductor de quince años.  
Lo cual prueba, por modo peregrino,  
O que es muy débil el poder del hombre,  
O que ese sér incógnito y sin nombre  
Que le arrastra al amor es muy ladino;  
Pues el uno, aun sabiéndolo, la yerra  
Rindiéndose á unos ojos seductores,  
Y el otro, por Luzbeles tentadores,  
Nos manda chicas guapas á la tierra.

## VII.

Sentada de la mar á las riberas,  
La ciudad donde el sábio residía  
Tiene cielos de mágicas esferas,  
Y verdes abanicos de palmeras

Que templan el ardor del Mediodía.  
Por las tardes, el sol en el Ocaso  
Dibuja lontananzas sonrientes;  
Y allá, con lento paso,  
Bajando panorámicas pendiétes,  
Ván las jóvenes solas,  
Los mancebos, los niños y los viejos,  
A mirar de la tarde los reflejos  
Y á escuchar los murmullos de las olas.  
Todo al amor convida:  
La luz que muere, la ilusión que nace,  
El dulce beso de la mar dormida,  
La blanda playa que desierta yace...  
Allí al aliento del templado ambiente,  
Siguiendo al sol que en el confin se esconde,  
Quizá se sueña con afán ardiente,  
Tal vez se piensa en el amante ausente,  
Tal vez se busca sin saber por dónde.  
Allí vá Margarita,  
En las horas también crepusculares,  
A contar su ansiedad y su cuita  
Á la región extensa de los mares;  
Ante su faz en calma  
Donde comienza á reflejar la luna,  
Consulta una por una  
Las vagas sensaciones de su alma;  
Late su pecho de ignorado anhelo,  
Y al contemplarse en la ríbera sola,  
Suspira cual la ola,  
Y alza sus ojos, cual la luna, al cielo.  
¿Qué busca en los espacios la doncella?  
¿El eco de un acento conocido?  
¿La imágen de algun ser, aparecido  
Al fugaz resplandor de alguna estrella?  
¡Qué sé yó! Lo indecible, lo que inflama  
A un virgen corazón con llama incierta,  
Lo que desea un pecho cuando ama,

Eso que yo no sé cómo se llama  
Y sueña siempre una mujer despierta.

## VIII.

Imágen del amor, pura y hermosa,  
Melancólica y dulce Margarita,  
En sus mejillas de temprana rosa,  
Muestra indecisa el alba luminosa  
Del sueño de ilusiones que la agita.  
Niña ayer, joven hoy, á ver empieza  
El albor de unos cielos encantados,  
Y ya inclina la lánguida cabeza  
De rizos enlazados,  
Junto á la orilla de la mar en calma,  
Como dobla su copa esbelta palma,  
Al peso de sus dátiles dorados.  
Y ama, y suspira, y con afán ardiente  
Torna en el cielo á contemplar la luna,  
Cual si fuera su sola confidente,  
Y estrecha entre sus brazos dulcemente  
Una visión, sin realidad alguna.  
Visión ardiente, loca,  
Que á solas fabricó su fantasía,  
Tiene un encanto que al amor provoca,  
Palabras que palpitan en su boca  
Como notas de dulce melodía;  
Tiene talle gentil, ojos de rayo,  
Varonil apostura y continente,  
Y suele aparecerse velozmente  
En alas de un intrépido caballo;  
A veces cruza las doradas salas,  
Otras aguarda en la enramada quieta,  
A veces viste militares galas,  
Y ora es pintor, ó músico, ó poeta:

Mas no sé por qué agravio,  
Ese fantasma seductor y ardiente  
No reviste jamás forma de sabio,  
De faz marchita y de arrugada frente.  
Extraña coincidencia  
Que demuestra, con signos muy cabales,  
Que entre el amor y la severa ciencia,  
Si no existe pendencia,  
Tampoco hay relaciones muy cordiales.

## IX.

Mas, sin embargo, nuestro sabio, el mismo  
Que al amor declaró tan cruda guerra;  
El que creyó su dicha un espejismo  
Y su lazo un azote de la tierra;  
El que pasó su juventud florida  
En estudiar científicas cuestiones,  
Y aunque joven, con faz descolorida,  
Se asomó á las cavernas de la vida,  
Ahuyentando fantasmas é ilusiones;  
El que negó al amor toda su esencia,  
Y en nombre de un sistema de la ciencia  
Quiso arrancarle su esplendor divino,  
Con el amor tropieza en su camino;  
Siente el amor que la razon le quita,  
Y á los piés de la hermosa Margarita  
Quiere rendir su vida y su destino.

## X.

¿Qué dice en tanto la gentil doncella?  
Que el dardo de la ciencia no la hiere:

Y aunque su madre quiere,  
Falta lo principal: que quiera ella.  
En vano le habla con prudente labio  
Su madre, porque acceda á su deseo;  
—Quiérole, le repite, que es muy sábio;  
Y contesta enojada de este agravio:  
—¿Hé de querele, madre, si es tan feo?  
—Loca ilusión és la que brilla un día  
Y rinde á un joven corazón cautivo;  
Su madre le replica, siempre fría  
Y amante de buscar lo positivo.  
—Será ilusión la que mi mente anhela,  
La joven dice, de experiencia escasa:  
Pero más vale una ilusión que abrasa,  
Que eternamente realidad que hiela.  
—Tú lo querrás cuando te deje insano  
Ese fantasma que tu pecho ansia,  
La madre objeta; mas objeta en vano,  
Pues no se rinde el corazón humano  
De la razón á la tenaz porfía.  
Y Margarita que, en opuesto polo,  
Nunca otra voz que su capricho ha oido,  
Como toda muger, al fin es sólo  
Un corazón de carne revestido.

## XI.

El, á su lado con razón discurre:  
Su palabra es juiciosa;  
Margarita la juzga empalagosa,  
Por atención la escucha, mas se aburre.  
Siempre suele tratar cosas muy bellas  
El joven sabio, amante sin fortuna;  
Suele hablar de la luna y las estrellas,  
Mas á las lindas jóvenes doncellas,

¿Qué importan las estrellas ni la luna?  
Gustan más que les hablen de amoríos  
Y las requiebren con palabras locas,  
Que no les cuenten si en la luna hay rocas,  
Mares, volcanes ó fecundos rios;  
Así que, siempre Margarita impía,  
Mientras oye, en susurro, cosas tales,  
Camina á otros espacios ideales  
En alas de su ardiente fantasía,  
Y en vez de visitar esas regiones  
Que el sábio le describe en lo profundo,  
Sueña vivir en su encantado mundo  
Con el novio ideal de sus visiones.

## XII.

Del sábio matemático la táctica  
Inútil fué para rendir su pecho,  
Pues si en teoría fracasó, de hecho  
Fracasaba tambien llevada á práctica:  
Y él en su ciencia fría abroquelado,  
Ella siendo una incógnita voluble,  
Como al principio, se quedó insoluble  
El difícil problema planteado.

## XIII.

¿Por qué esa dualidad y ese desvío?  
¿Por qué mientras el sabio, en su extravío,  
Ante la hoguera del amor se inflama,  
Margarita, que ama,  
A la luz de la ciencia siente frío?  
¿Por qué? pues es muy llano;

Porque el amor es de tan rara esencia  
Que lo inspira un fantasma, un sueño vano,  
Y jamás se consigue con la ciencia:  
Porque el cálculo, en medio del sosiego,  
Investigar podrá frías verdades,  
Mas nunca se unirán dos voluntades.  
Si no se funden en crisol de fuego:  
Porque el saber más grande y más profundo,  
Sin entusiasmo y corazón, no es nada:  
Y en cambio, una sonrisa, una mirada,  
Pueden hacer, cuando se siente, un mundo:  
Y en final, porque siendo las muchachas,  
Casi todas, ligeras, vivarachas,  
Si uno quiere le quieran desde luego,  
Ha de acudir á todas sus manías,  
Perder por ellas áulas y sosiego,  
Predicarles amor todos los días,  
Decirles infinitas tonterías,  
Y no hablarles en Árabe, ni en Griego.

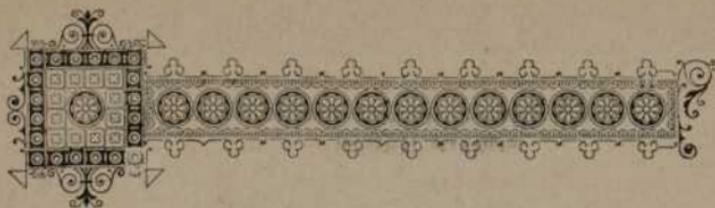




LECCIONES DE GRAMÁTICA.

Poema en un canto.





## LECCIONES DE GRAMÁTICA.

---

### I.

Erase una discípula simpática,  
modelo de candor,  
y le daba lecciones de gramática  
un joven profesor.

Contaría la alumna quince Abriles,  
edad primaveral  
en que brotan del alma sueños miles,  
á un soplo celestial.

Y el profesor tendría treinta Mayos,  
cenit de la pasión,  
en que esta, con el fuégo de sus rayos,  
abrsa el corazón.

Abelardo, el maestro se llamaba;  
María, la escolar;  
el nombre del primero recordaba  
historia singular;

Y el de ella dibujaba en la memoria,  
lo mismo que un pincel,

las Vírgenes que, en medio de la gloria,  
soñara Rafael.

La cátedra, que el padre de María  
dispuso á la lección,  
en amplio gabinete consistía,  
con mágico balcón.

Por él mostraba el cielo sus colores,  
el sol su luminar;  
entraban los gilgueros y las flores,  
las brisas de la mar.....

Y fué precisamente en primavera,  
estando todo en flor,  
cuando á María sus lecciones diera  
el joven profesor.

## II.

«*Gramática*, es el arte del idioma,»  
decía muy formal,  
fijándose en los ojos de paloma  
de su alumna ideal.

«*Lenguage*, es del oculto pensamiento,  
del alma, la expresión:»  
y su alma lanzaba con su acento  
temblante vibración.

«*La palabra*, es el signo de la idea,  
es un dón y es un bién;»  
y ponía una páusa en su tarea,  
que el callar lo es también.

«*La oración*, de palabras se compone:  
distintas estas son;  
el artículo al nombre se antepone;  
ejemplo, *el corazón*.»

Y al citar este ejemplo, colocaba  
la mano sobre él,  
porque, indómito, ya se le escapaba,  
cual fogoso corcel.

«*El nombre sustantivo*, proseguía,  
un ser designará;  
ejemplo, el dulce nombre de *María*  
que á vos unido vá.»

«*Y adjetivo*, es la voz que á un ser ó cosa  
califica á su vez;  
cual si digo, *María es muy hermosa*,  
tiene *blanca* la téz.»

«¿Comprendeis?» preguntaba á la doncella,  
al fin de la lección;  
y con lenguaje sin palabras, ella  
prestaba afirmación;

Pues, clavando sus ojos de paloma,  
hacíase entender;  
y hablábanse los dos en ese idioma  
innato en todo sér.

### III.

La alumna aprovechaba de manera,  
que hubieron de llegar,  
pasando todo aquello á la carrera,

un día, al verbo *amar*.

Cual siempre, se encontraban á sus solas,  
y el pájaro y la flor,  
los cielos conjugaban, y las olas,  
el verbo embriagador.

«*Amar*... infinitivo de presente,  
decíale el doncel;  
es igual que vivir, pues ciertamente  
que no hay vida sin él.»

«Mirad esos espacios azulados,  
de mágico esplendor;  
de Dios, del sumo Dios fueron creados,  
con un beso de amor.»

«*Amando*, es el gerundio infinitivo;  
es que el mundo también,  
amando, solo sabe que está vivo;  
que marcha tras el bien.»

«*Haber de amar*, futuro, esa es la ley  
que rige el corazón;  
lo mismo del mendigo que del rey;  
que alienta en su embrión.»

«*Amante*, participio: vése en ello  
á un alma florecer;  
*Amado*, es lo pasivo, es lo mas bello  
que en el mundo hay que ser.»

Y pasando al presente indicativo,  
con loco frenesí:  
— *Yo te amo*, prorrumpió; sin tí no vivo;  
ten compasión de mí.

— ¡*Tú me amas!* balbuciente la doncella  
dijo, al verle á sus piés;  
Pues los dos *nos amamos*; tu querella  
ya satisfecha ves.

Y en esto, entrando el padre de María,  
gritó fuera de sí:  
— ¡*Vosotros os amais!* yo no sabía  
conjugáseis así.

Alzóse el profesor, que ante ella estaba,  
y contestó: — Sí, á fé;  
es cierto; ya hace tiempo que la *amaba*;  
yo siempre la *amaré*.

— *Amáos*, pues, en buen hora, dijo el padre;  
consiento en vuestra unión,  
y seguid de ese verbo, como os cuadre,  
la fiel conjugación,

## IV.

Casóse el profesor con la doncella:  
en su goce ideal,  
ya los *pronombres posesivos* ella  
aprendió, al natural.

Repitiendo doquier el *mío, mía*,  
con eco seductor,  
de pájaros un nido parecía  
el hogar de su amor.

En medio de esa dicha casi muda,  
gozando de ese Edén,

que ella de él aprendiera nadie duda  
*la conjunción* también.

Pero, pasó el periodo sonriente,  
y entonces encontró  
el *adverbio de tiempo*, «eternamente»  
que al fin la fastidió...

Para romper su languidez apática,  
su esposo reanudar  
quiso aquellas lecciones de gramática,  
volviendo al verbo *amar*.

Y al gabinete la llevó, en efecto;  
y el libro allí al abrir,  
topó con el *pretérito perfecto*  
que empezaba á decir:

*Yo te amé, tú me amaste, me has amado;*  
y un helado sudor  
por su rostro corrió, gritando airado:  
—¿en dónde está tu amor?

No lo encontró, cual antes, en sus ojos;  
y, blandiendo un puñal,  
al punto le arrancó, ciego de enojos,  
*la interjección final*.

## V.

Sobre el vergel, frente la mar bravía,  
aún al lejos se vé,  
el bello gabinete de María,  
que su cátedra fué.

Mas ya no anida el pájaro en su alero;  
ya no trepa el jazmín;  
un velo funeral, triste y severo,  
cubre casa y jardín.

La luna amarillenta, sobre ella,  
en la noche al brillar,  
parece la visión mística de aquella  
que baja á meditar.

A veces al balcón un loco asoma:  
¡ay! es el profesor,  
que aún busca aquellos ojos de paloma;  
aquel rayo de amor.

Allí conversa con la luna extática:  
¡locura singular!  
le dá al astro lecciones de gramática;  
le enseña el verbo *amar*.

La luna sigue siempre indiferente  
su camino al confín;  
se pierden las palabras del demente  
por el vasto jardín;

Y si un rayo de aquella, entre el ramage,  
dá su pálida luz,  
se divisa en recóndito parage  
un mármol y una cruz.

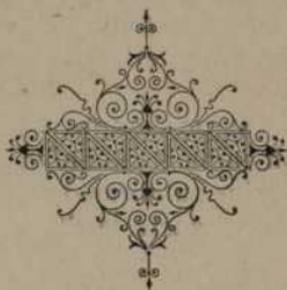
De María es la tumba silenciosa  
que tiene una inscripción;  
Oyela por tu vida, niña hermosa,  
que importa al corazón;

«Aquí yacen los restos de María,»  
dice el letrado aquel;

«un curso de gramática aprendía,  
y á la par de amor fiel.»

«A *mó*; en todos los tiempos, en efecto,  
el verbo conjugó;  
pero amar *en pretérito perfecto*  
su desdicha labró.»

«Alumnas del amor, tened muy vivo  
este ejemplo fatal  
amad siempre *en presente indicativo*,  
que es la dicha eternal.»



BLANCA.

Poema en un canto.





## BLANCA.

---

A...

I.

¿Es cierto que, en el siglo diéz y nueve,  
Siglo de industrias, máquinas y prosa,  
El platónico amor no nos conmueve?

¿Es cierto que perdió su luminosa,  
Casta esencia, ese dulce sentimiento,  
Y quedó reducido á fútil cosa?

¿Será acaso ilusión sin fundamento,  
Loca quimera, absurda fantasía,  
Propias de un juvenil aturdimiento?

¿Lo digno de este siglo, vida mia,  
Deberá ser el árido trabajo,  
El alma estéril, y la ciencia fría,

Y á lo más, como amor, ese amor bajo,  
Satisfactorio del brutal instinto,  
Que del realismo á la abyección nos trajo?

Intento demostrarte que, aun extinto  
Aquel fuégo sagrado no se encuentra:  
Que hay quién ama de un modo muy distinto;

Seres en cuyo pecho se concentra  
La pura luz que iluminaba al Dante,  
Y que en visiones por los ojos entra:

Almas sublimes, de altitud bastante  
Para esquivar el lodazal del mundo,  
Y subir á otra esfera más radiante.

Nada me importa el desdén profundo  
Con que los hombres frívolos me lean;  
Otra esperanza lisongera fundo:

La de que hay otros seres, que desean  
Devorar mis poemas; que á sus solas  
En sus vagos celages se recrean:

Niñas castas, sencillas amapolas  
Que surgen, de la vida en los pensiles,  
Y que elevan al cielo sus corolas.

A esas niñas, de plácidos abriles,  
Y á tí, entre todas, mis historias cuento:  
Musa, esta historia interesante diles,

Y pon, ante su puro pensamiento,  
La imagen de un amor, que es el que sueñan,  
Y el verdadero amor, que yo alimento.

## II.

Próxima á un río, que en torcer se empeñan

Los álamos que avanzan á la orilla;  
Una quinta magnífica diseñan,

El sol, con tonos de oro, cuando brilla;  
Con líneas rosa, el alba; y la alta luna,  
En la noche, con luz casi amarilla.

Representa la quinta una fortuna:  
Es la casa de piedra; á sus balcones  
Balaustrage riquísimo se aduna:

Y suben, á cubrir con sus festones  
Al severo edificio, enredaderas,  
Yedras y jazmineros juguetones.

Al redor, forman grutas verdaderas,  
Entre árboles exóticos y raros,  
Naranjos, eucaliptus, y palmeras.

Hay allí sitios para el alma caros;  
Sombras, murmullos, cantos y gorjeos,  
Y hasta estátuas de mármoles de Paros.

Cuanto puede halagar nuestros deseos:  
El arrayán, el lago cristalino,  
La barca de amorosos balanceos;

El islote que, á ensueño peregrino  
Convida, en medio de las claras ondas;  
El quejumbroso bosque allá vecino;

Los sauces, colocados como blondas,  
Para velar la luz del sol ardiente;  
Las fuentes caprichosas y redondas;

El paseo arenado y sin pendiente;  
La esplanada con vistas al paisaje,

El vivero y la estufa sorprendente.

¿Qué falta en tan poético paraje?  
Una mujer hermosa, ¿no es lo cierto?  
Pues bien; también existe: en el bosque

Cruje la seda, entre el follaje muerto;  
A veces se oye una canción divina,  
Que se une de las aves al concierto;

No es un pájaro más, que vuela ó trina;  
Es una vírgen solitaria; un hada,  
Que habita aquellas frondas, como Alcina.

### III.

¿Quién es esa mujer, allí encerrada,  
Lejos del mundo, sin amor, sin goce?  
¿Es un alma, tal vez desengañada?

¿Quizás un sér que se sustrae al roce  
De la vida social, agitadora,  
Porque su impura realidad conoce?

Nó; la impureza de la vida ignora:  
Brilla en su tierna juventud primera;  
Es un alma celeste y soñadora.

Contéplala sentada en la ribera:  
Su cuerpo esbelto, en el peñón reclina,  
Con indolencia dulce y placentera.

Besa el áura su frente alabastrina,  
Baja el cabello en trenzas por su espalda,  
Cual las hebras del sol por la colina;

Y detiene sus ojos de esmeralda,  
Que á veces beben el fulgor del cielo,  
En un libro, que abrió sobre su falda.

¡Cuadro precioso, contemplado al vuelo!  
Aquella paz de la natura agreste,  
Aquella vida aislada y sin recelo,

Aquel sitio magnífico y silvestre,  
La sombra, el rio que fugaz murmura,  
Y allá en el fondo la mansión campestre,

La siesta consagrada á la lectura:  
Todo convierte en ser extraordinario  
Á aquel ángel con forma de criatura.

¡Oh! ¡cuántas veces, loco ó visionario,  
En excursión ó ronda cinegética,  
Me detuve en un valle solitario,

Y reclinada sobre roca atlética,  
En la misma actitud, mis ojos vieron  
Una imágen tan bella y tan poética!

Nó, mis ojos entonces no mintieron,  
La imagen fué real; era esta misma,  
Que mis ansias amantes entrevieron:

Por eso ella me atrae, ella me abisma,  
Y en su visión se inspiran estos cantos:  
Ella es la luz, y mi poema el prisma.

## IV.

¿Cómo doncella, que placeres tantos

Puede gozar en el brillante mundo,  
Sepulta en una selva sus encantos?

Hay para ésto un motivo muy profundo:  
Ella es tan solo el vástago florido  
De un árbol ya caduco y moribundo.

¿Vés el anciano aquél, encanecido,  
Que camina, cargado de sus años,  
En un bastón nudoso sostenido?

Es su padre; maestro en desengaños,  
De Fray Luís de León tomó el consejo,  
Y del mundo dejó pompas y engaños.

Rico, nada de avaro, aun no muy viejo,  
En el campo crearse un Edén quiso;  
Hizo una casa, un lago por espejo.

Puso, y el oro convirtió sumiso  
En parques, frondas, alamedas, fuentes:  
Remedos del soñado Paraiso.

Allí escondió sus penas inclementes,  
Y en la mas tierna edad guardó á su hija,  
Fruto de unos amores delincuentes:

Allí Blanca creció; sin que la aflija  
La soledad, más trato no ambiciona;  
El mismo techo y parque les cobija;

Y se vé, en ella y él, cuán se eslabona:  
La expiación á la culpa; cuán los hijos  
Prolongan de los padres la persona.

Tiene en Blanca Don Juan los ojos fijos;  
Ella sola mitiga con su halago

Su nostalgia, sus duelos más prolijos:

Y es que lleva en su frente el tinte vago  
De esa dulce bondad, que nos señala  
A los que nacen bajo signo aciágo.

Alba paloma, recortada el ala,  
La joven vive junto al viejo triste,  
Y ni una queja en su prisión exhala.

Es más, su dicha en su prisión consiste;  
Que allí, si el mundo, en realidad, no toca,  
Otro mundo mejor para ella existe;

Y entre la selva, sobre la alta roca,  
Donde quiera que vá, surge ante ella  
El mundo aquél de su quimera loca.

## V.

Quiso Don Juan hacer de la doncella  
Un ser excepcional, pues por lo mismo  
Que vió la luz bajo fatal estrella,

Creyó que destinada á igual abismo  
Estaba que su madre, y se propuso  
Evitar la ocasión del cataclismo:

Por eso aquel destierro le dispuso;  
Lo hizo agradable, mágico, risueño,  
Y en él con ella se quedó recluso.

Impedir todo amor, tal fué el empeño  
Del celoso guardián; mas ¿quién impide

Latir á un corazón, brotar á un sueño?

El viejo astuto lo difícil mide  
De aquel problema, lo calcula todo,  
Busca sus artes y su plan decide.

Desde el principio, aisla en su acomodo  
El ángel infantil, le vá infiltrando  
La paz de las campiñas, y, á su modo,

Vá sus tiernos sentidos embargando,  
Con paisajes, con pájaros y flores,  
Y arroyuelos que corren murmurando.

Estos serán sus únicos amores,  
Piensa D. Juan, fiado en su experiencia;  
Y acude á contener otros ardores,

Propios de la fogosa adolescencia,  
Derramando de Blanca en las entrañas  
El bálsamo tranquilo de la ciencia.

En sus giras, al pié de las montañas,  
Don Juan á Blanca la Natura explica;  
Le cuenta sus verdades más extrañas;

Rocas, plantas y séres clasifica,  
Y fomentando esta afición en ella,  
A congelar su espíritu se aplica.

Si allá en la noche, fulgurante estrella  
Sus miradas atrae, se apresura  
A explicarle lo que es, por qué destella;

Su volúmen preciso y aún su altura:  
Que así piensa ahuyentar todo fantasma  
Aun de los pliegues de la noche oscura.

## VI.

Blanca con tal estudio se entusiasma,  
Conserva, sí, su corazón dormido,  
Y adquiere pronto una instrucción que pasma.

Tiene un jardín botánico á su cuído;  
Colecciones de insectos; un museo  
De Historia Natural, todo reunido.

No falta el telescopio, á su deseo  
De descubrir los montes de la luna;  
Ni el péndulo inmortal de Galileo,

Ni la pila de Volta, ni ninguna  
Máquina, ni retorta necesaria  
Para aprender las ciencias con fortuna.

Todo, agrupado en masa estrafalaria,  
En su sala de estudio se aglomera;  
Allí está la redoma extraordinaria,

La prensa, el mapa, la armilar esfera,  
Y hasta asoma, en la altura de un armario,  
La risa de la hueca calavera.

Tras este cuadro, abigarrado y vario,  
Otro sigue de aspecto diferente:  
Contiene un caballete solitario;

Por la abierta ventana, el campo enfrente;  
Y en un lienzo, copiado aquel paisaje,  
Con mano habilidosa y diligente.

Forman de las paredes atalage,

Bocetos, acuarelas y modelos;  
Y llegan hasta el alto balconage

De la alegre ventana, sin recelos,  
Las plantas trepadoras de la hondura,  
Y las aves canoras de los cielos.

En cambio, en otra sala, adrede oscura,  
Por árboles gigantes sombreada,  
Un arpa de riquísima moldura,

Duerme, cual la de Bécquer, reclinada;  
Y un órgano entreabierto, y un piano,  
Mudos esperan á su dueña amada.

¿A qué decir que su esperar no es vano?  
Blanca adora la música; hay en ella  
Ecos de lo infinito y sobrehumano;

Y el alma de la púdica doncella  
Que habla, con la Botánica, á las flores;  
Con el lente, á la luna y á la estrella;

Con la pintura, al sol y á los colores;  
Ese alma, que no es hielo, ni granito,  
Que presiente otros cielos superiores,

Al arrancar al piano el dulce grito,  
El canto al arpa, al órgano la nota,  
Se pone en relación con lo infinito,

Y la férrea coyunda queda rota,  
La cárcel franqueada, y en el seno  
De la casta deidad, el amor brota!

## VII.

¿Qué amor? No el material, no el vil terreno:  
Un romántico amor; un idealismo  
Que vive en un espacio más sereno.

Blanca queda en un dulce parasismo;  
Y, ó el cielo baja á unirse con su alma,  
O ella sube hasta él, desde el abismo.

Como se alza en los áires verde palma,  
Solitaria y tranquila en su misterio,  
Así su mudo pensamiento, en calma,

Alza la niña sola al hemisferio,  
Y siente la efusión con que armonizan  
Los astros de la noche en el imperio.

Misteriosas pasiones se deslizan  
Por sus sentidos, cual los vientos leves  
Que en el cerúleo mar las olas rizan;

Pasan para ella así las horas breves,  
Sumergida en el mar de una quimera;  
De la ciencia derritense las nieves,

Que el estudio en su espíritu aglomera,  
Y viene á hallar en las divinas Artes  
Un fecundo calor de primavera.

Por eso lleva Blanca á todas partes  
Un mundo de soñadas fantasías,  
Con él departe como tú departes;

En él tiene sus penas y alegrías;  
De él sus yertos sentidos toman tono,  
Y hace por él sus largas correrías.

La peña en que la vimos es un trono  
Desde el cual, por su mundo imaginario,  
Se espacia en sus momentos de abandono.

Allí forma el idilio solitario,  
Cuando la tarde entre la sombra muere,  
Y suena la oración\*del campanario.

El tañido lejano el aire hierre,  
Se deshace la luz, y en la penumbra  
Un fantasma abrazar la niña quiere:

Quizá un girón de niebla que vislumbra,  
Ó un rayo melancólico y suave  
De la luna menguante, que ya alumbra.

Entonces canta el ruiseñor, el ave  
Querida del amor; Blanca, suspensa,  
Ya sus delirios contener no sabe;

Y á desmayos larguísimos propensa,  
Queda exánime allí, sobre la roca,  
Bajo las alas de la noche densa.

### VIII.

Alma, que tales éxtasis provoca,  
Mina y destruye el vaso que la oprime,  
Y así de Blanca la salud se apoca.

Su espíritu de trabas se redime:

Si la muerte es un tránsito hácia el cielo,  
¿No es natural que mate lo sublime?

Pero el padre de Blanca, con recelo,  
Nota este cambio; en sus facciones mira  
Un color macilento, un triste velo;

La sorprende quizás, cuando suspira;  
Y alcanza distinguir en su mirada  
La fiebre de una insómne que delira.

¿Qué enfermedad oculta y desusada  
Despierta en la doncella? El no lo entiende;  
Pero... se va quedando demacrada:

Una llama en sus pómulos se enciende,  
Que no es como la lumbre de la aurora,  
Sino el tinte del sol, cuando descende;

Y cuando nuestra vírgen soñadora  
Quiere escalar, como antes, la montaña,  
Del crepúsculo al rayo que la dora,

Siente en el pecho una opresión extraña,  
Que le hace desistir de tal empresa,  
Y una niebla fatal su vista empañá.

El mal oculto, rápido progresa,  
Como el roedor gusano, que, en la fruta,  
Hasta que llega al corazón, no cesa.

Mas el alma de Blanca no se inmuta,  
Conforme languidece su organismo,  
Más transportes, más éxtasis disfruta:

Parece que se eleva, por lo mismo;  
Que el cielo la reclama; que conversa

Con él en su frecuente paroxismo.

Bajo el misterio de su frente tersa,  
En sus hondos letargos, sin embargo,  
Creciendo vá la enfermedad perversa;

Y el astuto Don Juan, que vé de largo,  
Llega tanto á alarmarse, que procura  
Remedio activo á su infortunio amargo.

Es preciso poner á Blanca en cura:  
Ella es su vida, su afección, su cielo;  
Y así manda llamar, con gran premura,

A un Doctor, cuya fama toma vuelo,  
Pues los casos gravísimos resuelve,  
Con ciencia singular y noble celo.

### IX.

Con el Doctor el mensajero vuelve,  
Fras rápido viage, mientras Blanca  
Parece una ilusión que se disuelve.

Es el Doctor un joven de alma franca,  
De superior talento; un ángel bueno  
Que presas mil á la guadaña arranca.

No abriga el estoicismo de Galeno,  
Ni la frialdad de Hipócrates; combate  
Con ardor, como propio, el mal ageno;

El entusiasmo en sus entrañas late,  
Con el dolor se identifica, y lucha,  
Y tiene otra virtud: jamás se abate.

Le hace Don Juan, con impaciencia mucha,  
La relación del caso, á su manera;  
El joven sabio, con fijeza, escucha;

Blanca aparece, pálida y severa,  
Y, tras breves saludos, toma entre ellos  
Asiento, con nostalgia lastimera.

Los rasgos de su faz, aún son mas bellos  
Que lo fueron jamás; sus grandes ojos  
Más azules: más blondos sus cabellos.

Herida del dolor por los abrojos,  
Con las manos cruzadas, más semeja  
Un sér en oración, puesto de hinojos.

Contéplala el Doctor, muda y perpleja;  
Púlsala, y es su mano tan suave  
Que en la de él sensación extraña deja.

No se atreve á auscultarla; nada sabe  
De su dolencia aún; pero comprende  
Que en él se inícia otra dolencia grave;

De ella, desde el principio, se defiende;  
¡Ahl no hay contra el amor defensa alguna,  
Cuando sus lazos seductores tiende:

Y Don Juan, que ha empleado su fortuna  
En sustraer á Blanca de esos lazos,  
No ha visto que, los rayos de la luna,

De la sombra impalpable los pedazos,  
Se han condensado al fin en un amante,  
Que ha de estrechar á Blanca entre sus brazos.

## X.

Una sola visita no es bastante  
Para observar el mal y hallar remedio;  
Y así, queda el Doctor por habitante

De aquel palacio solitario, en medio  
De risueñas campiñas, donde moran  
Juventud y beldad, dolor y tedio;

Allí, entre fuentes cuyas aguas lloran,  
Bajo frondas vedadas á los rayos  
Del sol, y en que las aves se enamoran,

Hace el Doctor en Blanca sus ensayos;  
Solicito la estudia, la acompaña,  
La asiste cuidadoso, en sus desmayos.

Ván por la tarde, al pié de la montaña,  
Entrambos solos, y con paso grave:  
¡Qué grupo! ¡qué pareja tan extrañal

Blanca, sus ojos de mirar suave  
Clava en él; él absorto queda en ella;  
¿Qué pensarán los dos? Nadie lo sabe.

Ambos se fijan en la misma estrella  
Que, como faro, en el azul se enciende,  
Cuando la luz del sol ya no destella...

¡Estrella del amor! ¿quién no comprende  
La atracción de dos almas, anegadas  
En tu luz misteriosa que desciende?

Las sombras, de los cerros descolgadas,

Prestan encanto al cuadro peregrino  
De aquellas dos personas abismadas....

Cuando vuelven, allá por el camino,  
A la mansión, el valle se adormece,  
Sube el pastor hácia el redil vecino,

La noche avanza, la emoción acrece,  
Y el Doctor presta el brazo á la doncella,  
Que suspira sin cáusa y desfallece.

## XI.

Pero la ciencia del Doctor se estrella  
Ante el oculto mal que la devora;  
Es un misterio la criatura aquella.

No es histerismo, fiébre abrasadora,  
Ni lenta tísis, lo que sufre y siente:  
El daño está en el alma; en ella mora.

Patología estrecha y deficiente:  
Tú no sabes ni jota de estos males  
Que aflijen á un espíritu doliente;

Para tí solo en cáusas materiales,  
En físicas lesiones, todo estriba;  
Y hay dolencias psíquicas fatales

Que, sin lesión en la materia viva,  
Hacen que baje la callada muerte,  
Como un beso purísimo de arriba.

Entiéndelo el Galeno así, por suerte,  
Despues de un largo meditar profundo,

Y halla de Blanca la dolencia fuerte:

Mira en ella un arcángel de otro mundo,  
Y al demandar Don Juan cuál es su duelo,  
Formula este diagnóstico rotundo:

«Blanca padece un mal, que gran desvelo  
exije; no es ni tísis, ni histerismo;  
Es más bién, sed de amor, ánsia de cielo;

Éxtasis, ilusión, romanticismo,  
Poesía en su cerebro condensada;  
Un derrame seroso de idealismo.»

Don Juan queda suspenso, y agitada  
Siente la sangre en sus rugosas venas.  
¿Cómo llegó el amor á su hija amada?

¡Inocente preguntal A manos llenas  
Lanza el amor sus dardos por el Orbe,  
Como el viento dispersa las arenas.

No hay broquel ni muralla que le estorbe;  
El amor, ether es que nos envuelve,  
Y el corazón, esponja que lo absorve.

Dios una gota de su luz disuelve  
Con el dedo en el aire; este se inflama;  
El cielo, que era oscuro, azul se vuelve;

Brota la flor sobre la erguida rama;  
El campo se tapiza; el mar sonríe,  
Y el corazón, henchido, late y ama!

## XII.

Don Juan encarga que el Doctor espie

La rara enfermedad; que busque modo  
De cortarla al nacer, y que confíe:

Que está dispuesto á sacrificio todo;  
El Doctor, ante un caso tan extraño,  
Se aturde y tambalea, cual beodo.

¿Podrá atacar el mal, sin propio daño?  
¿No sentirá al contagio su alma presa?  
¿No podrá sucumbir á igual engaño?

Curar una ilusión... ¡Terrible empresa!  
¿Qué queda al corazón, si eso se arranca?  
Ceniza, oscuridad, humo, pavesa.

¿Y quién aborda, con audacia franca,  
Obra tal? ¿quién no siente que se expone  
A naufragar en la ilusión de Blanca?

El médico á la lucha se dispone:  
Ya no observa el mal físico, combate  
La psíquica lesión. ¡Dios le perdone!

Blanca, como un arbusto que se abate  
Al peso de su flor, y al rudo viento,  
Se agita insomne, temblorosa late,

Y débil, macilenta, sin aliento,  
Parece que se inclina hácia la tumba,  
Al peso de su propio pensamiento.

Sus libros terapéuticos arrumba  
El joven Esculápio; acude á ella,  
Como á estatua que oscila y se derrumba;

Y al fin dá forma y voz á su querella,  
Y habla así á Blanca, una serena tarde,

Al asomar la vespertina estrella.

—Blanca, la ciencia humana es vano alarde;  
Nada puede con vos; sois un arcano.  
¿Por qué quereis morir, si aún no es tan tarde?

Ya médico no soy; soy vuestro hermano;  
Contadme vuestro afán y vuestra cüita,  
Y en prenda de amistad, tomad mi mano.

¿Qué espacio vuestra mente necesita?  
¿Qué atmósfera os asfixia y os oprime?  
¿Qué sentimiento ignoto en vos palpita?

El Dios de compasión, el Dios sublime,  
Ha dado alas al alma, como al ave,  
Y ha ofrecido venturas al que gime.

Aunque la vida es corta, en ella cabe  
La dicha; la esperanza es ya un contento,  
Y el desaliento es impiedad bien grave.

Blanca turbada, con sentido acento,  
—Gracias, dice, mi estado no os apure;  
No es nada lo que sufro; nada siento.

—Es vano que ocultármelo procure  
Vuestra reserva; el joven le responde.  
Yo os quiero comprender, aunque no os cure.

Vos tenéis un secreto que se esconde  
Tenaz en vuestro pecho; ¡jamais! ¿no es cierto?  
Decidme á quién amais, ¿dónde está? ¿en dónde?

Pálida Blanca, con el rostro yerto,  
Vá á lanzar una excusa, mas no puede:  
—Calláis, clama el Doctor, ya veís que acierto;

Y porque duda de ello en vos no quede,  
Yo os diré cómo amais; yo lo adivino:  
Que, á toda ciencia, el corazón excede.

## XIII.

Como la sombra á aproximarse vino,  
Prosiguiendo el Doctor de igual manera,  
Blanca y él emprendieron el camino

De retorno á la quinta. La ribera  
Del rio bordearon, y así hablaba  
El joven á su absorta compañera:

—El alma, que en la tierra es una esclava,  
Aspira á lo infinito; es una esencia  
Que no muere, se extingue, ni se acaba;

Y por su propio sér, por su existencia,  
Quiere abarcar el Universo todo:  
Lo bello, el bien, la inescrutable ciencia.

¿Por qué razón, qué causa, ni qué modo,  
Esa esencia inmortal, de tal aliento,  
Vive aquí, en lazos de impureza y lodo?

Ved lo que no comprende el pensamiento;  
Pero, aunque ignore el íntimo motivo,  
Halla en tan rara unión un gran portento.

Es un milagro renovado y vivo  
Que la materia piense, el lodo sienta;  
Que haya en él un espíritu expansivo.

De espíritu la vida se alimenta,

No obstante, nada más; el cuerpo es ruda  
Armazón, es guerrera vestimenta;

Mas, siendo la existencia lid sañuda,  
A que viene el espíritu obligado,  
La materia que oprime, al par que escuda;

Y así, cuando el espíritu, lanzado  
En pos de lo infinito que fascina,  
Quiere estar de la tierra desligado,

La armadura se rompe y se arruina,  
Y el que no ha combatido por el cielo,  
No lo puede alcanzar, como imagina.

Vos sentís el empuje de ese anhelo;  
Lo infinito buskais, tras de la calma  
Del aire azul, del estrellado cielo;

Sõñais, al pié de cimbradora palma,  
Alcanzarlo; tras él á cada instante,  
Como escape de gas, se os sale el alma.

No lograreis intento tan gigante,  
Sin buscar lo infinito en lo finito;  
Que allí existe más bien, y está vibrante.

Blanca queda mirando de hito en hito  
Al Galeno filósofo. ¿Es posible  
Que su sueño purísimo y bendito,

Ese sueño inefable, incomprensible,  
Que circunda de luz su pensamiento,  
Tome cuerpo, expresión, forma tangible?

A esta muda pregunta, con talento  
El médico responde, asegurando

Que, cual cabe lo eterno en un momento,  
Y el incendio en la chispa está alentando,  
Y hasta existe, en la gota de rocío,  
Un mundo microscópico flotando,  
Así no es ilusión, ni desvarío,  
Encontrar lo infinito en la pupila  
De un sér, más que en los astros del vacío.

—Sí, repite el Doctor; esa que oscila  
Luz misteriosa, en vuestra azul mirada,  
Es infinito amor que sé destila;

Y, si observais la mía, que extasiada  
En vos está; vereis que en ella cabe  
La infinitud, en chispa condensada.

## XIV.

En esto se extendió la noche grave,  
Y ambos llegaron á la casa, envuelta  
En flores del perfume mas suave.

Allí, al balcón los dos, dió rienda suelta  
La joven á su espíritu oprimido,  
Y estas palabras deslizó resuelta:

—Doctor, con vuestras frases que, en mi oído,  
Han sonado cual voz halagadora,  
La paz del corazón ha renacido.

No he de insistir en mi reserva ahora;  
Vos habeis mi secreto adivinado:  
Es verdad; lo infinito me enamora.

Me anonado en el cielo dilatado;  
No sé qué vaga sensación percibo  
Cuando lo miro inmóvil y estrellado;

La noche silenciosa es mi atractivo;  
Busco una dicha excelsa y sobrehumana,  
Y me pregunto entonces, por qué vivo.

Dios me oye; con palabra soberana  
Me llama, voy á él; no me atajeis:  
La muerte es mi auxiliar; ella es mi hermana.

—No, responde el Doctor, no morireis;  
Juzgáis que Dios os llama, de esa suerte,  
Y es que vos sus palabras no entendeis.

Dios no reclama un corazón inerte;  
Le pide que aquí luche, que batalle;  
Dios ordena la vida, no la muerte.

Dejad que el alma su virtud ensaye  
En el combate terrenal, que vuelva  
A la lid; una ayuda quizás halle.

Y tal vez el problema se resuelva,  
Antes que vuestro sér, cual humo vano,  
En el ethéreo espacio se disuelva.

Buscad un sér de vuestro sér hermano;  
Amadle, como amais á esas visiones  
Sin realidad, y sin contorno humano:

Ese agua, que modula esas canciones  
En el jardín desierto, de esa fuente  
Brotando, en transparentes borbotones,

No es el gas inflamable solamente,

El oxígeno puro; otro elemento  
Va á convertirlo en líquido bullente:

Así dos corazones, al momento,  
El arroyo vital forman, dichoso;  
Pero no un corazón, en su aislamiento.

Y el Doctor, estrechando cariñoso  
La blanca mano de la absorta Blanca,  
La envolvió en ese oxígeno amoroso;

Declaró su pasión, con alma franca;  
Y consiguió una tímida promesa,  
Como una nota que al laúd se arranca.

## XV.

Ya, poco á poco, la nostalgia cesa  
De aquella enferma encantadora; vése  
Que vuelve á recorrer la selva espesa;

Que en su faz se dibuja el tinte ese  
De la alegría plácida y suave,  
Que en delirios utópicos perdiese;

Que ya no queda, pensativa y grave,  
Al pié de la montaña, cuando el día  
A hundirse vá, como incendiada nave;

Y Don Juan, al notarlo, se extasía,  
Y abraza al profesor, á cuya ciencia  
Atribuye tan pronta mejoría.

Este el éxito vé con complacencia;  
¡Salva al ser adorador! ¿qué más goce?

Al Dios de las alturas reverencia;

En este ejemplo su poder conoce,  
Su providencia y su saber acata;  
Que no deja que un pecho se destroce,

Que abre á las almas la esperanza grata,  
Y que coloca el bálsamo que cura,  
Cerca del áspid que, insidioso, mata.

De Blanca ante la mágica hermosura  
Feliz se siente el Profesor, despierto  
Del romántico amor á la locura;

Y ambos ván poetizando por el huerto,  
Cruzan el lago en la callada barca,  
Se acercan á un remanso, como á un puerto;

Y cuando la pareja desembarca  
Y sube al puente rústico inseguro,  
El más divino panorama abarca;

Pues tiene, á un lado, el bosque verde oscuro;  
Al otro lado, la feraz llanura,  
Por donde corre el rio manso y puro;

Abajo, el lago de sin par tersura,  
Con el jardín bordado por su orilla;  
Y arriba, de los cielos en la altura,

El áire azul, la blanca nubecilla,  
Las aves que los ámbitos traspasan,  
Y el rojo sol que, incandescente, brilla.

En delirios dulcísimos se abrasan  
Los dos amantes, sus miradas funden,  
Las horas breves en colóquios pasan,

Sus almas en un sueño se confunden,  
Y en el mar de la dicha, en lo infinito,  
Parecen dos esquifes que se hunden.

Dios así preparó su amor bendito,  
Amor inmaterial, puro y sereno:  
¡Que no gozaran otro, estaba escrito!

## XVI.

Cuando el viejo Don Juan, de gozo lleno,  
Quiere pagar, cumplido y con largueza,  
La prodigiosa cura del Galeno,

Escucha, con espanto y extrañeza,  
Que este le pide á Blanca por esposa;  
Y esconde entre las manos la cabeza.

—Pedidme, le contesta, cualquier cosa,  
Por imposible que os parezca ó rara;  
Pero á mi Blanca nó: mi Blanca hermosa

Es el sostén de mi vejéz; avara  
Ha guardado mi alma este tesoro:  
Si ella me abandonase, yo espiraral

—Don Juan, dice el Doctor, no por el oro  
Le volví la salud; no fué mi ciencia  
La que obró ese milagro. Yo la adoro;

Y este amor, que brotó con su presencia,  
Llamó á su pecho la disuelta vida,  
Y la tornó al sentido y la existencia.

Ella me ama tambien; ved que está unida

Con tal vínculo á mí que, al alejarnos,  
Sè puede renovar la antigua herida;

Que no podreis tampoco separarnos  
Con la distancia, pues el alma vuela;  
Que hay que elegir: ó unirnos, ó matarnos.

—No, repite Don Juán, que no recela  
Que el mal curado se renueve en Blanca;  
La idea de esa unión me desconsuela.

Digno sois de su amor; pero desbanca  
El conyugal al paternal cariño;  
Y eso del pecho el corazón me arranca.

No me arguyáis; un viejo es como un niño;  
Ni á razones ni á lógicas atiende:  
Solo á mi anhelo y mi ambición me ciño.

Llamaréisme egoista, mas se entiende  
Que egoismo es tambien vuestro deseo;  
Y así el mio del vuestro se defiende.

—Afectos conciliables, segun creo,  
Son esos; compatibles egoismos,  
Clama el Doctor; la antítesis no veo.

Habréis de Blanca los cuidados mismos;  
Igual ternura; vivireis con ella  
Bajo iguales encantos y espejismos:

Ella, á la par, será la dulce estrella  
Que ilumine mi vida, tenebrosa  
Sí su luz á mis ojos no destella:

Tendreis así dos hijos, yo una esposa;  
Y los tres pasaremos, enlazados,

Lo que reste que andar hasta la fosa.

—¡Ah!, responde, de lágrimas regados  
Los ojos, el buen padre; no es posible:  
Blanca y yo, en estos campos apartados

Tenemos nuestro nido bonancible;  
A ellos nos liga nuestra triste historia:  
Otro mundo nos es inaccesible.

Y en cambio, vos, en otro la ilusoria  
Mente pondreis; es otro el que os reclama:  
El mundo de los triunfos y la gloria.

No podeis renunciar á vuesfra fama,  
Ni á combatir entre el torrente humano  
Que por grandes ciudades se derrama:

Partid, pues, al palenque soberano;  
Ceñid esas coronas que os ofrece;  
Dejad su pobre flor al triste anciano!

## XVII.

Parte el Doctor, y Blanca palidece,  
Al ver su silueta, que, á lo lejos,  
A caballo, veloz desaparece.

Antes, de la alborada á los reflejos,  
La postrer entrevista celebraron,  
Del lago ante los líquidos espejos.

Allí sus impresiones se contaron,  
Sus dulces esperanzas, su tristeza;  
Allí pasión eterna se juraron.

Blanca inclinaba la gentil cabeza  
Sobre el pecho; sus trenzas descendían  
En desórden, realzando su belleza;

Y los rayos del sol, que las herían,  
O en sus ondas doradas se eclipsaban,  
O en sus haces de luz se confundían...

Entonces, cuando mudos se miraban,  
Con éxtasis supremo, ambos amantes,  
Y proyectos quiméricos forjaban;

En esos fugacísimos instantes  
En que se diera á un ser el alma entera,  
Blanca apartó las hebras más brillantes

De su blonda, divina cabellera,  
Cortó el rizo más bello, y á su amado  
Lo entregó, porque más enloqueciera.

Así el Doctor, que rechazó enojado  
El oro vil, por precio de su cura,  
Oro, al fin, recibió, más estimado,

De manos de esa angélica criatura;  
Y lo aceptó, y guardó como un tesoro,  
Tras de haberlo besado con locura.

Un adiós prolongado; un *yo te adoro*,  
Repetido del eco, con desmayo,  
A aquella muda escena hicieron coro...

Montó el Doctor, ligero, en su caballo,  
Cuando Don Juan llegaba á despedirle:  
Saludó, y alejóse como un rayo.

Blanca, en vez de ocultarse, en vez de huirle,

Al puente se subió, llorosa, inquieta,  
Con los ojos y el alma por seguirle.

Vió caballo y ginete, cual saeta,  
Traspasar la montaña, tras el llano,  
Hasta borrarse su visión completa:

Solo le hirió el destello, aunque lejano,  
De una sierpe de luz, que parecía  
Del ginete enroscarse por la mano...

Era el rizo dorado, que oprimía  
El Doctor, mientras rápido volaba,  
Y que, al sol refulgente, relucía.

## XVIII.

Cuando Blanca, del sitio que ocupaba  
Bajó, desvanecida la figura  
Del alejado amante, que adoraba,

Cayó en esa patética tristura,  
Reflejo de crepúsculo que muere  
Entre los velos de la noche oscura.

Ocioso es que en el lago reverbere  
El sol; que cante el pájaro; que ría  
La verde selva, que alegrarla quiere;

El sol pálido vé; dulce no pía,  
Cual antes, el gilguero, á sus oídos;  
La selva que retoña está sombría.

Camina, entre los céspedes crecidos,  
Andando á la ventura, suspirando,

Con los brazos exánimes, caídos;

Y al mirar los rosales que, brotando,  
Ostentan sus capullos olorosos;  
Las aves que, á bandadas, ván llegando;

Esos varios tapices caprichosos  
Con que el Abril alfombra las praderas,  
En los días más plácidos y hermosos;

Al contemplar floridas las laderas,  
Si llegan á su sér, como en tumulto,  
Recuérdos de otras bellas primaveras,

Ván á chocar con su dolor oculto,  
Y suenan en su pecho dolorido,  
No cual voces de halago: como insulto!

¡Mísera Blanca! el corazón herido  
Oprime con sus manos, angustiada;  
¡Ay! es la vez primera que ha querido;

Y el amor, (que es la dicha mas grandiosa,)  
Cuando algun imposible se interpone,  
Es la pena mas grave y lastimosa.

Hoy que la casta niña solo pone  
Su anhelo en el Doctor, esté se aleja;  
¿Es posible, por siempre la abandone?

No, le dió su palabra; no la deja  
Para siempre, entregada á su amargura;  
Aun la esperanza en su dolor refleja:

¡La esperanzal esa estrella que, en la altura,  
Nos sirve de consuelo, ese suave  
Bálsamo que mitiga, aunque no cura.

Ya á luchar Blanca empieza; ya sí sabe  
Lo que es sufrir: y vé que lo infinito  
Del amor y el dolor, en poco cabe:

En el suspiro, en el ahogado grito,  
En la gota de llanto que resbala  
Sobre su rostro pálido y marchito:

Que eso brota en su sér, eso se exhala  
De su pasión, desde que el sol asoma,  
Hasta ocultarlo de la noche el ala.

## XIV.

Don Juan, de nuevo, precauciones toma  
Para cerrar los bordes de la herida  
Del pecho de esa cándida paloma.

La flecha del amor quitarle cuida  
Con maña, pues se encuentra allí clavada:  
Con la ausencia, dice él, todo se olvida;

Y no vé que en un alma enamorada  
De verdad, más se enciende el sentimiento,  
En medio de una ausencia prolongada:

Que por algo un cantar dice que es viento  
La ausencia, que destruye el fuégo leve,  
Y hace el incendio grande más violento.

En vano á Blanca á proponer se atreve  
Que deseche ese amor desventurado;  
En vano es que, filósofo, la lleve

Al borde del abismo inexplorado

Que es el fondo de todos los amores,  
Abismo á nuestros ojos ocultado;

Inútilmente descubrió de flores  
Esa sima, mostrando á la doncella  
La realidad del mundo, y sus horrores.

Oyóle, triste y resignada, ella;  
Escuchó de los lábios paternos,  
Que el amor con dolor su pacto sella:

Que es caja de Pandora, que los males  
Reparte, la existencia propagando  
De los míseros séres terrenales;

Que es un lazo arterísimo y nefando:  
La joven, á pesar de esta teoría  
Del gran Schopenhauer, siguió amando.

¡Oh! impotente y atroz filosofía,  
Pesimismo de amargo desconsuelo,  
Un débil corazón te desafía!

Tú llamas mal y mentiroso anhelo  
Al amor, y él lo juzga dón bendito;  
Tú ves en él abismos, y él vé el cielo.

No secarás con tu hálito maldito  
Las almas; no ahogarás los corazones;  
No apagarás su inextinguible grito.

Redúcete á vivir en las regiones  
De las nieblas perpétuas, ó en las muertas  
Indicas, panteístas religiones.

Aquí, en estas penínsulas abiertas  
A los cantos y arrullos de las olas,

Y de flores y céspedes cubiertas;

Aquí, sobre estas tierras españolas,  
Donde hasta tiene el pabellón izado  
Los colores de mieses y amapolas,

Tu semilla fatal no ha prosperado;  
Extender tus tinieblas no has podido:  
Eres un extranjero repudiado.

Y cuando un corazón se siente herido,  
Como el de Blanca, por adversa suerte,  
No te evoca, fantasma aborrecido:

Cierto placer en su dolor advierte;  
Cierta vaga esperanza en su tristeza;  
Cierta vida vislumbra entre la muerte.

## XX.

Pero la niña á marchitarse empieza  
De nuevo, como rosa á que se aparta  
Del sol, que reanimaba su belleza.

De llanto henchida, de suspiros harta,  
Llanto y suspiros que á su padre esconde,  
En vano espera interceptada carta,

Que aquél le oculta; por saber en dónde  
Éstá su amado, que en su pecho vive,  
Mas á quien siempre llama, y no responde.

Cansada de aguardar, ella le escribe;  
Fía el papel á la ventura un día,  
Y estos renglones el Doctor recibe:

«Venid, por Dios; de la existencia mía  
La luz se apaga; fenecer me siento;  
Mi vida ya no es vida, es agonía.

Con vuestro amor me disteis un tormento;  
¡Qué profundo dolor, veros distante,  
Cuando os llevo en mi propio pensamiento!

¿Es este el dulce sueño de la amante?  
¿Esta es, en fin, la terrenal ventura  
Que preferir me hicisteis un instante?

¡No puedo imaginar mayor tortura!  
Si es que existe un lugar de eterna pena,  
Donde vá la culpable criatura,

No será un sitio en que, de amor agena,  
No sienta este dolor, sino en que ame,  
Y arrastre de esta ausencia la cadena.

¡Doctor! ¡Doctor! disimulad que os llame:  
Soy la enferma que acaba, sin auxilio,  
Y no es extraño protección reclame.

Pasó el sueño velóz, pasó el idilio  
Que ambos forjamos; la tragedia llega....  
Voy á morir.... con Dios me reconcilio!

Pero una idea de terror me anega;  
Sin veros por vez última, la gloria  
A abrir sus puertas para mí se niega.

Venid, pues, y en su caja mortuoria  
Vereis caer á la que amásteis tanto,  
Y llanto vertereis en su memoria.

Yo desde el cielo, bajo el niveo manto

De la Virgen piadosa, si me acoge,  
Amándoos seguiré, con amor santol»

Al Doctor la lectura sobrecoge:  
El pliego le parece, de su amada  
El último suspiro que recoge;

Y luego que una lágrima abrasada  
Quema el papel, pues al mirarlo gime,  
Parte de allí con ánsia arrebatada.

El trén expreso, en su volar sublime,  
Al punto más cercano le conduce:  
Después al bruto cordobés oprime;

Y este el deseo del Doctor traduce,  
Clavando el callo, al galopar fogoso,  
Sobre el lastral, que á su chocar reluce.

## XXI.

Al llegar el Doctor, cuadro espantoso  
A su vista se ofrece: Blanca expira....  
Don Juan está aterrado y tembloroso.

Entra; dá un grito; con pasión la mira;  
Junto al lecho se inclina, con espanto;  
La vaga vista de la enferma gira,

Mas conoce al Doctor, en su quebranto:  
Que la muerte, que apaga la existencia,  
No destruye el amor; no puede tantol

¡Qué triste es, en la bella eflorescencia  
De la vida, acabar; cuando las flores

Exhalan por los áires más esencia;

Cuando cantan mejor los ruiseñores,  
Y pasa, por el alma enamorada,  
Más grata la visión de los amores!

¡Triste es, sí, muerte tal, cuando apegada  
El alma está á la tierra, y no comprende  
Otra vida mejor, más regalada!

Pero es dulce morir si se desprende  
De esta obsesión terrena, como el ave  
Que deja el nido y que al espacio asciende.

Entonces este trance no es tan grave;  
Las flores, las canciones que resuenan,  
Le hacen, no más terrible, más suave:

Y por eso, los cánticos que llenan  
El verde naranjal, cuajado en pomas,  
De Blanca el fin endulzan, y no apenan:

Y muere, respirando sus aromas,  
De cara al sol poniente; en bella tarde;  
Al amante arrullar de las palomas!

Muerta, hasta desfallece el sol cobarde;  
Queda el padre insensato, como loco;  
Y el Doctor, sollozando sin alarde.

Hundido, tras el monte, el ígneo foco,  
Se disipa su rastro en Occidente,  
Y la noche se viene, poco á poco....

Y asoma aquel lucero que, esplendente,  
Testigo fué de colóquio tanto;  
Y la luna por fin surge en Oriente;

Y descubre su fáz, bañada en llanto,  
Y ante el cadáver su blandón coloca,  
Como una diosa de argentado manto.

¡Pobre Blanca! ¡oh dolor! Sobre su boca,  
Entreabierto clavel, ósculo amante  
Depositó el Doctor, con ánsia loca;

Y á su oído inclinado, sollozante,  
Pronunció estas palabras: «Soy tu esposo;  
No lo impide la muerte, no es bastantel»

Movimiento galvánico el reposo  
Del cadáver turbó; su mano helada  
Cogió á la del Doctor; y éste, gozoso,

Con alegría de terror mezclada,  
Repitióle al oído: «¡Tuyo! ¡tuyo!  
¡Tuyo siempre seré, Blanca adoradal»

## XXII.

A la sombra de un sáuce, cuyo arrullo  
Adormece feliz, Blanca reposa...  
¡El Doctor también yace al lado suyo!

Murió en la misma noche, y con su esposa  
Fué á gozar de su amor, á aquel parage;  
Siendo de ambos el tálamo la fosa.

Del sáuce por el verde cortinaje,  
La luz entra, filtrada, á aquella gruta,  
Que alegra el ruseñor con su hospedage.

¡Qué paz y qué armonía se disfruta

En aquél sitio agreste y solitario,  
Que tiene en torno el naranjal en frutal

Cuando allá, del lejano campanario  
La esquila toca á la oración, y el mundo  
Parece en el espacio un incensario;

En esa hora suprema, en que me inundo  
De amor é inspiración, ¡ay! muchas veces  
Me embosco de aquel sitio en lo profundo;

Contemplo las marmóreas palideces  
Del artístico doble mausoléo,  
Y allí por el amor rezo mis preces....

Y si escucho el fugaz revoloteo  
De un pájaro, en las frondas aturdido;  
Un rumor, un murmullo, algún gorgceo,

Pienso que es el ambiente, sacudido  
Por las almas de aquellos dos amantes,  
Que el mármol sepulcral tienen por nido.

Allí, sin duda, bajarán, cual antes,  
A sentarse del césped en la alfombra,  
Y á escuchar los arroyos murmurantes...

Irán del naranjal bajo la sombra;  
Respirarán su aroma regalado,  
Oirán la fuentecilla que les nombral

El, en el seno de ella reclinado,  
Gozará de la plácida ventura  
Que en la vida no hubiera disfrutado;

Y ella, ya sin más dúelos, ni tristura,  
Será para su amado incorruptible,

Eterna en su atractivo y su hermosura!

¡Oh existencia feliz y bonancible!  
¡Dichoso aquél que llega hasta tu puerto,  
A través de este piélago irascible!

Amar; cerrar los ojos; quedar muerto,  
Con el sér que se adora, entre los brazos;  
Yacer con él unido en tales lazos:  
Esa es la gloria suma, sí por cierto!





REMEMBRANZAS.

Poema en once cantos.





## REMEMBRANZAS.

---

Eheu! fugaces, Postume, Postume,  
labuntur anni...

HORACIO.

### INTRODUCCIÓN.

#### I.

Voy llegando á la meta  
De esa edad que Espronceda maldecía;  
Y en verdad que me inquieta,  
Pues, aunque no me asoman todavía,  
Ni el hilo plateado, entre lo rubio  
De la poblada barba, ni el destello  
De la blanca calvicie, entre el cabello;  
Aunque corre en mis venas del Vesúbio  
La lava ardiente, y el cerebro mío  
Prosigue, en su perpétuo desvarío,  
Ensueños sobre ensueños agrupando;  
Mi corteza exterior se vá apagando,  
Como un astro que gira en el vacío.  
Se apaga, sí, es lo cierto:  
Ya mi frente marchita palidece;

Ya el brillo de mis ojos se oscurece;  
Ya mi primera juventud ha muerto:  
Y este oculto anhelar, el fuégo incierto  
Que aún por mis venas todas se desliza,  
Solo son ígneos restos concentrados,  
Volcanes enterrados  
Bajo capas de cálida ceniza.

## II.

¡Imposible parece  
Que huya el tiempo tan ráudo y presuroso!  
¡Pensarlo me estremecel  
Semejante á un ensueño mentiroso,  
Que la luz matutina desvanece,  
Pasó ya la mitad de mi existencia,  
Con sus bellos fantasmas de colores;  
Mi inocente niñez; mi adolescencia  
De loca inexperiencia;  
Mi juventud de idilios y de amores.  
¡Son veintitantos años  
Ya pronto los que voy á ver cumplidos;  
Todos inútilmente consumidos  
Entre absurdas quimeras y entre engaños!  
Huyeron confundidos  
En ruidoso tropel, como esas aves  
Que emigran á las playas africanas,  
Dejando solo, por recuerdos graves,  
El éco dulce de sus cantos süaves,  
Y el barro de su nido en las ventanas.  
Un éco en el vacío....  
Partículas de polvo en el espacio:  
Eso resta, no más, del tiempo mío;  
De tanto desvarío,  
Y de tanto quimérico palacio!

## III.

Preguntas, cara amiga,  
Cómo y en qué, ese tiempo tan precioso  
Malgasté... ¿Por qué quieres te lo diga,  
Si he de darte con ello una fatiga,  
Que no ha de compensar tu afán curioso?  
Mi pasado es un cuento lastimoso,  
Que solo para mí tiene importancia;  
Yo soy un sér que vive en el olvido:  
Si hablo de mí, dirán que he presumido  
Ser notorio, por humo ó petulancia.  
No se hará nadie cargo  
De que, á veces, oprimen las memorias;  
De que, al trazar en verso mis historias,  
El abrumado corazón descargo;  
De que existe un amargo  
Placer, en ciertas horas de la vida,  
Que estriba en recordar nuestros dolores,  
Y en adornar de flores  
La edad pasada, y la ilusión perdida.

## IV.

Pero tú lo reclamas,  
En estos días de fastidio eterno,  
En que á la puerta de mi estancia llamas,  
Y mi doliente corazón inflamas  
Con un abrazo cariñoso y tierno.  
Tú, á cuya voz revive  
Cuanto en mi sér aletargado yace;  
A cuya luz renace

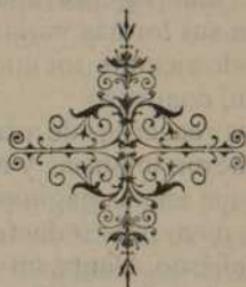
La ilusión, que de tí color recibe;  
Tú me dices: «escribe;»  
Pones la pluma en mi amarilla mano;  
Te sientas, frente á mí, y ardiente esperas  
Que te cuente mis duelos, mis quimeras,  
De mi existencia el tenebroso arcano.  
Y ¿qué he de hacer, espíritu del cielo?  
¿Cómo negarme á tu exigencia extraña,  
Si en esta noche, que mi vida empaña,  
Eres mi luz, mi norte, y mi consuelo?  
No puedo resistir; por el contrario,  
A tu demanda cedo presuroso:  
Que aquí, en este retiro solitario,  
Entretener mi tédio es necesario,  
Y sacudir mi enervador reposo.

## V.

Léjos estamos del ruidoso mundo.  
Desde estas crestas de la abrupta sierra,  
Casi se toca al sol, astro fecundo  
Que brilla en el cenit; y en lo profundo  
Casi se vé desaparecer la tierra.  
Libre es aquí la vida del torrente,  
Que salta á su capricho entre las rocas;  
Libre, en ellas, el pájaro se siente;  
Libre tambien encuéntrase la mente,  
Y á usar de esta franquicia me provocas.  
Harélo pues: de mis perdidos días,  
Te contaré los fugitivos sueños,  
Mirando esas dispersas alquerías  
Que en la hondura nos muestran sus diseños.  
En estas excursiones matinales,  
En que del brazo caminamos juntos,  
Te hablaré de mis ánsias eternas,

De mi vida fantásticos trasuntos.  
Seré un pájaro más, en la ribera  
De esos ricos raudales despeñados,  
Que cuenta á su querida compañera  
Sus penas, sus amores y cuidados.  
Y nadie nos oirá; que entre los huecos  
De estos montes, que forman hondos valles,  
Extinguense los cantos y los ayes,  
Sin llegar hasta el mundo, ni aún los ecos.  
Mas, si acaso bajasen á esa esfera  
Donde bullen los míseros humanos;  
Si mis cantos llegaran á las manos  
Del público que apláude ó vocifera,  
¿Qué me importa tampoco? En él no pienso,  
Cuando trazo mis páginas rimadas:  
El público, en sus formas variadas,  
Me ha parecido siempre *un nadie inmenso*.  
Por tí, por mí, condenso  
Los dispersos recuerdos de otras horas:  
Por tí, por que me impulsas y me incitas;  
Por mí, por que en mis páginas escritas,  
Renuevo mis memorias seductoras.  
Allá, en su Infiérno, Dante, un placer solo  
Dejó á los condenados, y fué cuerdo:  
El placer misterioso del recuerdo;  
Dé él gozaba Francisca con Paolo.  
Y yo, abrazado á tí, de mi destino  
Errando á la merced, de risca en risca,  
Sentir, como el amante de Francisca,  
Quiero también ese placer divino.  
Quiero que, vivo, de mi pluma, brote  
El fugitivo ayer, en un poema;  
A fragmentos siquiera, hacer que flote,  
Ante mis ojos, su visión suprema:  
Que, cuando el alma su esperanza agote,  
Como una luz, que moribunda quema,  
Su pávilo, este libro me distraiga;

Renueve mis pasadas emociones,  
Hasta que, envuelta en fúnebres crespones,  
La noche eterna en mi cerebro cáiga.





## CANTO PRIMERO.

---

### I.

¿Conoces á Almería?  
¿La has visto alguna vez? Por vida mía  
Que es población que el ánimo embelesa:  
El mar Mediterráneo azul la besa,  
Y la ilumina el sol de Andalucía.  
Tiene hermosa bahía;  
Una alcazaba mora  
Sus alturas decora,  
Y el peso de los siglos desafia.  
La ciudad se dilata,  
Bajo aquellos moriscos torreones,  
Con su vega de fértiles terrones,  
Y su blancura que la mar retrata.  
Hay un río de plata  
Que desemboca en las tranquilas olas,  
Y más allá, con sus montañas solas,  
Se alza el cabo de Gata,  
Áspero y altanero,  
Terror del navegante y del marino,  
Tesoro peregrino  
De riquezas sin fin, para el minero.

### II.

Esa ciudad pequeña, cuya historia

Se halla envuelta entre mil oscuridades;  
Que ha pasado, á través de las edades,  
Entre eclipses y páginas de gloria;  
Que aún tiene, en sus murallas,  
Las huellas de titánicas batallas;  
En sus costumbres, la indolencia eterna  
Del árabe; en sus campos la cisterna  
Del desierto; en sus altas atalayas,  
Que se levantan sobre abruptas riscas,  
El génio y el espíritu africano;  
Y en sus hembras, de rostro soberano,  
El perfil de las bellas odaliscas;  
Mi patria fué, me acarició de niño,  
Me infundió sus virtudes y flaqueza,  
Me dió sus fantasías, su pereza,  
Su fuégo, su nostalgia y su cariño.

## III.

En el triste Noviembre, cuando el día  
Breve, entre nieblas, su fulgor empaña,  
Y más pronto, tras la árida montaña,  
El sol se aleja de la tierra fría;  
Cuando la mar bravía  
Bate las costas, con mugiente saña,  
Ví la primera luz, y no me extraña:  
Que así, mi vida comenzó sombría.  
Dicen que un huerto había  
En mi casa natal; que en él la fuente  
Lloraba tristemente;  
Que entre las ramas se quejaba el viento;  
Que allá, en un aposento,  
Ún pajarillo, cuyo canto halaga,  
Término puso á su armonioso trino;

Que, en fin, cuando á la vida mi sér vino,  
Todo quiso anunciar mi suerte aciága.

## IV.

Sin luz y sin conciencia,  
Corrió, no obstante, mi niñez tranquila,  
Cual larva que, en completa somnolencia,  
No se afana, ni lucha, ni vacila.  
Del niño la pupila  
Es espejo confuso, en que se copia  
Un ignorado mundo, informe y vago:  
Tal vez siente su halago,  
Mas no la pena, y la desdicha própia.  
El niño es una planta  
Que crece y busca el sol, y aspira el viento;  
Inconsciente adelanta....  
Pero un amargo germen amamanta:  
El germen de que es fruto el pensamiento.

## V.

Desde que se revela  
En él la inteligencia, ya padece;  
Ya hay algo que no alcanza, y que él anhela;  
La inteligencia en él, ya se parece  
A un tierno pajarillo que, aun no vuela,  
Y vé con ánsia el prado que florece.  
Antes todo es instinto;  
No hay placer, ni dolor, eso es lo cierto:  
Se vive entre la sombra, entre lo incierto;  
Todo es niebla confusa, es indistinto.  
Como al árbol enlázase la yedra,

Abrázase á la madre el tierno infante:  
Nada así necesita, ni le arredra.  
Esta es la edad mejor, la edad de piedra;  
Y esta no tiene historia que yo cante.

## VI.

Los pueblos y los hombres  
Siguen iguales fases, (no te asombres,)  
En el rápido curso de su vida;  
Y tras la oscura edad que no se escribe,  
De que no tienen ciencia ni memoria,  
Una luz misteriosa se recibe:  
Es el albor primero de la historia.  
Una revelación les apercibe  
De verdades profundas y sencillas:  
Dios á los pueblos habla en este instante,  
Y la madre al infante,  
Teniéndole sentado en sus rodillas.  
¿Existirá un atéo  
Que niegue que habla Dios á un pueblo niño,  
Pensando cuán le hablaba, con cariño,  
En su niñez su madre? ¡No lo créo!  
Dios revela á los pueblos su existencia,  
Luz para sus progresos necesaria:  
La madre enseña al niño su plegaria,  
Luz para su razón y su conciencia.

## VII.

Así, de los recuerdos mal guardados  
De mi primera edad, uno hay más vivo:  
Los momentos pasados

En aquellos delíquios regalados,  
Que aún embargan mi mente cuando escribo;  
El eco persuasivo  
De la materna voz, que me arrullaba,  
Al par que me iniciaba  
En misterios profundos é ideales;  
La oración que mi labio repetía  
Cuando la luz moría,  
Y la sombra empañaba los cristales,  
Y en amorosos brazos me dormía,  
Circundado de sueños celestiales.

## VIII.

¡Oh candorosa edad! El alma en ella  
Vive de azules brumas rodeada,  
Cual la dudosa vespertina estrella  
Que, entre sombras, destella  
Y luce en el espacio inmaculada.  
Todo en ella es misterio,  
Prodigio singular: el sol que brilla,  
El mar que bate la arenosa orilla,  
La luna que recorre el hemisferio.  
Son realidades vivas las ficciones;  
Doquier se hallan visiones excitantes:  
Duérmese el niño, al toque de oraciones,  
Mecido entre canciones,  
O entre cuentos de brujas y jigantes.  
¡Edad feliz, de fábula y conseja,  
Que tanto se asemeja,  
A la de esas nacientes  
Sociedades, de oscuras tradiciones,  
De mitos y ficciones,  
Y de absurdas leyendas sorprendentes!

## IX.

Yo pasé, sucesivas,  
Esas etapas todas: fui primero  
El inconsciente sér de formas vivas;  
Después la vaga luz de aquel lucero  
Que en las sombras confusas aparece;  
Luego el pequeño querubín, que reza  
Cuando la noche empieza  
A dibujarse, y por la tierra crece;  
Y más tarde aquel niño que, exaltado,  
En todo vé misterios y visiones,  
Y que se duerme, al son de las canciones,  
O del absurdo cuento improvisado.

## X.

De toda esa dudosa  
Existencia, hechos sueltos solo quedan  
En mi memoria infiel y perezosa;  
Y, dispersos, remedan  
Nubecillas deshechas lentamente,  
Girones de vapor, gasas de bruma,  
O las islas que deja, entre la espuma,  
Al hundirse en el mar, un continente.  
Recuerdo vagamente  
Mis juegos y diabluras infantiles;  
Una cierta niñera  
De diez y seis, ó diez y siete abriles,  
Cuyo regazo mi refugio era;  
Mis varias travesuras  
De que aun restan señales en mi espalda;  
Y los ratos pasados en su falda,  
Arrullado también por sus ternuras.

## XI.

El alma de los niños  
Tiene grandes transportes y emociones,  
Purísimos cariños,  
Y á veces, vehementísimas pasiones;  
Y la mía, ardentísima y sincera,  
Cual pájaro que ama  
Y prefiere, entre todas, una rama,  
Buscaba siempre á la gentil niñera:  
Que aunque mi madre fuera  
La dulce paz del amoroso nido,  
Era la niña aquella, el verde ramo,  
Y yo el implume pájaro, atraído,  
En deliquio gratísimo embebido,  
De sus hojas sonoras al reclamo.

## XII.

Mil veces me pregunto  
Por qué los niños vén en las niñeras,  
No solo acompañantes, compañeras  
Más bién; y este en verdad es grave asunto.  
Aunque pienso y barrunto  
Que el instinto del sexo (no hay remedio,)   
Andar debe por medio;  
Y la razón es convincente y óbvia:  
Esa especie de amor á una niñera,  
¿No alcanza á parecerse, á su manera,  
Al que inspira purísimo una novia?  
Un infante risueño,  
¿No es un Adán pequeño,

Que, en su jardín, segundo paraíso,  
 Goza, porque Dios quiso,  
 De fuentes, y de pájaros, y flores;  
 De frutos de colores,  
 Que coje, acopia y que curioso prueba;  
 Y la rústica niña que le lleva,  
 Que le mece y le oprime dulcemente,  
 ¿No viene á ser allí como una Eva,  
 Antes de seducirla la serpiente?

## XIII.

Yo de mí sé decir que, en mis desmanes,  
 Cual todos los minúsculos Adanes  
 Me conduje, ignorante por supuesto.  
 La Eva de mis afanes  
 Jugaba al esconder por los desvanes  
 Connigo; reservábame en su cesto  
 Las frutas de más jugo, y más maduras;  
 Entre los dos partíalas ufana,  
 Ambos gustando así de sus dulzuras:  
 Solo, á nuestras harturas,  
 No ofreció la serpiente su manzana.

## XIV.

¡Y qué entrañable afecto  
 Toma una joven núbil, en efecto,  
 A un niño juguetón y candoroso!  
 Ella tímida, púdica y sencilla,  
 Que siente fuégo y sangre, en su mejilla,  
 Cuando le hablan de un novio ó de un esposo;  
 Que cual una azogada

Tiembla, con que esto solo se le nombre;  
Que tiene miedo de mirar á un hombre;  
Dá su amor á un infante, confiada.  
Acaso, con instinto peregrino,  
Mira en el hombre un animal dañino,  
Y esquivava, entre sus garras, ser su presa;  
Pero al niño le besa:  
Es leoncillo, sin uñas y sin dientes,  
Cuyo juego inocente le embelesa;  
No es aún la fiera de intención aviesa:  
De niños, son los hombres diferentes.

## XV.

Entre mi madre y ella, protectores  
Angeles de mi guarda, fué mi vida,  
Trás de larva dormida,  
Mariposa suspensa entre dos flores.  
Mas supe distinguir los dos amores:  
El uno, que es raiz y dulce jugo,  
Savía que al joven árbol dá sustento;  
El otro que, á Dios plugo  
Conceder, como flor, para ornamento.  
Aunque ignoraba la razón sencilla  
De este segundo amor, bello y naciente,  
Que es de otro amor futuro la semilla;  
Y en que el instinto de la especie brilla,  
O, como Hartmann dice, el Inconsciente.

## XVI.

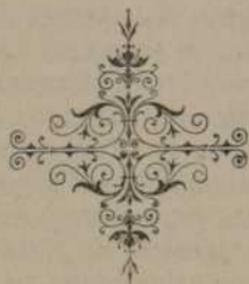
Después he comprendido  
De ese afecto infantil la razón alta,

Cuando, ya adolescente, he perseguido  
El fantasma querido  
Del *quid divinum*, que á los hombres falta.  
¡Cuán sublime sentido  
Tiene aquella impulsión tan instintiva!  
Gran tirano, el amor, del Universo,  
Enlaza en armonías lo diverso,  
Para que acorde y concertado viva.  
Sí; el amor, que es un déspota ilustrado,  
Todo lo sacrifica á su capricho,  
O todo lo dispone, mejor dicho,  
Para un fin superior, premeditado.  
Y sumisos los astros, y obedientes,  
Ante él bajan las frentes,  
Y se unen con eternas atracciones;  
Del globo, en las regiones,  
Se enlazan áire, mar, y continentes;  
Las fáunas y las floras  
Cumplen, á todas horas,  
Su indeclinable, indefectible ley;  
Y el hombre, de ellas rey,  
Que parece que todo lo domina,  
Con su razón y voluntad serena,  
También, esclavo, á su poder se inclina,  
Y dobla la cerviz á su cadena,

## XVII.

¡Breves y hermosos días de la infancia  
En que todo purísima fragancia  
Era en ese naciente sentimiento!  
¡Edad paradisiáca, de abundancia,  
De delicias, y plácido contento!  
¡Ya solo, de mi vida en las contiendas,  
Quedan de tí recuerdos disipados,

Como á los pueblos grandes y gastados  
Sus viejas tradiciones y leyendas!  
¿Quién digera que, de esa nubecilla  
Que al albor de la vida, surge ufana,  
Ha de forjarse el rayo que, mañana,  
En nuestras frentes, iracundo brilla?  
¡Fatal evolución, la que condena  
Al arroyo feliz, á ser torrente;  
A trocarse en montaña, lentamente,  
Ese grano de arena,  
Que hoy libre gira por el áire vano;  
Y á convertirse en elevado asiento  
De la razón, y el grave pensamiento,  
Esta caverna del cerebro humano!  
Guardar la inteligencia en él dormida,  
Como el infante en su dorada cuna;  
No traspasar las lindes de esa vida  
De candor y de paz: ¡qué gran fortuna!  
Pero... no haber nacido, pues que fútil  
La existencia es al fin, para su objeto;  
No haber visto la luz, ya que es inútil;  
Esto, sí, es ser dichoso por completo!







## CANTO SEGUNDO.

---

### I.

Madre Naturaleza,  
Yo sentí por tí siempre idolatría;  
Desde que alzando mi infantil cabeza,  
De la sombra á la luz, ví el primer día,  
Hasta hoy que, todavía,  
Gozo con tus encantos y belleza.  
Comprendo que, en su infancia,  
Te haya el hombre adorado ciegamente.  
¿Quién al mirar, radiante, el sol naciente,  
Tras del monte, que ostenta su arrogancia,  
Y que semeja, en la lejana zona,  
Con su manto real de bruma incierta,  
Un monarca gigante que despierta  
Y se pone en las sienas su corona;  
Quién no inclina la frente y la rodilla,  
Ante ese tan augusto soberano,  
Que reina sobre el mar y sobre el llano,  
Y á las torres altísimas humilla?  
¿Qué corazón sensible, que atesora  
Religiosa virtud, no siente y ora,  
Cuando la luz crepuscular y vaga  
Se sepulta en el mar, y desaparece,  
Y la ancha sombra las llanuras traga,  
Y es el mundo, en la niebla en que se mece,

Un áscua moribunda que se apaga?  
En la solemne noche,  
Cuando la Osa su fulgente coche  
Lleva, con magestad, por los espacios,  
Y la aromosa flor cierra su broche,  
¿Quién, al ver esos fúlgidos palacios,  
Que la distancia y la altitud convierte  
En átomos de luz y de armonía,  
No admira tu poder sublime y fuerte,  
No olvida, en fin, su miserable suerte,  
Y en tu cuadro sobérbio se extasía?

## II.

Tú eres rico venero  
De goces y salud; tú nos compensas  
El dolor de la vida, y el severo  
Destino que nos rige; en tus inmensas  
Riquezas de dulzuras y de encantos,  
Bálsamo guardas, para el alma herida:  
Por eso buscan tantos  
Tu soledad, donde la paz anida;  
Tus bosques y tus prados de amarantos;  
Tus claros ríos que, en veloz huida,  
Consigo arrastran las ideas graves,  
Como las secas hojas del otoño,  
Y dejan solo el verdeador retoño  
De los ensueños dulces y suaves!  
¡Cuántas veces te invoca  
El triste, en su amargura y desconsuelo!  
Aquellos monges que, aspirando al cielo,  
Alzaban un convento en cada roca;  
Que, abandonando el mundanal tumulto,  
Refugiábanse en montes y asperezas,  
Para rendir á Dios todo su culto,

Aun llevaban en sí, tu amor oculto;  
La sacra adoración de tus grandezas.  
Y el enfermo, que mira en lontananza  
Acercarse su fin, ¿á tí no tiende?  
¿No cifra en tí ¡oh Natural! su esperanza?  
¿Ansioso á contemplar en tí no alcanza  
Una madre que, amante, le defiende?

## III.

Si; lo puedo afirmar. Aun los albores  
De mi vida duraban, edad crítica  
En que mueren los séres, cual las flores,  
Al soplar cualquier ráfaga mefítica.  
Arcángeles siniestros, rondadores,  
Cercaban mi mansión á todas horas:  
Mi madre presintiólo, en sus terrores,  
Y tomó sus medidas protectoras.  
Pero, al cabo, mi casa fué asaltada;  
El golpe fué terrible, y causó espanto:  
No sirvió la oración, no sirvió el llanto  
De mi familia toda arrodillada.  
Mis hermanos cayeron;  
Yo caí; el ángel negro se cernía:  
La mansión parecía  
Un hospital! Los días trascurrieron....  
Cuando yo me alcé escuálido, brillaba  
La gentil primavera, con sus dones;  
El cielo estaba puro, el sol entraba  
A torrentes de luz, por los balcones;  
Pero mi hogar hallábase muy triste...  
¡Cuán solitario y lúgubre, Dios mío!  
¡Yo no sé en qué consiste  
Que, siempre que me acuerdo, siento frío!  
Aquel día, al sentarnos, silenciosos

Á la mesa, un lugar hallé vacío,  
Y miré por doquier ojos llorosos....  
La sombra de la muerte que, inhumana,  
Con nosotros luchó, cogió su presa....  
Quien faltaba á la mesa  
Era un querido sér: era mi hermanal

## IV.

Yo mismo quedé herido  
De aquel dardo mortal: ¡oh, bien me acuerdo!  
Por mi madre amorosa, sostenido,  
Andaba con fatiga y paso lerdo.  
Insómne, desganado, enflaquecido,  
La tumba me llamaba, más piadosa  
Que la existencia aquella dolorida.  
Bajo la oscura tierra, removida,  
Ya su voz escuchaba, cavernosa.  
Mi madre, entristecida,  
Consultó con Doctores de experiencia;  
Pero ninguno dió con mi dolencia,  
Ni hubiera dado nada por mi vida.  
«Es la convalecencia,  
Decían unos, complicada y grave;»  
«Tuberculosis es,» otros clamaban:  
Los más sábios de todos, me observaban,  
Y acababan diciendo: «No se sabe.»  
Un médico muy viejo,  
Á quién, por fin, se le pidió consejo,  
Habló así: «Lo probable es que se muera;  
Solo un milagro yá salvarle puede:  
Suprímense las drogas: ni una quede;  
Llévenle al campo, y haga cuanto quiera.»  
Al campo, pues, partimos,  
Y cuando, allá, perdimos

De la ciudad las torres, entre el manto  
De rojas nubes del poniente día,  
Yo triste sonreía,  
Mientras mi madre se tragaba el llanto.

## V.

Era el crudo Febrero;  
Las campiñas estaban desoladas,  
Y doquier alternaban las heladas  
Con nieves, tempestades, y aguacero.  
Una niebla sombría  
Caía de los montes, sobre aquellas,  
Desde la noche á la mañana fría,  
Hasta que el sol en el cenit lucía,  
Disipándola, al fin, con sus centellas.  
Constantes nubarrones,  
De gruesas lluvias y pedriscos llenos,  
Cruzaban del espacio las regiones,  
Descargando sus rayos y sus truenos;  
Y del hinchado río  
Crecía la corriente caudalosa,  
Invadiendo la huerta silenciosa,  
O lamiendo el campestre caserío.  
Yo, despreciando el frío,  
La lluvia, la tormenta, y la crecida,  
Dí en correr, por llanuras y riberas:  
Miraba la avenida,  
Trepaba á la montaña oscurecida,  
Rodaba, al descender, por las laderas;  
Perseguía reptiles y alimañas,  
Entre la selva, el seto y el cañizo;  
Amasaba en mis manos el granizo;  
Comía el negro pan de las cabañas;  
Andaba con pastores,

Detrás de los rebaños baladores;  
Me perdía del bosque en los confines;  
Tenía por amigos los mastines,  
Y por monte Aventino los alcores.

## VI.

Y á eso debí mi salvación, por cierto;  
Con tal rutina en la niñez nos tratan,  
Que hay cariños que matan,  
Y el amor del hogar me hubiera muerto:  
Cuándo, en el campo abierto,  
Donde el pulmón, en libertad, respira;  
En la montaña, que le vá ensanchando;  
En los bosques, que, oxígeno emanando,  
Sirven, al par, de encanto al que los mira;  
En la diúrna gira  
Que hace el pastor, por los agudos riscos,  
Con descanso á la sombra de las peñas;  
En las frutas, cogidas en las breñas,  
Y en la leche, ordeñada en los apriscos,  
Una sávia vital se desparrama,  
Que no beben jamás esos dolientes,  
Que viven en palacios relucientes  
Y entre cogines de algodón en rama.

## VII.

Esa sávia infiltróse por mis venas;  
En mis giras amenas,  
Robustecí mis miembros ateridos;  
Saturé mis tegidos  
Con la leche y la miel de las colmenas;

En mi pecho inseguro,  
El oxígeno puro  
Hizo su combustión, con energía;  
La salud devolvióme mi alegría;  
Me curtí, cual los toscos montañeses,  
Y hasta el sol, doró á fuégo mis cabellos,  
Cual dora, con sus fúlgidos destellos,  
Las granadas espigas de las mieses.

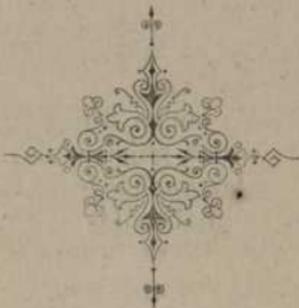
## VIII.

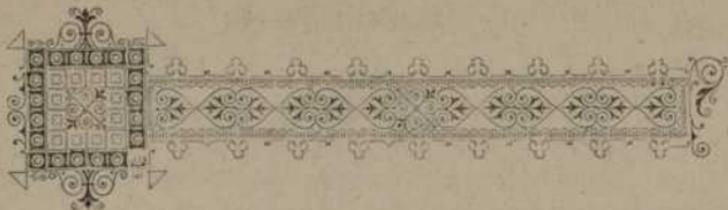
Fuerte, pues, y sanado,  
Pude volver á mi ciudad nativa.  
Era yá un nuevo Abril más despejado,  
De luz más clara, refulgente y viva.  
Torné: todo era júbilo en mi casa;  
Mi madre sonreía, sin rebozo;  
Yo saltaba también, con ese gozo  
Que, á las veces, en lágrimas rebasa;  
Cantaban los canários  
En sus pintadas jáulas, á mis rejas;  
Volaban, en redor, pájaros vários;  
Las flores, cual pequeños incensários,  
Mecíanse, y zumbaban las abejas.  
Cielo, luz, mar y tierra, pregonaban  
El *resurréxit*, voz apetecida:  
Tan solo los doctores meditaban,  
Ingénuos confesando que ignoraban  
El gran resorte de mi nueva vida.

## IX.

Y tú, Naturaleza rica y vária,

Que dás empuge al arbolillo escueto;  
Tú eras depositaria  
De ese gran talismán, de ese secreto:  
Tú sola recogiste la plegaría  
De una madre infeliz, con complacencia,  
Mientras que fueron vanas otras preces;  
A tí debí de nuevo mi existencia:  
No de la ciencia humana á las sandeces.  
Desde entonces, tan solo en tí confío;  
Solo con contemplarte ya estoy bueno;  
Y me prueban mejor, un bosque, un río,  
Una gira, un campestre caserío;  
Que todas las recetas de un Galeno.





### CANTO TERCERO.

---

#### I.

Pasada aquella crisis,  
Yá era yo un mozalvete de diéz años,  
Sin aspecto de tísis,  
Ni apariencia tampoco de otros daños.  
Muy sério y rubicundo,  
De ojos azules y mirada fría,  
Todo me parecía  
Melancólico y grave en este mundo.  
Cierta sello profundo  
De tristeza marcaba en mi semblante  
Mi sombrío carácter incipiente;  
Huía de la gente,  
La vírgen soledad era mi amante;  
Y allá, en un aposento  
Que tenía un balcón, dó su frescura  
Vertía un árbol, que agitaba el viento,  
Hice conocimiento  
Con otra grata vírgen: la lectura.

## II.

Había una pequeña biblioteca  
De mi vetusta casa, en los desvanes,  
Y allí, entrando á hurtadillas, cual quien peca,  
Los libros sustraía, en mis afanes,  
Ocultándolos siempre en mis gabanes,  
Como un seminarista entre su beca.  
Luego, en las largas horas  
De la siesta monótona, y en tanto  
Que la cigarra, con su extraño canto,  
Zumbaba, entre las ramas verdeadoras;  
Leyendo encantadoras  
Novelas, ó relatos de viages,  
Yo en deléites mis ócios distraía,  
Hasta que el sol, al alejarse, hería  
Del árbol fronterizó los ramages.  
Cuanto á mi mano hallaba,  
Leve ó severo, ponzoñoso ó santo,  
Todo lo devoraba  
Con gran pasión y singular encanto:  
Idilios y tragedias amorosas,  
Historias de naufrágios y conquistas,  
Descripciones de playas nunca vistas,  
Recuerdos de ciudades populosas.  
Lamartine, Chateaubriand, Tennison, Hugo;  
Graciella, Rafael, Roma, el Oriente;  
Todo evocaba mi entusiasmo ardiente,  
Todo, en fin, me brindaba dulce jugo:  
Los guerreros, luciendo sus rodelas;  
Las naves, al cruzar la mar bravía;  
Colón con sus audaces carabelas;  
De la Meduse y la Perouse las velas,  
En las cuales viajó mi fantasía;

Magallanes y Coock, cuyas estelas  
Seguí con entusiasmo y alegría;  
Los hechos de ese gran Vasco de Gama,  
Y el poema de ese Cámoens, que me inflama.

## III.

Esto, olvidar hacía-me la tierra  
Que pisaba, y mi casa y mi sér mismo;  
Con lo real poníame ya en guerra;  
Formaba mi afición al idealismo;  
Que así, mientras los chicos de mi tiempo  
Solían entregarse á juégos viles,  
Yo, conversando con fantasmas miles,  
Encontraba dichoso pasatiempo;  
Y empezaba á vivir la imaginaria  
Vida de la ilusión, y la quimera,  
Que se ha hecho para mí tan necesaria  
Como el áire á la vida verdadera.

## IV.

Mi padre, que veía  
Mi afición á leer, por noche y día,  
Quiso que fuese un sabio y diese fruto;  
Y me puso á estudiar Filosofía,  
En cierta especie de corral que había,  
A que daban el nombre de Instituto.  
Me perdió en absoluto,  
Aunque es razón que su intención le excuse.  
¡Caer de aquellas célicas regiones,  
Para venir, después, en mis lecciones,  
A empezar aprendiendo el *musa, musæ!*

No se obró con acierto:  
Del estudio quedé en la sombra opaca,  
Como un pez, que se saca  
De la fuente en que vive, y queda muerto.  
Nó: mi camino recto nó era ese;  
¡Lástima consumiese  
Mi actividad en tal algarabía  
De vocablos é insulsas traducciones!  
Yo nací para el arte y la poesía,  
Como la alondra que, á la luz del día,  
Nace, para exhalar dulces canciones.  
Debí quedar en libertad completa;  
Sin sentir de la férula el agravio;  
Sin ceñirme á la regla que sujeta;  
Y hubiera sido, al menos, un poeta:  
Así ni soy poeta, ni soy sabio.

## V.

Mi maestro, en latín, fué cierto griego  
Converso, hombre de ciencia y de valía,  
En cuya clara frente, parecía  
De su raza brillar el sacro fuégo.  
En algunos momentos de sosiego,  
Tréguas de las tareas cotidianas,  
Se animaban sus ojos centellantes,  
É historias me contaba, interesantes,  
De sus playas gloriosas y lejanas.  
¡Qué dichosas mañanas  
Las pasadas en tales digresiones!  
El alma de la Grecia, ya bebía  
En aquél hijo suyo, que tenía  
De Esquines la elocuencia, en sus facciones.  
Entonces yo aprendí que hubo tiranos  
Que subyugar los pueblos pretendieron;

Que hubo guerras y triunfos soberanos;  
Y atenienses y heróicos espartanos,  
Que sus cadenas, con vigor, rompieron.  
Milciades y Leónidas valiente,  
Maratón y Mikale, desde entonces,  
Quedáronse grabados en mi mente,  
Como, con letras de oro, en duros bronces.  
Un detalle no más, en prueba, añadido:  
En las horas de asueto, no sé cómo,  
De soldados de plomo,  
Tenía yo un ejército formado,  
Con caballos, banderas y cañones,  
Y bageles, ciudades y murallas:  
Cierta amigo traía otras legiones  
Y unas y otras libraban cien batallas;  
Y siempre eran Temístocles, Milciades,  
Pausánias, o Cimón, del campo mío;  
Y del contrario, Gérges ó Darío,  
Que entraban invadiendo mis ciudades.

## VI.

Esto me deleitaba, ya de suyo,  
Pero, al par, me causaba cierto orgullo;  
Porque era un nuevo método, inventado  
Por mí, para fijar, en la memoria,  
El disolvente cuadro abigarrado  
De luchas y conflictos de la historia.  
Después de mis lecciones,  
Siempre armaba mis bravos batallones,  
Reproduciendo, encima de una mesa,  
Con entusiasmo, aunque infantil, profundo,  
Las guerras y catástrofes del mundo,  
Que han dejado en la tierra su pavesa.  
No sonrías por Dios, amiga mía;

Yo, casi, al relatarlo, vierto llanto:  
No ya, por que recuerda á mi alma fría  
De aquella edad el disipado encanto;  
Sí que también, porque, á mis solas, veo  
Que, la insensata humanidad, no ha sido  
Otra cosa que un niño giganteo,  
En este inútil juego entretenido.  
De mis barcos y ejércitos de plomo  
No queda ni una arista, ni una sola...  
El tiempo, con su ola  
Logró absorverlos, como  
Ha de absorver cuanto es y cuanto miro;  
Cual sepultó la Atlántida en un día;  
Como deshizo, con su mano impía,  
Las legiones de Gérges y de Ciro.

## VII.

En esta época heroica (así la llamo,  
Pues es á mi existencia, lo que fuera  
Á la naciente humanidad guerrera  
La de Troya y Aquiles y Priámo;)  
Sentí, por vez primera,  
Del amor, en mi sér, la flecha aguda;  
Muy temprano, sin duda,  
Mas no menos punzante y verdadera.  
¡Ya vés, mi cara amiga inolvidable,  
Si cosechas tendré de desengaños,  
Cuando empezó mi espíritu inflamable  
A amar y á delirar á los diez años!  
Contaré la ocasión, aunque no es rara:  
Tenía junto á casa una vecina,  
Una rubia divina,  
De nueve abriles, y de linda cara.  
¡Gran personaje eral Poco menos,

Como yo; yo al terrado me subía  
Y por un descubierta la veía,  
Y pasaba unos ratos muy amenos.  
Ella, á veces, dejando el dobladillo,  
Alzaba, por mirarme, la cabeza;  
Y entonces, parecía su belleza  
Una creación celeste de Murillo.  
No hablábamos: su madre, un sér escueto,  
Sentábase con ella á hacer costura,  
Y no hallaba yo medio que, en secreto,  
Declarase mi amor, y mi ternura.  
Mi mente, de dar vueltas al fin harta,  
Un recurso supremo adoptó al cabo;  
Escrible una carta;  
Pero *en latin*. ¡Oh Dios! ¡recurso bravo!  
Echésela, en dobleces reducida;  
La recogió, guardóla con presteza;  
Mas, despues de leida,  
Me miró con desáire y extrañeza,  
Y, poniendo una cara entristecida,  
No alzó más, al terrado, la cabeza.

## VIII.

¡Desengaño primero!  
Estuve sin comer un día entero,  
Sin que mi duelo término tuvieses!  
¡No contestar mi carta enamorada;  
Una carta en latin confeccionada,  
Para que ella solita la entendieses!  
En ódio se trocó desde aquel día  
Por ella mi afición, y mi cariño;  
Odiela, sí, con toda el alma mía;  
Mas, ódio al fin de niño;  
Todo se reducía

À que, si en su azotea la veía,  
En vez de echarle un beso, hiciera un guiño.

## IX

Por distraer mi humor, ó darle celos,  
Mis ojos puse en otra; una morena  
De diez años también, cuya melena  
Flotaba al venticillo de los cielos.  
A la ribera de la mar dormida,  
En las cálidas tardes del verano,  
La llevaba su padre de la mano,  
Y, á otras niñas reunida,  
Allí empezaban candorosos juegos,  
Sobre la arena de la blanda playa;  
Mientras, dejando una encendida raya,  
Apagaba en el mar, el sol, sus fuégos.  
Sentado en un peñón, junto á las olas,  
Con mi padre ó guardián, yo la veía,  
Entre los rayos del poniente día,  
Y al son de las marinas barcarolas;  
Y este el albor primero de poesía  
Fué que vino á brillar sobre mi frente,  
Pues, recuerdo muy bién que, aquella noche,  
Me bajé al escritorio, diligente,  
Y, queriendo escribir en verso ardiente,  
De tinta y de papel hice un derroche.  
Como mis ánsias vivas  
No hallaban frase, ó fórmula adecuada,  
Recurrí á mis lecturas incentivas,  
Y en las obras del gran Duque de Rivas  
Me encontré con la forma deseada.  
Plagié unos dulces versos amatorios,  
Con contento grandísimo, pensando  
Que de modo ninguno eran notorios,

Y nombres y expresiones cambiando,  
Los remití, en un sobre, á su destino.  
¡Segundo desengaño! Al otro día  
El padre me miraba, y sonreía,  
De mi atroz candoroso desatino;  
Y la niña ponía  
Al mirarme un semblante muy mohino.

## X.

¡Dos amores frustrados! Ciertamente  
Era ya demasiado á edad tan tierna.  
Me refugié en mí mismo, amargamente,  
Como en su cueva el oso, cuando inverna;  
Y me hice huraño, y hosco, hasta insociable,  
Y volví á mis lecturas solitarias,  
Y en el estudio, ya más agradable,  
Hube de entretener mis horas varias.  
Historia y Geografía,  
Fisiología, Física, Gramática,  
En mis libros de texto yo bebía,  
En dosis homeopática.  
¡Oh, cuánto yo sabía!  
Me hice físico, geógrafo, y aún médico.  
¡Feliz plan de enseñanza el que regía  
En la Nación entonces, porque hacía  
De cada infante un sér enciclopédico.

## XI.

Yo no sé cuantos meses  
Así pasé, sin otras distracciones  
Que lecturas eternas, y lecciones,

Después de mis eróticos reveses.  
Estudiaba de noche y de mañana,  
Al alba clara y al morir el día:  
¡Trabajo inútil! ¡tentativa vana!  
Nada queda de aquello al alma mía.  
Hasta el latín, que hablaba cual mi lengua,  
Olvídelo, y el griego de igual modo;  
Y hoy me encuentro, con mengua,  
Que no sé traducir Pláuto, ni Hesiódo;  
Pero que, en cámbio, la materia helada  
De mi cerebro, centro de mi vida,  
Ya su sustancia gris tiene gastada,  
Y su llama apagada  
Como una triste lámpara extinguida.

## XII.

Para alcanzar el grado  
De Bachiller en artes, á los trece  
Años, contados mal, atareado  
Me entregaba á ese estudio, que enmohece  
El ingenio del sér más despejado,  
Como el orín corroe el envainado  
Acero, que en su funda permanece.  
En las más bellas tardes del estío,  
Mientras del suelo cálidos vapores  
Se escapaban, y pájaros y flores  
Formaban su concierto en torno mío;  
En tanto que el gentío  
Bajaba de la mar á las riberas,  
Á contemplar las olas,  
O allá á sentarse, entre las peñas solas,  
Para espaciar el alma en las esferas,  
Yo solo, paseante extraordinario,  
Llevando bajo el brazo mis papeles,

Llegaba á una plazuela, solitario;  
Pasaba al pié de un negro campanario,  
Que llamaba á oraciones á los fieles;  
De la naciente sombra, entre el sudario,  
Entraba en una casa humilde y pobre,  
Y un dómíne me daba, á aquella hora,  
La postrera lección, abrumadora,  
Por un puñado de menudo cobrel  
¡Oh! y mis tiernos amigos  
Corrían y saltaban por la arena  
De la playa cercana, sin testigos;  
Y, hurtando al marinero su faena,  
Impulsaban la barca silenciosa,  
Por las ondas azules, á lo lejos;  
Y bebían la brisa rumorosa,  
Y disfrutaban, de la tarde hermosa,  
Ecos, cántos, perfumes y reflejos!

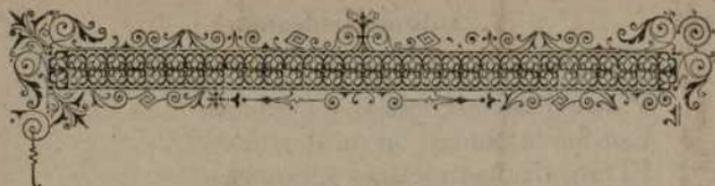
## XIII.

Yo, en mi barca también, la oscura banda  
De nacientes ensueños perseguía,  
Que ante mis ojos, sin cesar, corría,  
En tropel que asustado se desbanda;  
Y bogaba y bogaba, mar afuera,  
Y del poniente sol, en los celages,  
Verá dibujarse los paisajes  
Del reino encantador de mi quimera;  
De ese reino fugaz, amiga mía,  
Por el que en horas de aflicción suspiro;  
Que aún, á lo lejos, dibujarse miro,  
Pero que no he logrado todavía:  
De ese otro mundo mio, imaginado,  
Que toma formas mil en lontananza;  
De que soy un Colón infortunado,

Que lo vé y lo persigue y no lo alcanza.

¡Inútil navegar! Como el sediento  
Árabe que en el Sahara se extravía,  
Y vé elevarse, rico de ornamento,  
El verde oásis, cuya sombra ansía,  
Y corre, y la visión que le extasia,  
Al tocarla, dispase en el viento;  
Así vió el alma mía  
Mi primer noble anhelo disipado:  
Alcancé, al fin, mi grado;  
Lleno de gozo palpité mi pecho;  
Ceñí el láuro á mi frente:  
Pero, al dia siguiente,  
Mi hermoso encanto amaneció deshecho.  
Mi título miraba  
Colgado en la pared, con marco de oro,  
Y donde antes soñaba un gran tesoro,  
Veía, al fin, la realidad de un nada.  
El cuadro aquél allí, más parecía  
Una lápida triste y mortuoria  
Que, á mis ojos atónitos, decía:  
«Yace aquí tu ilusión; solo es escoria.»  
Mas, contra aquella voz, hueca y nefanda,  
Que resonaba de mi pecho adentro,  
Otra ilusión salíame al encuentro,  
Y me gritaba, misteriosa: «¡anda!





## CANTO CUARTO.

---

### I.

Seguir una carrera:  
Gran cuestión, sueño hermoso: ¡quién lo dudal  
Más, si se considera  
Que aquello equivalía á marchar fuera  
De mi ciudad nativa, triste y muda;  
A vivir nueva vida sin tutores;  
A gozar por doquier; á entrar de lleno  
En ese mundo ameno  
De aventuras, de hazañas y de amores.

### II.

Granada, esa suprema maravilla  
Del arte, la poesía y la leyenda,  
Cuya fama estupenda  
Llegó á mí, con los versos de Zorrilla;  
Esa ciudad hermosa y sorprendente  
Que, sin haber mis ojos extasiado,  
Ya se alzaba poética en mi mente,  
Con su cielo riente,  
Y su ancho campo del Genil regado,  
Y sus moriscas torres, frente á frente,

Y su Albaicín confuso y apiñado;  
Esa fué la ciudad de mi destino,  
El faro de mis nuevas esperanzas,  
Cuando, emprendiendo ansioso mi camino,  
Seguí tras mi divino  
Fantasma, de engañosas lontananzas.

## III.

En ella me instalé, despues de un viage  
Rápido, en que llevé por equipage  
Mi ropa estudiantil, libros muy viejos,  
Mi capa indispensable, mis borrones,  
Una caja completa de ilusiones,  
Y otra caja repleta de consejos.  
Era el invierno frío,  
Y un aspecto sombrío  
Mostraba la ciudad, que sonriente  
Siempre me imaginé; lluvias y barro  
Trocábanla en un charco pestilente;  
Y en vez de murmurar tranquilamente,  
Con la crecida, rebramaba el Darro.  
Mi cuarto, angosto y tétrico, tenía  
Un balcón á una plaza solitaria,  
Y, en frente, un casarón vetusto había,  
Y una iglesia salía  
Tras él, como una ascética plegaria.  
Era un viejo convento,  
Con su elevada torre puntiaguda,  
Cuya veleta resistía al viento,  
Enmohecida sin duda,  
Y servía de asiento  
Al avión, cansado de su ruda  
Vuelta, por el nublado firmamento.  
Yo, ante el balcón, leía,

Al asomar la claridad del día,  
En aquellos librotos de inhumano  
Volúmen, y revuelta algarabía,  
Y, en mi frágil memoria, retenía  
Textos de Modestino y Justiniano.  
Asistía á mis clases,  
Como escolar exacto primerizo,  
Aunque me helara el frío, aunque tronase,  
Aunque cayeran rayos y granizo.  
Aislado, me encerraba  
En mi cuarto después, y en mi mesilla,  
Ante una tembladora lamparilla,  
Las cejas, estudiando, me quemaba;  
Y así pasé seis meses angustiosos,  
Sin goces ni emociones, por supuesto,  
En lucha nada más, con los colosos  
Que se han dado en llamar libros de texto.  
Llegaron los exámenes, en esto;  
¡Los exámenes! voz aterradora  
Para la *troupe* estudiantil, ligera:  
Brillaba ya la hermosa primavera,  
Era el Mayo, que todo lo colora;  
Mas ¿cómo disfrutar de dicha entonces,  
Cómo vagar ocioso, en sus mañanas,  
Si á exámen nos llamaban las campanas  
De los oscuros cláustros, con sus bronces?  
¡Oh dura situación! ver los jardines  
Poblados de follages y de rosas,  
Y no poder volar, cual mariposas,  
Por sus bosques de lilas y jazmines.  
Contemplar sus magnólias y laureles,  
Y sus grupos de niñas hechiceras,  
Y escuchar, á lo lejos, las severas  
Voces de profesores y bedeles.  
Un agudo dolor, dolor intenso,  
Sentía el alma, al verse combatida,  
De un lado, por la fiébre de la vida

Del otro, por el miedo de un *suspenso*.

## IV.

Jóvenes incipientes,  
Que asistís á las áulas, de mañana,  
Y en cuyas rubias frentes  
La corona del mártir brilla ufana;  
Decid si no es verdad lo que yo digo:  
Si hay duelo más profundo que ese duelo  
Que siente el alma, cuando el Mayo amigo  
Viste de césped y de flor el suelo,  
Quiere de vuestras dichas ser testigo,  
Os tiende el pabellón de un claro cielo,  
Y vosotros, en ímproba faena,  
No podeis acudir á su reclamo;  
Pues, como esclavos que flagela un amo,  
Sentís en vuestros piés, dura cadenal  
¿Cuánto mejor sería  
Que pudiéseis gozar del dulce hechizo  
De ese Mayo divino, que Dios hizo  
Para inundar el mundo de alegría?  
¡Saber! ¡gran tontería!  
¡Gran ilusión del hombre! En esta corta  
Existencia, sentir es lo que importa;  
La verdadera ciencia, es la poesía.  
La poesía, que es luz y sentimiento,  
Divinal intuición, deleite y calma;  
Una celeste vibración del alma,  
Como la del sonido por el viento.

## V.

Si alguna vez yo fuera  
Ministro de Fomento, dispusiera

Un nuevo plan de estudios, diferente  
De todos los que rigen y han regido;  
Por que en cuenta tendría, solamente,  
La expansión del espíritu y la mente,  
No la opresión del alma y del sentido.  
Ni un establecimiento  
De enseñanza, dejaba en pié siquiera;  
Estas mezclas de cárcel y convento  
Abruman, con su mole, el pensamiento:  
Tumbas son de la ciencia verdadera.  
Dejad al sentimiento  
Que respire la luz de la ancha esfera:  
Cátedra santa, la Natura entera;  
Lecciones, no en las áulas limitadas,  
Sino en públicos parques de recreo,  
Donde las muchedumbres, apiñadas,  
En cada sitio, hallasen un Museo;  
Ciencias, al áire libre, divulgadas:  
Que se hablase de Física y Zoológia,  
Botánica y Geológia,  
Aun por las bajas clases no ilustradas.  
Allá, en cada ciudad, un ancho foro;  
Escuelas, en los pórticos y templos;  
Obras de arte doquier, vivos ejemplos;  
De Atenas renovar el siglo de oro.  
Sembrar de estátuas y gimnásios miles  
Calles y plazas; lizas y certámen  
Abrir á aquellos que las artes amen;  
Dar al pueblo academias y pensiles.  
Pensionar á los sábios,  
Porque fuesen hablando entre las gentes;  
Premiar los oradores elocuentes  
Que lograsen prenderlas de sus lábios;  
Y en vez de permitir el alboroto  
De lid taurina, sanguinária y fiera,  
Educar la nación, para que oyera  
Las lecturas de Esquilo ó de Herodoto.

Tal sería mi plan, al pueblo griego  
Procurando imitar, que á tal altura  
Las ciencias elevó de la Natura,  
Y difundió del arte el sacro fuégo.

## VI.

Con ello sucedido  
No hubiera, lo que al cabo acontecióme:  
Que en las negras mazmorras sumergido  
De mi áulas, oxígeno faltóme;  
Que al volver á mi hogar, muy engreído  
De mi primer exámen de derecho,  
Encóntreme de nuevo enflaquecido,  
Un extraño latido  
Sintiendo, en lo profundo de mi pecho;  
Y que una noche, que á ninguna iguala  
De cuantas tristes mi memoria anota,  
Por poco, mi existencia, si se exhala  
Por una artéria, en mis pulmones rota.  
¡Noche fatal y lúgubre por cierto  
Aquella fué! Dormía yo tranquilo;  
Mas frágil es de nuestra vida el hilo,  
Y aún el presente se nos brinda incierto.  
De pronto, desperté; sangre afluía  
A mi garganta, en negros borbotones,  
Y á caños por la boca me salía,  
Inundando mis blancos almohadones.  
Grité, acudieron; al Doctor llamaron;  
Llegó, pulsóme, y al hallarme inerte,  
Una frase sus labios pronunciaron  
Que mis torpes oídos no alcanzaron,  
Mas que debió tener un son de muerte.  
Segunda vez el ángel tenebroso  
Vino á rondar, en torno de mi lecho;

Yo sentía su aliento fatigoso,  
Su mano helada en mi oprimido pecho.  
Pero en esta ocasión, con más conciencia  
De mis actos, no es raro le mirara  
Á solas, frente á frente, y celebrara  
Con él una importante conferencia.

## VII.

¿Quién eres? ¿qué es morir? ¿por qué me acosas?  
Preguntábele erguido, aunque doliente.  
¿Por qué amargas mis horas más dichosas,  
Y á esperanzas hermosas  
Tu guadaña me opones, inclemente?  
¿Por qué este ráudo río de la vida  
No ha de hacer un remanso en su ribera,  
Para que el alma disfrutar pudiera  
En él la dulce dicha perseguida?  
¿Qué insensata carrera  
Suya nos lleva al insondable arcano?  
¿Quién, impío, destruye, en un momento,  
Los proyectos que forja el pensamiento,  
Los sueños todos del cerebro humano?  
Enhorabuena que la muerte sea  
Ley de nuestra existencia, proseguía;  
La eterna duración no la desea  
El alma aquí, no es eso lo que ansía:  
Pero, así como el día  
Tiene su curso, y las tinieblas bajan,  
Cuando del todo el sol ha paseado  
El espacio azulado;  
Así como los cierzos amortajan  
La yerta tierra, en el otoño frío,  
Despues que, lisongera,  
De flores la adornó la primavera,

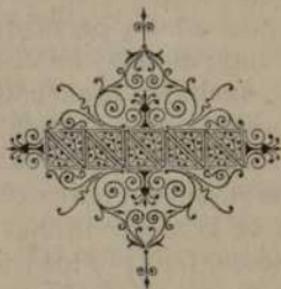
Y de sabrosos frutos el estío,  
Nuestra existencia terminar debiera,  
No, cual suele, á mitad de sus albores,  
Sinó después de dar, en absoluto,  
Al alma juvenil todas sus flores,  
Y al corazón viril todo su fruto.  
Sí, exclamaba; morir, cuando agotada  
Está toda la esencia de la vida,  
Es descansar al fin de una jornada;  
Si hay un cielo, buscar su deseada  
Mansión; ó si la nada nos convida,  
Trocar una vejez, que ya es un nada,  
Por esa misma nada tan temida.  
Pero morir en flor, sin ver que brota  
De la semilla dulce de los sueños,  
Que el alma esparce; al viento que la azota,  
Mirar la rama rota,  
Sin gustar de sus frutos halagüeños;  
Proyectar, abrigar mil ambiciones  
Legítimas, y nobles, y elevadas,  
Para mirarlas todas malogradas  
No sé por qué decretos ó razones;  
Cadáver prematuro,  
Yacer en tierra, frío é insensible,  
Mientras tanto inservible  
Esqueleto sustraerse al oscuro  
Sepulcro; no gozar de la delicia  
Que nos ofrece juventud dorada,  
Ni del amor, ni de la dicha ansiada:  
Eso es una crueldad, y una injusticia.  
Y por ello, mi voz, aunque apagada,  
Increpaba al fantasma tenebroso,  
Y asiendo, con crispada,  
Flaca y nerviosa mano, mi almohada,  
Gritaba con acento, lacrimoso:  
¡Huye negra visión! no, despiadada,  
Cortes, tan pronto, lo existencia mía;

Quiero vivir; la vida es placentera;  
Déjame, pues, gozar su primavera:  
Déjame, soy muy joven todavía!

## VIII.

Escuchóme el fantasma  
En aquella ocasión, y lentamente  
Se hizo hácia atrás. ¡Me pasma  
Como conmigo fué tan deferente!  
Pero quedó pendiente  
Y amenazante, entonces, sobre el pecho,  
La hemotisis, espada  
De Damocles, colgada  
Del dosel elevado de mi lecho.  
De este triste periodo, en que creía  
Tropezar con mi tumba, cada día,  
Dátan ¡ay! mis recuerdos más preciados;  
Mis más caros recuerdos, impregnados  
De profunda y sin par melancolía.  
Me muero, me decía,  
Esto conmigo, acabará, lo veo;  
Y cuanto más estaba persuadido  
De mi próximo fin, más mi deseo  
De vivir se excitaba, al encendido  
Sol, que brillaba en la azulada esfera;  
A los cantos del mar, en cuyas olas  
La espuma modulaba barcarolas;  
Y á la voz de la alegre primavera  
Que, al asomar feliz por los collados,  
Como una virgen de gentil donaire,  
Palomas derramaba por el áire,  
Y guirnaldas de flores por los prados.  
¡Oh, que hermoso, Dios mío,  
El mundo ante mis ojos se mostraba,

Cuando nunca más verlo imaginaba,  
En mis horas de triste desvaríol  
El soto, el bosque umbrío,  
La playa, la montaña, la llanura,  
Los jardines cubiertos de rosales,  
Los bellos naranjales,  
Mezclando el azahár á su madura  
Fruta, ¡con qué dulzura  
Hablaban á mi alma de ideales  
Énsueños, y quiméricas visiones!  
¡Cómo halagaban, gratos, mis sentidos,  
Y á despertar venían mis dormidos  
Deseos juveniles, y pasiones!  
¡Vida! gritaba el pájaro en la rama;  
¡Vida! la selva umbrosa repetía;  
¡Vida! allá entre los cielos, escribía  
La lumbre de la aurora, que se inflama:  
Mas, por decreto de mi infáusta suerte,  
Esta voz general de la Natura,  
Se trocaba en mi oído con pavura,  
Y murmuraba amenazante ¡muerte!





## CANTO QUINTO.

---

### I.

Pero viví, sí tal; seguí arrastrando  
Mi herida humanidad por este suelo,  
Siempre mi fin cercano imaginando,  
Cual viandante que siempre está mirando  
La tierra unida, en su confin, al cielo.  
Salud y paz buscando  
Viagé, corrí las crestas de las sierras,  
Habité mil poéticos lugares,  
Crucé los anchos mares,  
Y visité las extrangeras tierras.

### II.

No es posible contar de este tan vario  
Tiempo, todo detalle y accidente,  
Por más que no es tampoco necesario,  
Pues nunca ha de borrarse de mi mente.  
Jamás tan visionario  
Es uno, como al verse frente á frente  
De su sepulcro abierto que le espera:  
Entonces sí que forja fantasías;  
Entonces sí que dichas y alegrías

Piensa ván á cercarle por doquiera.

## III.

Relataré unas cuantas aventuras.  
Dige ya que, de nueve ó de diéz años,  
Sentí dardos de amor y desengaños;  
Mas fueron sensaciones prematuras.  
El amor, que es un niño audáz y lince,  
Que desde muy temprano nos conmueve,  
Hizo en mí jugarretas á los nueve;  
Mas su formal ensayo fué á los quince.

## IV.

Para encontrar remedios á mis males,  
Estaba yo en el centro de una sierra;  
En un rincón oculto de la tierra,  
Circundado de abruptos peñascales,  
Donde solo á las liebres hacen guerra  
Las pasajeras águilas caudales.  
Hay allí sulfurosos manantiales,  
Unas casucas blancas en las lomas,  
Y un establecimiento, también blanco,  
Que, mirando á un barranco,  
Un palomar parece, sin palomas.  
De ese establecimiento  
Era yo morador, y mi aislamiento  
(Pues excepto el bañero, nadie había,)   
A interrumpirse vino, cierto día,  
Tomando otra familia alojamiento.  
Aunque yo me sentía  
Melancólico y triste, al fin curioso,

Quise saber, qué huéspedes tenía;  
Y enfrente de mi cámara vacía,  
Ví, tras una cortina, un rostro hermoso.  
Singular alegría  
Me asaltó: hasta en el trance de mi muerte,  
He de sentir una impresión dichosa,  
Si me cabe la suerte  
De ver al lado una muger hermosa.  
Era muy justo y natural mi gozo;  
Aunque enfermo, era mozo,  
La sangre en mis artérias circulaba,  
Y, en mi pecho aterido, despertaba  
Cupido audaz, con su primer retozo.  
Luego, allí, sin testigos  
De mis actos, sin otras distracciones,  
Con los peñascos solo por amigos,  
Mi corazón ansiaba sensaciones;  
Y ningunas tan dulces y halagüeñas  
Como las de un amor, casi impensado,  
Nacido por azár, y allí arraigado,  
Como zarza silvestre, entre las peñas.

## V.

El rostro aquél tras la cortina blanca,  
El sueño me quitó; busqué de intento  
Hablar á mi vecina, y al momento  
La ocasión encontré, sencilla y franca.  
Al punto que nos vimos,  
Lo más amigos fuimos;  
Nos enlazó una dulce simpatía:  
Verdad que yo tenía  
Quince años, poco más, cuando ella treinta;  
Pero yo era más viejo; sí, á fé mía,  
Con mi faz demacrada y macilenta;

Mientras ella era fruta que, madura,  
Convidaba al regalo del sentido,  
Y que en su amable ser, halló reunido,  
Gracia, salud, talento y hermosura.  
Hay necio que asegura  
Que una muger de treinta á ocaso toca;  
Yo puedo porfiar que se equivoca;  
Yo le hubiera querido allí, en mi puesto,  
Viendo aquella beldad, de seno enhiesto,  
De esbelto talle, y de agraciada boca.  
Designádole hubiera  
Aquella blanca tez alabastrina;  
Aquella mano, que de nieve era;  
Aquella entredorada cabellera  
Que recogía con primor divina;  
Y aquellos verdes juguetones ojos,  
Que tenían del mar los espejismos,  
De la tarde los puros idealismos,  
De las pérfidas ondas los antojos.  
Precisamente aquella edad rayana,  
En el alto cénit de la existencia,  
Que parece anunciar la decadencia  
Y avisarles el tétrico mañana,  
Dá á las mugeres superior encanto,  
Más profundos y ardientes sentimientos;  
Son aquellos sus últimos momentos,  
Vén su próxima muerte, con espanto;  
Su muerte para el goce y para el mundo,  
Para el amor, que á retener aspiran,  
Y sueñan y enloquecen y deliran,  
Como sueña y delira el moribundo.

## VI.

Así me explico ahora

Con cuanta rapidéz fraternizamos;  
Cómo nos adoramos  
En un rato tan solo, en media hora;  
Por qué aunque, tembladora  
E inexperta, mi lengua quedó muda,  
Ella conmigo fué tan indulgente,  
Y me habló, y sonrió tan dulcemente,  
Para alentar mi timidéz sin duda.  
Por qué cuando, volviendo algun barranco,  
La miraba furtivo y con recelo,  
Ella alzaba los ojos hácia el cielo,  
Y los ponía extáticos y en blanco.  
Y por qué una mañana  
Que á la hermita cercana  
Fué á rezar muy devota, y yo tras ella;  
Al salir y entregarle ciertos versos,  
Henchidos de pasión, pero perversos,  
En su pecho noté que hicieron mella:  
Tanto que, atolondrada y aturdida,  
Fija miróme, y me estrechó la mano;  
Me dijo dulce amigo, amado hermano,  
Y luego corazón, y amor y vida;  
Y explicándome, al cabo, su cariño,  
Execró de los hombres hasta el nombre,  
Diciendo que, al horror de amar á un hombre,  
Prefería el error de amar á un niño.

## VII.

Ello es que así, mi pecho casi inerte,  
En aquél raro amor quedó impregnado:  
Pues por algo, Leopardi ha imaginado  
Que es el amor hermano de la muerte.  
Lamentando mi suerte,  
Que á sucumbir tan joven me obligaba,

Pasaba con mi amada todo el día,  
Y cada vez que ardiente me miraba,  
De pena y de pasión desfallecía.  
Cuando el alba asomaba,  
Salíamos los dos, cual dos palomas,  
Por aquellos barrancos y vertientes,  
A escuchar el rumor de los torrentes,  
O del monte á aspirar los mil aromas.  
Sentados en las lomas,  
Veíamos abajo las salvages  
Honduras, las gargantas, los abismos,  
Y arriba los primeros espejismos  
Del sol, apareciendo entre celages.  
Yo escribía mis versos, en su falda,  
Y después los leía entusiasmado,  
Mirando aquellos ojos de esmeralda,  
Aquel mórbido seno, aquella espalda,  
Y aquel suelto cabello destrenzado.  
Almorzábamos juntos, muchas veces,  
En reunión amigable, mil ternezas  
Diciéndonos, y haciendo mil niñeces;  
Yo le colgaba guindas y cerezas,  
En su preciosa oreja sonrosada;  
Y ella, que cual la grana se ponía,  
Sonriendo prendada,  
Una boca entreabría  
De más grato dulzor que una granada.  
Si por el mediodía  
Una nube, empujada por el viento,  
Surgía allá, en las crestas de alto risco,  
Y, ocultando del sol el rojo disco,  
Envolvía en su manto el firmamento,  
Con íntimo contento,  
Asomando del monte á las tajantes,  
Entrambos esperábamos la lluvia,  
Cuyas primeras gotas relumbrantes  
Á coronar venían, cual diamantes,

De mi adorada la cabeza rubia.  
¡Cuán palpitaba su ondulante seno  
Cuando sonaba el trueno!  
¡Qué temor tan pueril la conmovía,  
Al vivo resplandor de la tormental  
¡Cómo en mis tiernos brazos se escondía!  
¡Entonces parecía  
Tener ella quince años, y yo treinta!

## VIII.

Una vez nos perdimos  
En medio de los montes solitarios;  
Por la tarde salimos,  
Y cuando del paseo nos volvimos,  
Nos encontramos con senderos varios.  
El peor elegimos,  
Y extraviados ya.... tras risco escueto  
El sol huyó; las sombras avanzaron,  
Las montañas oscuras se quedaron,  
Y se cerró la noche por competo.  
—¡Dios mio! sollozaba atribulada  
Mi dulce compañera; ¡qué locura!  
¿Qué hemos hecho? ¡Por Dios! ¡no se vé nada!  
Y á mi mano agarrada,  
Andaba á tientas por la senda oscura.  
Yo la llevaba casi remolcada,  
De su mano sintiendo la dulzura;  
Mas, juro por la cosa más sagrada  
Que, en mi inocencia honrada,  
Ni aún intenté estrecharle la cintura.  
Al fin, allá del alto balneario,  
Divisamos las luces, á lo léjos;  
Nos sirvieron de guía sus reflejos,  
Y próximos, temiendo el comentario

De ciertas cotorronas, primas de ella,  
Dejéla sola, en la extensión sombría,  
Que se acercara por la senda aquella,  
Quedando yo en los cerros todavía,  
Desde donde, en la noche, la veía  
Caminar hácia allá, como una estrella.  
Entramos cada cual por nuestro lado,  
Sin que las cotorronas maldicientes  
Hubieran nada visto, ó sospechado;  
Pero, en días siguientes,  
Ya el cotarro se había alborotado,  
Y el rostro de mi amada ví regado  
Por abundantes lágrimas ardientes.  
¿La habrían arañado  
Aquellas viejas brujas envidiosas?  
¡Qué sé yo! Averiguar no pude nada  
De la escena pasada:  
¡Pasan entre mujeres tales cosas!  
Solo sé que un fatal presentimiento  
Nos embargó á los dos, desde aquel día,  
Anuncio de algo trágico y violento;  
Que el sol de nuestra plácida alegría  
Se nubló en nuestro hermoso firmamento.

## IX.

Y hundióse al fin; á la segunda aurora,  
—¿Sabes, me dijo, que partimos? y esta  
Noticia tan funesta,  
Sin habla me dejó más de una hora.  
Miré la aterradora  
Balumba de equipage en la esplanada;  
El coche con el tiro preparado,  
Y quedé consternado:  
Era cierto, partía arrebatada.

Sin ella, desquiciada  
Quedaba allí mi deleznable vida.  
¡Qué día tan amargo el que pasamos!  
¡Gran Dios, cuánto lloramos  
En nuestra larga y muda despedida  
A mis manos asida  
Me clavaba sus ojos, cual diciendo:  
—¡No me olvides, por Dios! Y por mi parte  
Mudo gritaba yo:—¿Cómo olvidarte?  
¿No ves que por tu amor me estoy muriendo?  
Una señal haciendo  
Con su movible látigo, el auriga,  
Término puso á éste colóquio amante;  
Salió el coche adelante,  
Á la ventana se asomó mi amiga,  
Y, por postrer consuelo  
Á mi aflicción y soledad, sacaba  
Y en el áire agitaba,  
En lágrimas mojado su pañuelo;  
Lágrimas que arrastraba indiferente  
El vago viento, con sus rachas frías,  
Mas que, por ir á unirse con las mías,  
En mi faz se estrellaban y en mi frente.

## X.

¡Sólo quedé! No hay soledad más negra  
Que la ausencia del sér que adora el alma:  
En el desierto, la arrogante palma,  
Tiene la luz del cielo que la alegra;  
El barco, en Spizberg, tiene la aurora  
Que ilumina los témpanos de hielo;  
Mas ¿qué sol, ni qué aurora, ni qué cielo,  
Tiene el que ya no mira el sér que adora?  
¿Qué luz le prestará su refulgencia,

O endulzará su lastimosa suerte,  
Si es la ausencia una imágen de la muerte;  
Toda vez que la muerte es una ausencia?  
Léjos yo de aquel sér que idolatraba,  
Estuve á punto de perder el juicio;  
La vida parecíame un suplicio:  
Cielo, luz, áire y sol, todo lo odiaba.  
Los montes escalaba,  
Y sentado en el pico de una sierra,  
Al caer de la tarde, muchas veces,  
Me sumía en las hondas lobregueces  
De la noche, señora de la tierra;  
Y volvía, por trochas sin sendero,  
Allá muy tarde, á mi mansión, cansado,  
Dejando, como Werther, olvidado  
En el pico del monte, mi sombrero.

## XI.

Cuando mi padre dijo  
Que á la ciudad volviera; un dulce rayo  
De esperanza alumbróme, en mi desmayo;  
—¡Oh! meditaba, la veré de fljo;  
Y en el coche veloz que me condujo,  
(Porque al zagal le dí cierta propina),  
De mi impaciencia se sintió el influjo,  
Pues salvamos el llano, la colina,  
La cuesta, el rio, como en ráuda fuga;  
Y, no obstante tamaña diligencia,  
Aún iba reprochando, mi impaciencia,  
Que andábamos á paso de tortuga.  
Llegué, rondé, la ví, nos dimos cita;  
Aquella noche hablé por una reja  
Con ella, en un jardín ¡Noche bendita  
Que en mi memoria su fulgor reflejal

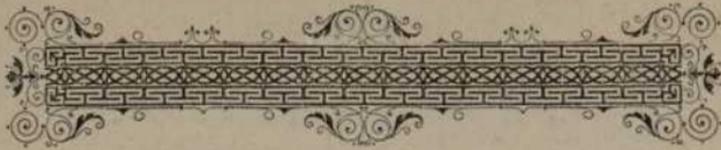
Estrellada la bóveda infinita;  
El jardín perfumado; el aire en calma;  
La luna, como lámpara en el cielo;  
Ella, ante mí, amorosa y sin recelo;  
Yo vertiendo mi alma allí en su alma....  
Detuvo el carro la brillante Osa  
Para vernos así, y al darme aquella  
Mi amada, en prenda, una amarilla rosa,  
Yo no sé si una lágrima sobre ella  
Cayó, rodando de su faz dichosa;  
Ó si, menos preciosa,  
Lo que cayó en su cáliz fué una estrella.

## XII.

Al dejar la ventana,  
Era ya de mañana.  
Mi padre supo el lance, por supuesto;  
Lo conocí en su gesto,  
Y en que, entonces, cortó por parte sana.  
—Prepárate mañana  
Á marchar, exclamó con voz sencilla;  
—¿A dónde? contesté, todo turbado;  
—Vas á seguir tu estudio comenzado,  
Me replicó, en las aulas de Sevilla.  
Y no hubo más; dispuse mi maleta,  
Y tomando el vapor, mónstruo de hierro,  
Me ví internado por la mar inquieta  
Entre aquella prisión, flotante encierro.  
Despertóse mi mente de poeta,  
É inspirada en mi amor, triste y á solas,  
Escribí la poesía más sentida  
Que he trazado en mi vida,  
Al rebramar de las amargas olas.  
Inmóvil en el puente,

Ví hundirse lentamente  
De mi ciudad el mágico diseño,  
Entre la bruma del confín distante;  
Ví del faro arrogante  
El ojo ardiente, vigilar su sueño;  
Las últimas montañas  
Cual terrones de azúcar desleida,  
Deshacerse del mal en las entrañas;  
Y ya la tierra en el confín perdida,  
Sentí noche en la vista, el alma yerta,  
La congoja enroscada por el pecho:  
Auxilio reclamé, con voz incierta,  
Y vacilé, y caí sobre cubierta,  
Rodando en convulsiones, largo trecho.





## CANTO SEXTO.

---

### I.

Sevilla me aturdió; sus mil placeres,  
Sus parques, sus extensos naranjales,  
Sus calles, sus palacios, sus mujeres,  
Me brindaron con nuevos ideales.  
No bien puse la planta en sus umbrales,  
Sufrió mi sér transformación completa;  
Otra vida sentí y otros alientos;  
Nuevos planes y nuevos pensamientos  
Se amontonaron en mi mente inquieta.  
Allí fuí otro poeta:  
No el que en la muerte y la aflicción se inspira,  
El que la vida y sus halagos ama,  
El que, á la luz del sol que se derrama,  
Canta venturas con acorde lira.

### II.

Que olvidé lo pasado  
No hay que decirlo, hallándome en aquella  
Ciudad tan rica, placentera y bella.  
¡Quién no lo hubiera como yo olvidado!  
¡Oh, Sevilla, Sevilla!  
Tu hermoso cielo que azulado brilla

Es el mejor consuelo á todo lloro;  
Bajo cada mantilla  
Hay en tí de donáires un tesoro;  
Tu dulce manzanilla,  
Donde vierte la luz su polvo de oro,  
Borra más que las aguas del Leteo,  
Penas del alma, pensamientos graves,  
Si bien despierta, entre quimeras suaves,  
Un infinito abrasador deseo.

## III.

Cuando el alma, extasiada,  
Veía la ribera perfumada  
Del ancho Betis, que tus plantas besa;  
O corría tu vega dilatada,  
Donde, á lo lejos, pasta la torada,  
En la fertil dehesa,  
Y cerca está la quinta engalanada,  
Que el sentido y el ánimo embelesa;  
Cuando en tus patios, mágicos jardines,  
Nidos de serafines,  
Oía los conciertos diferentes  
De músicas y fuentes;  
O seguía, entre plátanos y flores,  
Con íntimos afanes,  
Las danzas de doncellas y galanes,  
Que pasaban hablándose de amores;  
Cuando allá, en tus mañanas,  
Contemplaba las ricas filigranas  
De tu torre del Oro,  
Pintándose en el claro firmamento,  
O el mágico ornamento  
De las estancias de tu Alcázar moro;  
O en tu cielo de gualda

Y de tintas purpúreas, descubría  
La arrogante Giralda,  
Que rayos y huracanes desafia;  
Una impresión sentía  
Arrobadora, celestial, sublime;  
Una dicha inefable me embargaba,  
Cual la que siente el que entre sombras gime,  
Y vé al cabo la luz que ambicionaba;  
Y surgían reales, á mi vista,  
Cuerpo y forma tomando, á cada instante,  
Las ánsias imposibles del amante,  
Y los soberbios sueños del artista.

## IV.

Mi vida en tí fué un éxtasis dichoso.  
Mañanas sosegadas,  
A la orilla pasadas  
De aquel río fecundo y caudaloso;  
Hermosas tardes de fulgores llenas,  
En que yo paseaba las amenas  
Enramadas de azahar de las Delicias;  
Claras noches de ronda seductora,  
¿Por qué negais ahora  
Al yerto corazón vuestras caricias?  
¡Ah!, triste y vanamente,  
El agua cenagosa de un torrente  
Preguntara, por qué no copia el cielo.  
Ni refleja del sol la luz siquiera,  
Cual los pintaba, cuando solo era  
Cristal humilde de feliz riachuelo  
¡En vano el mástil de flotante nave,  
Batida por las olas procelosas,  
Pretendiera escuchar el son suave  
Del cántico del ave

Que llenaba las selvas rumorosas!  
El torrente á la mar rueda sombrío,  
Sin que nadie le atienda ni le nombre;  
Choca contra las rocas el navío,  
Y contra el hado impío  
También se estrella el corazón del hombre.

## V.

Mas, dejemos á un lado  
Lamentaciones tristes, quejas vanas.  
En Sevilla instalado  
Un segundo viví de diéz semanas.  
Mi hotel, bien aseado,  
Tenía á una ancha calle sus ventanas;  
Caprichosa cancela  
Daba entrada á su pátio primoroso;  
Y haciendo centinela,  
Se levantaba un plátano jugoso,  
Entre macetas de olorosas flores;  
Plátano de hoja grande, y fruto rico,  
Que servía de toldo y de abanico,  
De la ardorosa siesta en los calores.  
Luego, marmórea fuente  
Murmuraba indolente,  
Aumentando del sitio el embeleso;  
Y el plátano ondulando,  
Y el surtidor clarísimo saltando,  
En el aire, al flotar, dábanse un beso.  
Yo sesteaba siempre, poetizando  
Bajo el plátano aquél; y en torno mío  
Las flores sus perfumes exhalaban,  
Los pájaros volaban,  
Vertía el surtidor su murmurío;  
Rojos peces de río

Bogaban, en peceras de cristales,  
Y, en butacas de mimbres de colores,  
Dos chicas sevillanas ideales  
Se mecían, teniendo sus labores.

## VI.

Era la una morena,  
Con unos ojos negros cual la endrina;  
Una boca divina,  
Siempre de sal y de ocurrencias llena;  
Una cintura breve y sobrehumana,  
Un agraciado ceño,  
Y un pié tan redondito y tan pequeño  
Que semejaba casi una avellana.  
Y la segunda, rubia,  
Si de nieve formada parecía,  
En su alma tenía  
Los cálidos efluvios de la Nubia.  
Verlas y no adorarlas, ¡imposible!  
Aquello no era dable,  
No digo á mí, que soy tan excitable;  
Sinó al más insensible.  
Pero lo más terrible  
Era que, en la elección, me ví perplejo:  
La morena con fuerza me atraía;  
La rubia por igual me enloquecía;  
Y yo me preguntaba, ¿á cual me dejo?  
Si á la rubia tenía  
Cerca de mí, y á la morena ausente;  
—Esta, reflexionaba, es la que adoro;  
¡Qué cabello de orol  
¡Qué ojos azules! ¡qué serena frentel  
Mas, si estaba presente  
La morena, y la rubia no á mi vista,

—¿Quién hay que la resista?  
 Me decía, mirándola extasiado;  
 ¡Qué talle sin rivall ¡qué labios rojos!  
 ¡Qué hermosísimos ojos!  
 Y á sus plantas caía atolondrado.  
 Mi decisión suprema  
 Fué amarlas á las dos; y, ya se sabe,  
 En conflicto tan grave,  
 Desde entonces, resuelvo así el problema.  
 Las dos, claro se está; la tierra fría  
 Por pura precisión, no por derroche,  
 Tiene en un hemisferio el áureo día,  
 Mientras en otro la estrellada noche;  
 Y el corazón así, para su pena  
 Calmar, pide contrastes: sol y lluvia;  
 Los azulados ojos de una rubia,  
 Y el oscuro mirar de una morena.

## VII.

No conté con la huéspedea, no obstante;  
 Y la huéspedea era un subteniente,  
 Que á la rubia adoraba locamente,  
 Y me mandó padrinos al instante.  
 Efectuóse el duelo. ¡Santo cielo!  
 Yo por la vez primera me veía  
 En caso parecido; mas fuí al duelo.  
 No diré con valor, con sangre fría.  
 Era una tarde; encapotado el cielo,  
 Menuda lluvia sin cesar caía;  
 Por el campo corría  
 Un húmedo airecillo como el hielo.  
 Llegamos en dos coches; nos bajamos:  
 Mudos nos saludamos;  
 Reconocieron todos los caminos

Y midieron los pasos los padrinos;  
Y por fin las pistolas empuñamos.  
Una, dos, tres: entrambos disparamos....  
Y, deshecha del humo la madeja,  
Estabámos los dos en nuestro puesto.  
Solo decía mi contrario, en esto:  
—Me ha pasado silvando, por la oreja.  
De nuevo se cargaron  
De las terribles armas los cañones;  
Latieron á compás los corazones  
Y á la señal, las cargas estallaron!  
Mas todos se lanzaron  
A mi contrario, al punto; herido ó muerto,  
Al suelo cayó yerto...  
Yo me aterré; mis ojos se nublaron!  
Corrí hácia el coche; los fogosos brutos  
Á escape conducéronme á Sevilla...  
—¡Estos, decía entrando por la villa,  
Son de la necedad los tristes frutos!  
¡Lo he muerto, sí, sin duda; y es mi hermano;  
Y una mujer así nos envenena!  
¡Oh, soy un inhumano!  
¡Soy un alma de hienal!  
¡Todo por esa rubia, cuando es llano  
Que la que á mí me gusta es la morena.  
Subí á mi cuarto, con la faz sombría;  
Tiré á un lado el sombrero,  
Y me puse á arreglar mi baul de cuero,  
Para dejar por siempre á Andalucía;  
Cuando un golpe severo  
Senti á la puerta, mientras tal hacía;  
—¡Ella! la policía,  
Pensé; perdido soy, Dios justiciero!  
Decidido á entregarme, abrí no obstante,  
Y entró un tropel de gente;  
Pero entre ella, miré del subteniente  
El mudo cadavérico semblante.

—¡Qué! exclamé—No te asustes, al instante  
Un amigo repuso; es un viviente.  
Está herido en la frente,  
Mas la bala á matar no fué bastante.  
Nos abrazamos; el enigma era  
Cómo aquel cráneo resistió tan fijo.  
Otro amigo me dijo  
Que las balas del duelo eran de cera;  
Y añadió:—No te enojés ni te alteres;  
En tales desafíos, esto basta;  
Pues deben ser las balas, de la pasta  
De que es el corazón de las mugeres!

## VIII.

Otro percance serio  
Me ocurrió por entonces. Cierta amiga,  
Rendida de dolor y de fatiga,  
Quiso e<sup>l</sup> sueño dormir del cementerio.  
Se murió, sin hacer de nadie caso;  
Ni á sus padres oyó; voló á otro mundo,  
Y en un rico ataúd, de blanco raso,  
Pusieron su cadáver, paso á paso  
Llevándolo al asilo tremebundo.  
Yo acompañé el entierro, á las severas  
Salmodias añadiendo mis plegarias;  
Y después de pasar por calles varias,  
Llegamos de Sevilla á las afuéras.  
Allí paróse el duelo; desfilaron  
Los mil acompañantes de cumplido;  
Los enlutados coches se marcharon,  
Y en su fúnebre carro colocaron  
Aquel cuerpo, en silencio despedido.  
Ideas me asaltaron  
De ir trás él, y alquilando una berlina,

En pos suyo marchéme lentamente  
A la ciudad de la dormida gente,  
Que se alzaba distante en la neblina.  
La alcancé allá... ¡Si vieses  
Cuán estaban sus calles silenciosas,  
Adornadas de estatuas luctuosas  
Y de túmulos tristes y cipreses!  
Aquella parecía  
Otra Sevilla muerta, que yacía  
Frente á Sevilla alegre y agitada:  
Populosa ciudad, petrificada,  
Allí aguardando el postrimero día.  
En un sitio, labrado con capricho,  
Estaba abierto un nicho;  
En él pusieron á la joven muerta:  
Tapiáronla.... esparcieron el escombro....  
Y, con la azada al hombro,  
Salió el sepulturero por la puerta.  
Sólo me vi; del sol ya los inciertos  
Rayos, no iluminaban las alturas....  
Mas sólo nó, en sus hondas sepulturas  
Metidos, ¿no son nadie ya los muertos?  
Yo mismo me creía, en sus mansiones,  
Galvánico cadáver, insepulto,  
Que buscaba algo oculto,  
Leyendo y releyendo los renglones  
De las fúnebres losas sepulcrales;  
Y así me sorprendió la noche oscura,  
Llevando profundísima pavora  
Á mis pobres sentidos corporales.  
La noche.... el cementerio...  
La muerte en derredor... aquél profundo  
Silencio por doquier... ¡Cuánto misterio!  
¡Cuán miserable parecióme el mundo!  
¡Cómo representóseme locura  
La ilusión de la vida, ante la muerte!

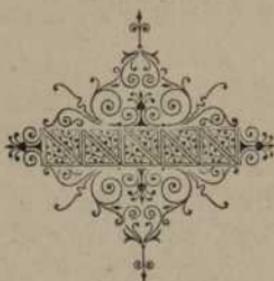
. . . . .

Andando, y meditando de tal suerte,  
Tropecé en una abierta sepultura.  
Caf... el terror helóme por completo;  
Quise alzarme, y no pude; grité, y nada:  
En la fosa escavada  
Creí que me oprimía un esqueleto!  
El miedo devolvióme mi energía;  
Desasime á un impulso sobrehumano;  
Corrí; pero por mas que yo corría,  
El esqueleto aquél me perseguía  
Del ancho cementerio por el llano.  
Mi carrera crecía  
Y la de él á la par desenfrenada;...  
Ya hallaba yo mi salvación más cierta:  
Ya veía la puerta;  
Pero al llegar ¡oh Dios! la hallé cerrada.  
¿Qué hacer? trepé á la verja; salté luego;  
Tomé á escape el camino polvoroso...  
El fantasma horroroso  
Iba tras mí también, cual fátuo fuego...  
Rendido, jadeante, entré en Sevilla;  
Allí se disipó, cual sueño vano...  
Mas terco, aunque invisible, en choza ó villa,  
Donde hay algo que vive, alienta ó brilla,  
Este espectro persigue á todo humano.

## IX

En tales lances y otros parecidos,  
Entres rondas y amantes galanteos,  
Poéticos paseos  
Que halagaban mi mente y mis sentidos;  
Noches de devaneos,  
Escursiones de Itálica á las ruinas,  
Ascensiones soberbias á la torre

De la gigante catedral de piedra,  
Desde donde, á la vista, se descorre  
Una extensión tan mágica que arredra;  
Artísticos proyectos, en que, al brillo  
De los dudosos vidrios de los templos,  
Servíanme de estímulo y de ejemplos  
Las sublimes creaciones de Murillo;  
Pronto el tiempo pasó; gasté completa  
Mi anualidad metálica, y amante  
Fuí, y artista, y turista, y aún poeta:  
Todo, menos legista y estudiante.  
Vacía mi gabeta,  
Lo hubo, al fin, de saber mi padre amado,  
Y ordenó de Sevilla mi salida.  
Al leer el rescripto inesperado,  
Mi pulso quedó helado,  
Y mi faz, de dolor, descolorida.  
Partí, de allí arrancado,  
Como el que deja una mujer querida,  
Un hogar para siempre abandonado,  
Y se marcha á un desierto desterrado,  
Para acabar en él su triste vida.







## CANTO SÉTIMO.

---

### I.

Recaí en mi dolencia.  
Después de aquella dicha haber perdido,  
Para mí ya insensible hubiera sido  
Perder hasta la mísera existencia.  
En la convalecencia,  
No encontrando el Galeno cura alguna  
A mi crónico mal, de tantos años,  
Por algo hacer, me recetó los baños  
De las termales aguas de Fortuna.

### II.

Hácia ellos caminé, de mala gana;  
El viage fué un mosaico, casi un pisto;  
Primero en el vapor, luego en tren mixto,  
Y, por fin, en tartana;  
Pues mi hermosa Almería  
Es la sola ciudad de Andalucía  
Que no escucha pasar, atronadora

La audaz locomotora,  
Por la derecha reluciente vía;  
La que no vé en sus campos, ni siquiera  
Una ancha carretera  
Que de eslabón le sirva con el mundo;  
La que, mirada con desdén profundo,  
Isla, de tierra circuida, fuera,  
Si las olas del mar no la besaran,  
Y las naves, cual pájaros gigantes,  
En sus alas, de aquí no nos llevaran  
Á otros puntos y playas más distantes.  
Injusticia notoria, si se cuenta  
Que esta, de España triste *cenicienta*,  
Sus más pesadas cargas no rehuye;  
Que á holgazanas hermanas alimenta;  
Que con sangre y con oro contribuye;  
Y que, aunque este aislamiento la destruye,  
Sola y todo, progresa y se acrecienta.

## III.

Es Fortuna uno de esos pueblecillos  
Que hay cercanos á Murcia, y á lo léjos,  
En la noche, percíbense los brillos  
De unos rojos temblantes farolillos,  
Del balneario pálidos reflejos.  
Este es pequeño y pobre, y el paisaje  
Desigual; un Hipócrates auxilia  
Á los que ván, con baños y brebaje;  
No se fumiga á nadie el equipage;  
Y, aunque en fonda, se vive allí en familia.  
Si se vé un carruage  
Venir por el camino polvoriento  
Del olivar, ó la sedienta vega,  
No hay quien se quede inmóvil en su asiento;

Todos corren, saltando de contento,  
En confuso tropel, á ver quién llega.  
Un acontecimiento  
Es, que aquella colonia acoge ufana;  
Y omitiré decir que, por lo mismo,  
Causó allí casi un medio paroxismo,  
Mi llegada en pacífica tartana.  
Era por la mañana;  
Y entre un grupo de viejos y de gallos,  
Una guirnalda hallé de chicas bellas,  
Siendo yo para ellas  
El único galán de verdes Mayos.  
Mi recepción fué amable y expresiva;  
Con palma y con oliva  
Me acogió aquel hermoso ramillete.  
Solo la sonrisita algo incisiva  
Miré de un viejo de carilla viva,  
Adonis con peluca y colorete.

## IV.

Hubo *soirée* á la noche: era preciso;  
Mas grave compromiso  
Fué para mí, porque, al tocar el piano,  
Una nacárea diminuta mano,  
El wals primero, me encontré perplejo:  
En mi vida jamás bailado había;  
Yo ni de polka ni de wals sabía;  
Y mi plaza ocupó el Adonis viejo.  
Corrido me quedé; todos los ojos  
Se fijaban en mí con extrañeza,  
Y sorprendí mohines de cabeza,  
Y algun burlón reir de labios rojos.  
Con tal chasco perdí mis simpatías,  
Y lo confieso, con razón sobrada.

¿De qué servía yo? ¡Pues ahí es nadal  
¡No bailar wals ni polka en nuestros días!  
General descontento  
Se apoderó del sexo femenino.  
Me creían un chico de talento;  
¡Ilusión del momento!  
Más sabio era cualquier sietemesino.  
Ignorar esa rara gerigonza,  
En buena sociedad, no tiene nombre;  
Para pasar en ella por un hombre,  
Primero hay que ingresar como peonza.  
El baile ¡quién lo duda!  
Á la salud ayuda;  
Es una mogiganga de buen tono;  
Hasta á la ciencia natural auxilia;  
Pues por él, el gran Darwin, la familia  
Del hombre emparentó con la del mono.

## V.

Pude lograr venganza de mi afrenta.  
Cuando al siguiente día  
La femenina tropa confluía  
Al salón, y los pájaros de cuenta  
Formados en corrillo  
Jugaban animados al tresillo,  
Y hasta al treinta y cuarenta;  
Mientras, con macilento  
Semblante, yo un diario revisaba,  
Escuché que un violento  
Altercado surgió, y que se apostaba.  
Un problema algebraico discutían  
Dos de los tresillistas y el vegete;  
Resolverlo querían,  
Y fórmulas y fórmulas hacían

Y todos tres se hallaban en un brete.  
Las chicas, que tenían  
La clave, que una cifra oculta era,  
Viendo los garabatos se reían,  
Y las burlas crecían  
Formando una algazara verdadera.  
Osado me acerqué; (si á hacerlo vuelvo  
Que Dios no me socorra); ví el asunto;  
Y anhelando vengarme, digo al punto,  
Con áire de desdén: ¡yo lo resuelvo!  
Todos suspensos se quedaron.—¡Holal  
¿Con que V?... pues veamos, exclamaron;  
Y lápiz y papel facilitaron  
Y todos trás de mí formaron cola.  
Cogí aquellos; estaba mi decoro  
Allí comprometido, en lucha extrema;  
Mas, con papel y lápiz, fuí al problema,  
Cual con su espada el matador al toro.  
Lo plantée; desentrañé el revuelto  
Laberinto de incógnitas, y al cabo  
Sentí en mi corazón un sordo bravo,  
Y exclamé triunfador: ¡está resuelto!  
Comprobóse; lo estaba; aplausos miles  
Llenaron el salón; cobré mi fama,  
Y de sus ojos me inundó en la llama  
Una niña ideal de quince abriles.

## VI.

Era alta, bien formada, y algo seria;  
De ojos resgados, de mirada pura;  
Una hermosa criatura  
Perfecta unión de espíritu y materia.  
Hablabá con dulzura;  
Sin frívolo artificio ó coquetismo;

Parecía su acento de la altura  
Eco, cántico, nota de idealismo.  
Desde el momento mismo  
En que sus ojos, con mirada intensa,  
Se fijaron en mí, ya fué bastante  
Para adorarla con pasión inmensa;  
Yo encontraba en su sér y en su semblante  
Un ideal, que en forma se condensa.  
Comunmente se piensa  
Que eso del ideal es nombre vano;  
Que no persigue el corazón la pista  
De esos fingidos sueños del artista,  
Que rebasan la esfera de lo humano.  
¡Engaño soberano!  
Siempre la voz del ideal yo siento;  
Siempre bate sus alas por mi frente,  
Y de visiones mil puebla mi mente  
Y arrastra trás de sí mi pensamiento.  
Si yo el poder de Pygmalión tuviera,  
Como él, también hiciera  
De ese ideal la mágica escultura;  
Y aunque de mármol fuera,  
Fría, insensible, inanimada, dura,  
Con tal pasión la amase y tal térnura,  
Que al fin, del pedestal viva, saliera.  
Y algo se pareciera  
A aquella niña de sin par dulzura,  
Y mucho, mucho á tí, que mis anhelos  
Satisfaces, y cumples, y aún excedes,  
Y que, si ser una muger no puedes,  
Puedes ser un arcángel de los cielos.

## VII.

Pero hablando de aquella

Niña ideal cual tú, casi tan bella,  
Lo cierto es que adoróla el alma mía:  
Yo en ella te veía,  
Y así, celos tener no debes de ella;  
Como tampoco de las tres ó cuatro  
Cuyos amores ya contados llevo,  
Pues con ellos te pruebo  
Que, al preferirte á todas, te idolatro.  
La adoré; me hizo el alma una pavesa;  
Pero fué una pasión la mía extraña;  
Una pasión uraña;  
Un amor que consume y no se expresa.  
Por mirarla, en la mesa,  
De comer me olvidaba muchas veces;  
Y en su visión quedábame absorbido,  
Saltando distraído,  
Desde la sopa, al postre de las nuéces.  
Si salía á paseo,  
Aunque diese un rodeo  
De una legua, anhelante la buscaba,  
Y con ella los campos recorría;  
Y aunque de amor ardía,  
Nada de mis anhelos le contaba.  
Pasábamos el día  
Reunidos casi siempre, conversando  
De música y poesía;  
Sus bellas armonías escuchando,  
Al piano, que, en sus manos, parecía  
Un alma enamorada palpitando.  
Hablábamos de viajes,  
En otras ocasiones,  
Contando nuestras mútuas impresiones  
De ciudades, montañas y paisages.  
Teníamos iguales aficiones;  
Por las artes y ciencias igual culto;  
Hasta elegí una tarde yo, al par de ella,  
En el azul del cielo igual estrella;

Y no obstante, mi amor guardéle oculto:  
Digo, si es que el amor que no traduce  
Su fuégo con promesas ni con cartas,  
No dá de su exirtir señales hartas  
En la mirada ardiente que produce;  
En el hondo vacío, que la ausencia  
Del objeto querido causa impía;  
Y en la inmensa alegría  
Que del alma se irradia á su presencia.

## VIII.

En puridad, por culpa  
Mía, ni timidéz, no fué el mutismo;  
Hubo alguna disculpa:  
Mi pasión no la supe, ni yo mismo.  
Era tal su idealismo,  
Su pureza, su fina transparencia,  
Que solo sus efectos yo sentía;  
Y todo consistía  
En una singular efervescencia  
Del pecho; en extrañísima impaciencia,  
Y en contrastes de pena y de alegría.  
Solo al llegar el día  
De separarnos, ví lo que pasaba  
Dentro de mí; dejarla no podía;  
Con fuerza irresistible me arrastraba;  
Mas ya no tuvo tiempo el alma mía  
De expresarle el amor que me inflamaba.  
No pude verla más; desesperado  
Me he mesado mil veces los cabellos.  
Desde entonces, en lances como aquellos,  
Otro medio mejor tengo adoptado:  
Me siento algo inspirado

Por alguna beldad; pues al instante,  
Ya por adelantado,  
Le declaro el amor más fulminante:  
Y así, si es que despues resulta cierto  
Mi amor, no la conciencia me remuerde  
De habérmelo callado como un muerto;  
Y si me sale incierto,  
¡Qué diántrel por hablar nada se pierde.

## IX.

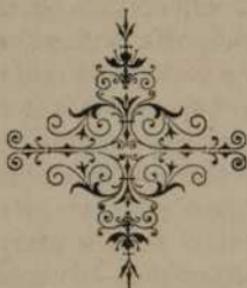
Dejé á Fortuna, cabizbajo y triste;  
Pasé por Múrcia, y parecióme oscura  
Esa ciudad amante del Segura,  
Que de frondas y flores se reviste.  
Se empeoró mi salud, y amenazada  
Por fatal desenlace, volví al cuido  
De mi amorosa casa sosegada,  
Para mi débil sér caliente nido.  
Doliente y consumido,  
Fuí cayendo en profundo abatimiento:  
No diré que mi voz era *un balido*,  
Mas sí que asemejábase á un lamento.  
Estaba desahuciado  
Ya por la ciencia humana; cada día  
Del mundo y de la luz me despedía,  
Como un reo á la muerte destinado;  
Y situación tan mísera y extrema,  
De un Doctor accediendo á los deseos,  
Hice el viaje á los bajos Pirineos,  
Que ha pintado mi pluma en otro poema;  
Viaje negro, nostálgico, angustioso,  
En que el mar borrascoso  
Pasé; y crucé mi pátria, en fratricida

Lucha entonces sumida;  
Y me asomé al paisaje esplendoroso  
De la vecina Francia, rica y fuerte;  
Y la vida sentí de sus montañas,  
Mientras llevaba, hundido en mis entrañas,  
El puñal alevoso de la muerte.

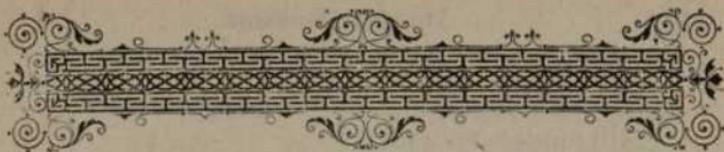
## X.

Une aquí ese poema de tristuras,  
Y tendrás el capítulo vacante  
Que dejo en este, por que ya es bastante  
Haber cantado allí mis aventuras.  
Mas, á sus amarguras  
Hay mucho que añadir, mucho por cierto.  
¡Cuánta entrañable amiga, cuánto amigo,  
De los que á esa excursión fueron conmigo,  
Del hado al golpe inexorable han muerto!  
Les ví pasar, heridos de igual suerte;  
Les estreché las manos;  
Les dí el nombre de hermanos,  
Y cayeron al antro de la muerte.  
¡Ayl sobre todas ellas,  
(Las amigas perdidas,) cuento una  
Que descollaba hermosa, cual la luna  
Resalta entre las múltiples estrellas.  
Arcángel celestial de blancas alas,  
No nació no, para pisar el suelo;  
Por error nada más cayó del suelo,  
Y á él ascendió, para ostentar sus galas.  
¡Oh! si existe la vida de la gloria,  
Ella, sin duda alguna, la disfruta;  
Dios, Sapiencia absoluta,  
Apartó el oro aquél, de aquesta escoria.

¡Ángel de luz, cuyo recuerdo evoco:  
Pues tu amistad al alma fué tan grata,  
De tu virtud y fé préstame un poco,  
En esta vida estéril é insensata;  
Tú aún alumbrarme en mi camino puedes;  
Yo tu apoyo reclamo y te bendigo;  
Soy el enfermo de antes, soy tu amigo;  
Acuérdate de mí, feliz Mercedes!







## CANTO OCTAVO.

---

### I.

Nunca un mal viene solo;  
Nunca una nube boga por el viento,  
Sin que, tras de ella, ciento  
Vayan á oscurecer el alto polo.  
Si es fuerza nos taladre  
El dolor, lo es también que este prosiga;  
Tras perder tanto amigo, tanta amiga,  
Me hallé sin la mejor: murió mi madre.  
Para pintar mi duelo todo es poco;  
Fuera insensato y loco  
A frases reducirlo; aquí tropieza  
Mi débil pluma, y mi impotencia toco:  
No hay expresión de la eternal belleza;  
Del supremo dolor no la hay tampoco.

### II.

La ciudad nos dejamos,  
Y al campo solitario nos partimos;  
Como asustados gamos,  
Nuestro deshecho hogar abandonamos,

Y otro refugio nuevo nos hicimos.  
Allí mudos vivimos  
Un invierno de noches seculares,  
En torno siempre de la roja tea;  
Debajo de la ahumada chimenea;  
Oyendo cuán silvaba en los cañares  
El ronco viento, con su voz lejana;  
Cómo sonaba el agua, recia o leve;  
Cómo caía la menuda nieve  
Por el alto cañon de la campana.  
Y estos sones inciertos,  
Voces de la campiña, parecían  
Quejas de seres muertos,  
Que, hasta aquellos desiertos,  
En rondas funerales nos seguían.

## III.

La vida de ultratumba  
Me ofreció su problema pavoroso,  
En aquel aislamiento tenebroso,  
A que llevé de libros gran balumba.  
Al ver cual se derrumba  
Un hogar, feneciendo un ser querido;  
Con la espantosa imagen de la muerte  
Presentándose siempre á mi sentido,  
Quise saber al fin, qué hay decidido,  
En conclusión, sobre la humana suerte.  
La cuestión era fuerte;  
Pero emprendí su estudio con constancia,  
Creyendo que los sabios de la tierra  
Estarían acordes; cuando en guerra  
Los hallé, y disputando con jactancia.  
Unos, en su arrogancia,  
Llamábanse doctores infalibles,

Y hablábanme de un Dios que ellos no entienden,  
De un alma, de otra vida que defienden,  
De destinos del sér incomprensibles.  
Otros, aunque falibles  
Se proclamaban, con audacia sería,  
Negaban ese Dios, uno y diverso,  
Haciendo nada más del Universo  
Que una inconsciente masa de materia;  
Y condenando el pensamiento humano,  
Secreción del cerebro solamente,  
Á disiparse en la materia ingente,  
Como en el áire azul el humo vano.  
Tras de estos, con distintas concepciones,  
Muchos venian, apoyados unos  
En la fé de arraigadas religiones,  
Los otros en científicas razones,  
Ó en argumentos graves ó importunos.  
¡Cuán varias opiniones!  
¡Qué distintos conceptos! ¡Cuánta impía  
Batalla! ¡Qué espantosas sinrazones!  
La torre de Babel no igualaría  
Con sus hondas y atroces confusiones,  
Á la que alza, del alma en las regiones,  
La arrogante y audaz Filosofía.

## IV.

Yo, con planta insegura,  
Pero con firme intento, llegué á ella;  
Muy pronto me envolvió su sombra oscura,  
Me perdí en su negrura,  
Y aún la luz en mi mente no destella,  
Mi fé, pálida estrella,  
No pudo resistir á sombra tanta;  
Mi razón libertóse, y no lo siento,

Mas sumido quedó mi pensamiento  
 En un caos de dudas, que aún me espanta (1).  
 Fé, Razón, muchas veces, meditando  
 Á mis solas, busqué vuestro consorcio;  
 ¡Ay! ¿por qué, en nuestra edad, vuestro divorcio  
 Tanta lucha tremenda está costando?  
 Fé, tu yugo es tan blando  
 Que el corazón amante se te entrega;  
 Tú eres virgen hermosa  
 Que, para hacer al alma muy dichosa,  
 No usas más que la venda que la ciega.  
 Y tú, Razón, ¿quién hay que te maldiga?  
 Eres hija de Dios, no infame hijastra,  
 Tu voz convence, tu poder arrastra,  
 Del bien y la verdad eres amiga:  
 Más, si es tu rica fuente lo infinito,  
 Y la divina lógica tu esencia,  
 ¿Por qué proclamas torpe tu impotencia,  
 Ó audaz de rebelión lanzas el grito?  
 ¡Ah, Fé y Razón, yo os abrigué en mi seno,  
 Queriendo uniros en abrazo ardiente,  
 Más ahogó á la paloma la serpiente,  
 E inculó en mi sangre su veneno;  
 Y desde entonces, el cadáver frío  
 De aquella estrecho, para darle vida,  
 Mientras aquesta permanece asida

---

(1) Cuando escribí este poema, y sobre todo estos pasajes no había fijado definitivamente mi criterio sobre las graves cuestiones filosófico-religiosas. Es cierto, como digo, que venía ocupándome con asiduidad y espíritu independiente en su estudio, pero no tenía opinión concreta, y bien lo revelan estos versos y todos los que siguen tratando del asunto, que no he querido modificar, al darlos á luz, para que, reflejando fielmente el estado anterior de mi pensamiento, sean la mejor justificación de que, al volver al seno de la Iglesia Católica, lo he hecho perfectamente guiado y persuadido de mi razón reflexiva.

Y apoderada del cerebro mío (1).

## V.

Yo, como Hamlet, en mi angustia extrema,  
Solo en mi estancia con el libro abierto,  
Conmigo hablando, meditaba incierto:  
*Sér ó no sér*; plantémos el problema.  
Y me decía: si la vida existe,  
Si llena el Universo dilatado,  
Desde el sol que de lumbre se reviste,  
Hasta el seno del mar inexplorado;  
Si á través de sus formas graduales  
Veo avanzar, á pasos silenciosos,  
Instintos misteriosos,  
Que son de la razón firmes umbrales;  
Si hallo, entre formas tales,  
Una más noble, que se eleva ufana,  
Donde aparece al fin la inteligencia,  
Que al progreso dá origen, y á la ciencia,  
Y á las conquistas de la raza humana;  
Si de esta forma los esfuerzos sigo,  
Y encuentro, cómo en su nivel subiendo,  
Vá la señora omnipotente siendo,  
Y hoy mismo de sus triunfos soy testigo;  
Y miro cual sobre la mar camina,  
Los istmos abre y el vapor sujeta,  
Abrevia las distancias del planeta,  
Y hace su esclavo al rayo que fulmina;

---

(1) Los conflictos de la fé y la razón constituyen una etapa del progreso humano; y no es raro que se plantearan en los senos de mi conciencia, en esa época de transición de la juventud á la virilidad. A la tésis de una fé ciega y cándida, por la que pasan los hombres niños, como los pueblos nacientes, sustituye ó se contrapone despues la antítesis de una razón soberbia y atrevida, que trata de escrutarlo todo; y solo más tarde viene la síntesis, como término progresivo, que combina esos dos elementos, y dá pasto más seguro y sustancioso al espíritu necesitado de verdades.

Si hallo dentro de mí, don tan bendito  
 Que me hace superior al fiero bruto,  
 Que, contingente, busco á lo absoluto,  
 Y limitado, aspiro á lo infinito;  
 Una de dos: ó mi destino pasa  
 Los límites estrechos de esta vida,  
 Donde es la esfera de mi acción escasa:  
 Ó el ánsia de lo eterno que me abrasa,  
 Es tan solo una burla fermentada (1).

## VI.

Burla nó, contestaba; no es posible,  
 Ni suponer un Dios inteligente,  
 Que dé tales anhelos á mi mente,  
 Para ofrecerle desengaño horrible;  
 Ni, si no existe Dios, y es la materia  
 La que los séres crea y los abisma,  
 Puede pensarse, como cosa séria,  
 Que esta pueda burlarse de sí misma (2).

(1) Aparte cierto sabor transformista de este párrafo, en que atribuye erróneamente á la razón un origen inferior, una naturaleza dependiente de la última y más perfecta evolución conocida de los instintos animales, el resto del argumento lo mantengo íntegro; y demuestra mi invencible convicción de la inmortalidad del espíritu, si bien, como se verá despues, mezclaba esto con algunas ideas panteistas, que me habia sugerido la lectura de los filósofos alemanes, singularmente de Hegel y de Schopenhauer.

(2) El argumento indicado en el párrafo anterior, y desarrollado en forma de dilema en este, es, á mi juicio, incontestable: ó hay un Dios infinitamente sabio y bueno, ó no le hay, y solo existen la materia y las fuerzas de la Naturaleza. Si le hay, no es posible que nos haya dado el deseo de la vida inmortal, para defraudarnos; si no le hay, tampoco cabe que materia y fuerzas se engañen á sí mismas, con estas quiméricas ambiciones. ¿De donde forjarlas entonces, ni como concebirlas? Sería lo mismo que si el agua pudiera tener capacidad para contrariar su nivel; el río para remontar su curso, y la piedra para eludir su centro de gravitación. El deseo debería estar en relación con la naturaleza; y de naturaleza y formas necesariamente mortales, no podría surgir el ansia de lo inmortal, que les sobrepuja.

Preciso es deducir, con más razones,  
Que no son nó, nuestros anhelos vanos....  
Mas al llegar aquí, nuevos arcanos  
Se abrian á mis graves reflexiones.  
¡Otra vida futura! pero ¿cómo?  
Preguntábame, ahondando en el problema;  
La vida, entre la forma, en el sistema  
Que rige al Universo, hace su asomo.  
Vida sin forma alguna es un fantasma,  
Una enteléquia, un sueño solamente.  
La vida en un espíritu inmanente,  
Es un concepto extraño que me pasma (1).  
Su forma el protoplasma  
Tiene, y la primer célula fibrosa;  
La vida necesita un organismo,  
Y lo tienen lo mismo  
El gusano, que la alta nebulosa.  
Vivir es, en lo humano,  
Sentir, pensar, querer; si se suprime  
El organismo, pretenderlo es vano.  
Como el que queda ciego en sombras gime,  
Y el que pierde el oído  
No percibe del mundo ya el sonido;  
El que, en muerto cerebro, no condensa  
La sensación, al pensamiento unida,

---

(1) El estudio de las ciencias naturales, sobre todo de la Zoogénia y de la Autropogénia, me condujo al error de hacer inseparable la vida de la organización de la materia. No concebía entonces un espíritu puro, independiente de ella, causa de la organización misma, y no efecto suyo; y á la verdad que este es uno de los puntos más oscuros y difíciles de la filosofía y de la Religión, y en que parecen reñir estas más tremenda batalla con la ciencia positiva. El criticismo Kantiano, aplicado, aunque con variantes, por Spencer al exámen de la materia y de la fuerza, me llevó á otro resultado diferente del que al principio deduje, y distinto del que el mismo Spencer se propone; e inclinándome del lado de la sustancialidad de la fuerza, y accidentalidad de la materia, resucitó en mí el muerto espiritualismo. De este modo hoy reconozco la realidad de la vida de espíritu como fuerza inmortal, desligado de la materia, que antes no me explicaba; y por ello debo estar agradecido al profundo positivista inglés, y al gran criticista alemán.

No es un humano sér; nó, ya no piensa;  
 Ya rompió los resortes de su vida.  
 ¿Qué otra desconocida  
 Existencia tendrá? ¿Tal vez alguna,  
 En que no haya emoción ni pensamiento,  
 Luz, ni calor, ni sensación ninguna?  
 Entonces esa vida es importuna;  
 No es la vida inmortal por lo que aliento.  
 Ó polvo, pues, que el viento  
 Arrastra, ó existencia omni-inconsciente (1);  
 Tal de nuestro destino es el dilema,  
 Con ansiedad extrema  
 Clamaba, golpeándome la frente;  
 Y el rostro triste, dolorido el pecho,  
 Con esta conclusión, que aún en mí zumba,  
 Muy tarde refugiábame en mi lecho,  
 Como quién busca asilo en una tumba.

## VIII.

La luz me despertaba; el claro día  
 Arrastraba del sol el áureo coche;  
 Ahuyentadas las-sombras de la noche,

---

(1) Quería yo decir en este punto que, rotos todos los órganos por donde la vida se manifiesta, ó esta desaparecía, ó el espíritu, bajo el supuesto de que tuviese realidad independiente del organismo, tenía que caer en la inconsciencia. La afirmación era gratuita, por que faltaba probar que le fuera absolutamente preciso el organismo para sentir, querer, pensar y conocer. Lejos de ello, numerosas experiencias fisiológicas demuestran que el espíritu, llámese así, ó fuerza vital, ó como se quiera, es el que, reobrando sobre el organismo, le dispone á sensaciones, imágenes y hasta representaciones conscientes, que no pasan por el conducto de los sentidos. Y en verdad aquí no hay más que dos términos: ó es la materia la que se halla dotada de sensibilidad, inteligencia y voluntad, ó lo es la fuerza espiritual: lo primero es absurdo; y aceptado lo segundo, no hay razón para negar á esa fuerza sus potencias, cualquiera que sea su estado.

Mostrábase risueña la alquería,  
Ya el viento no gemía  
Agitando con furia los cañares;  
Solo una débil áura, murmurando,  
Los inclinaba con su soplo blando,  
Meciendo los floridos olivares.  
Allá, de los hogares  
De la vecina villa el humo lento  
Subía en espiral, y la campana,  
Con vibración lejana,  
Su oración elevaba al firmamento,  
Llenando de contento  
Chozas, villas, y montes, y llanuras,  
El bosque, el soto, el vagaroso viento,  
Y el antro de mi mismo pensamiento,  
Aún poblado de imágenes oscuras.  
Entonces, mis tristuras  
Para olvidar, salía á las campiñas,  
Respiraba aquel áire oxigenado,  
De aromas saturado,  
Y de esencias de mostos de las viñas;  
Y con una escopeta y un perrillo,  
Única compañía en mis paseos,  
Después de mil paradas y rodeos,  
Subía á las ruinas de un castillo;  
Fortaleza, de fábrica morisca,  
Que ya á su pobre pueblo no defiende,  
Y que, en la cumbre sin vigor se tiende,  
Como un águila herida, en una risca.  
¡Ah! sobre aquellas ruinas asomado,  
Mirando el dilatado  
Campo feráz y cultivada vega,  
El raudal que la riega,  
Por un lecho de arenas, derramado,  
El espacio azulado,  
Los recortados y remotos montes,  
Las aldeas ocultas en sus faldas,

Los bosques de esmeraldas,  
 El mar y los extensos horizontes,  
 Yo escuchaba una voz, himno profundo,  
 Con que decían séres y criaturas:  
 ¡Cantemos al Señor de las alturas,  
 Que derramó sus dones por el mundo!  
 Y en la punta de aquel derrumbadero,  
 Adorando la alteza soberana,  
 Religioso quitábame el sombrero,  
 Y mezclando mi voz al Orbe entero,  
 Rezaba la oración de la mañana.

## VIII.

Entonces comprendía  
 La existencia del Dios omnipotente,  
 No cual suele la gente  
 Forjárselo en su torpe fantasía;  
 No cual la ciencia fría,  
 A veces lo concede; ó no lo niega;  
 Ni cual la Teología  
 A presentarlo entre misterios llega (1):  
 Cual lo busca y ansía  
 El espíritu sério y reflexivo,  
 El alma ardiente pero al par sensata:  
 Un Dios que no fulmina, que no mata,  
 Bueno, grande, amoroso, compasivo;  
 Alma del mundo, Inteligencia eterna,  
 Espíritu sin par del Universo,  
 Fuerza inmanente, interna,  
 Del Orbe, tan espléndido y diverso;

---

(1) Ocupados con las concepciones de la filosofía racionalista, desdeñe las de la Teología, creí enemigas estas dos ciencias hermanas, y solo más tarde he hallado los lazos de fraternidad que las ligan y las hacen inseparables.

Artífice que labra sin escoplo  
 La fábrica del mundo, no acabada;  
 Cuya mirada es luz, y á cuyo soplo  
 Vá girando la bóveda estrellada;  
 Vida de cuanto existe, suma esencia  
 De todo lo que es, será y ha sido;  
 Y que en todo revela su presencia:  
 En la planta con bella eflorescencia,  
 En el ave, con canto no aprendido,  
 En el bruto, con íntimo sentido,  
 Y en el hombre, con alta inteligencia (1).

## IX.

A ese Dios mi plegaria dirigía:  
 —Creo en tí, repetía,  
 Que dás vida á los valles y montañas,

(1) Un Dios alma del mundo, fuerza inmanente de él, vida de cuanto existe, y que se revela en todos los seres y en la inteligencia de la humanidad, es un Dios-Naturaleza, disfrazado con atavíos poéticos. Es el *yo* de Fichte, la *idea* de Hegel, la *voluntad* de Schopenhauer, el *inconsciente* de Hartmann, no el verdadero Dios. Y no me duele haber rectificado este concepto erróneo. Realmente, las maravillas de la creación, incluso la inteligencia humana, nos hablan de Dios; pero no son Dios mismo. Un Dios en evolución, desde el caos de la primera nebulosa hasta el desarrollo espléndido de los astros, desde el germen hasta el fruto, desde la célula al organismo complicado, desde lo insensible á lo sensible, y desde lo instintivo á lo racional, sería un Dios contradictorio y monstruoso; porque, encerrando en sí todas esas supremas potencias, no se explicaría el por que habría menester de esa evolución; para manifestarse; y le tendríamos á la vez omnipotente, y limitado en su acción; absoluto y contingente; eterno y temporal; insensible, á pesar de su sensibilidad; oscuro, no obstante su espléndido; inconsciente, en medio de su inteligencia; ciego, en su clarividencia absoluta; provido en su ignorancia. Ese Dios habría llegado en el hombre á su mas alta manifestacion, ó en el Estado, como Hegel pretende; y ¿para esto se habría sometido al largo proceso que viene sufriendo ab-eterno? ¡Capricho extravagante, si ello dependía de su voluntad, y dura ley si le estaba impuesto por necesidad indefectible! Pero en este último caso ¿quién le habría sometido á tal ley siquiera? ¿Algún otro ser superior? Pues entonces este era su Dios, su ordenador soberano. De donde resulta que el mismo panteísmo necesita un Dios anterior, que arregle las evoluciones y transformaciones del Dios naturaleza que imagina.

Frutos á la alquería,  
 Amor y santa paz á las cabañas;  
 Tú detienes las sañas  
 Del mar profundo, con arena leve;  
 Tú pones, de la tierra en las entrañas,  
 El volcán, y en las cúspides la nieve;  
 Por Tí todo se mueve;  
 Has trazado su curso á los planetas,  
 Distes su luz al sol, su voz al viento,  
 Su aroma y su color á las violetas,  
 Sus bordados de plata al firmamento.  
 Creo que es un momento  
 Lo eterno para tí; que estás presente  
 Siempre, y todo en el Orbe lo dispones;  
 Que átomos, soles, mundos, corazones,  
 Cumplen los altos planes de tu mente;  
 Creo que, indiferente  
 Y estéril no estuviste en el vacío;  
 Que, *ab eterno*, tu amor, tu inteligencia,  
 Quiso verter y derramar su esencia,  
 En creaciones que canta el labio mio (1)  
 Creo que el cáos frío  
 Se animó á tus miradas refulgentes;  
 Que á tu voz se incendiaron los espacios,  
 Y los soles alzaron sus palacios  
 Coronados de llamas esplendentes;  
 Que masas diferentes,  
 De sus centros caidas, y enfiadas;

---

(1) Que Dios vertiera ab-eterno su esencia en la creación, como puede verterse en una copa un espumoso líquido, es un concepto que encierra un doble error: por que, como queda dicho en la nota anterior nada justifica ante la razón la hipótesis de que Dios se sometiera á un desarrollo inorgánico y orgánico, mineral, vegetal y animal; y porque no se comprende como hiciera esto ab-eterno, cuando, si lo hubiera realizado así, habría coincidido siempre su existencia con la de la Naturaleza, y aún habría estado ligada á la de ella como lo estaría en la actualidad. Nuevo flaco panteísta de los armonismos Shellingiano y Krausista, de qué me hice eco en este pasage.

Formaron los hogares de los mundos,  
Con piélagos profundos,  
Y montañas inmensas levantadas;  
Que surgieron miradas  
De séres, en sus antros y regiones;  
Que tu fuerza, latiendo allí escondida,  
Hizo rodar las olas de la vida,  
En rítmicas soberbias ascensiones;  
Que quisiste mostrar tu omnipotencia  
Condensando tu vida en mil criaturas (1),  
Y formaste á tu imágen las mas puras,  
Escondiendo en su sér tu inteligencia (2);  
Y estas fueron la raza destinada  
Al progreso moral, raza sublime,  
Que de esa sola facultad armada,  
Lucha, se esfuerza, desfallece, gime,  
Duda, cae; mas nunca se anonada,  
Sino que cada vez más alentada,  
De esclavitud y sombras se redime.  
Creo que en ella imprime  
Tu sabia mano, luminosa huella;  
Que marcas en los tiempos su camino;  
Que la Historia es un círculo divino  
Donde en ancha espiral, asciende aquella;  
Que no importa que el hombre, este gusano,  
De luz, muera, una vez su forma rota,  
Como no importa, en suma, que la gota  
Se deshaga al caer al Océano;  
Mas que dura la esencia de su vida;

(1) ¡No! creándolas. ¿A quién iba á mostrar su poder, si era Él mismo el que, segun mi frase, condensaba su personalidad en las criaturas? Creólas distintas de Sí, y por ello estas le pueden admirar y reverenciar, como séres aparte, aunque dependientes de Él: cosa que no sucedería, si fueran particulas ó concreciones de Él mismo.

(2) Tampoco es esto exacto. Si Dios hizo al hombre á su imágen, no le hizo de sí mismo, ni escondió en él su inteligencia; sino que le hizo parecido á Sí, en su inteligencia como en sus demás facultades.

Que su espíritu es átomo del tuyo;  
 Que á tí vá, como corre con murmullo  
 El arroyo á la mar embravecida;  
 Que sólo el *yo* egoísta es el que acaba (1),  
 Sin que deje, magnífica, por eso,  
 De proseguir la vida su proceso,  
 De sombras cada vez menos esclava.  
 Creo ¡oh Dios! que tu espíritu nos llena,  
 Y vá lento inspirando nuestra mente;  
 Que de él nace la ciencia refulgente,  
 Por él rompe el esclavo su cadena;  
 Que si aún la humanidad ciega se agita,  
 Entre luchas, errores y crueldades,  
 Tras estas turbadísimas edades,  
 Verá al cabo brillar tu luz bendita;  
 Y acabará la fratricida guerra,  
 Se inclinará la fuerza ante el derecho,  
 La libertad humana será un hecho,  
 Y no hollarán más déspotas la tierra.  
 Creo que en tus designios soberanos  
 Entra que el hombre la verdad conquiste (2);  
 Que Tú se la darás, como le diste  
 Los continentes y anchos Oceanos;  
 Que tal vez esta humanidad, bosquejo  
 Es de otra de más vida y energía (3);  
 Que el planeta es muy joven todavía;

(1) Consecuencia de la falsa idea panteísta que tenía de Dios, era mi creencia en la inmortalidad del espíritu universal, combinada con la mortalidad del *yo* individual. Concibiendo al ser creado como una *individuación* del ser increado, rota la forma, la individualidad tenía que desaparecer; pero ya he indicado lo insostenible de tal afirmación.

(2) Ciertamente en estos y en los dos versos siguientes hay un relámpago de verdad, cuya luz no se me ocultó. Ellos dan á entender la necesidad de la divina Revelación, y me complazco en consignarlo.

(3) Aferrado á las ideas evolucionistas, no me conformaba con que la humanidad presente fuera la última y definitiva expresión del desarrollo divino; é indicaba la posibilidad de seres más perfectos que el hombre, de una humanidad superior; grave acusación también contra el panteísmo, que solo nos dá por resultado de todos los procesos de Dios, una humanidad haca, torpe y llena de corrupciones.

Mas que, si acaso pronto llega á viejo,  
 Si el hielo invade sus regiones yertas,  
 Y el sol le niega su calor fecundo,  
 Su alma gigante buscará otro mundo,  
 Ó de otros soles llamará á las puertas (1):  
 Y así sus obras seguirá ferviente;  
 Y poblará mil mundos, no uno estrecho;  
 Y verás tus creaciones satisfecho;  
 Y astros y soles doblarán su frente.  
 Creo que yo no miraré este día;  
 Yo en mi ilosoria eternidad no fio,  
 Mas trabajar para tu plan ansío  
 Aunque se extinga la persona mía.  
 Gustoso acepto mi modesta suerte;  
 Aunque no hayas querido hacerme eterno,  
 Tu ley acato; el cielo y el infierno,  
 No me mueven mi Dios para quererte.  
 Y si me engaño, si inmortal yo fuera,  
 Sin mérito que á tanto me llevara;  
 Si existiese un infierno y gloria hubiera,  
 Lo mismo que te quiero te quisiera,  
 Lo mismo que te acato te acatara (2).

(1) Segun mi concepción, no pararía en los planetas el florecimiento vital; continuaria en todos los mundos y soles del espacio. La vida, apareciendo en las extremidades de los sistemas planetarios, iría, retirándose á los centros; pero esto habria de tener fin. A los yertos satélites, sucederian los planetas muertos tambien, y los soles apagados, y las humanidades desaparecidas de estos igualmente, y en fin todos los astros vacíos de vida, despues de sus evoluciones agotadas. ¿Y qué sucederia entonces? Que habria fallecido ese Dios-Naturaleza, ni más ni ménos que si fuera un gigantesco individuo; consecuencia irrefragable del panteísmo que, pretendiendo hacer una Naturaleza eterna, nos dá un Dios precedero.

(2) Inseguro de la certeza de mis ideas sobre Dios, el alma y la vida futura, me amparaba á las declaraciones de los místicos. No era yo un sectario terco y persistente del error, sino un pensador de buena fe, que buscaba la verdad, con ánimo desinteresado. Regresando al seno del Catolicismo, se ha cumplido en mí la promesa: «quien busca hallará.» Es cierto que de él salí y que no he hecho sino volver al mismo punto; pero no ha sido para mí inútil este viage á través de los desolados campos de la incrédula Filosofía, esta peregrinación entre las ruinas de sus sistemas antiguos, y las sombras de su modernas lucubraciones. ¡Ojalá que todos sacasen igual provecho!

## X.

Al acabar esta oración sencilla,  
Alzaba la rodilla,  
Que solo al Dios del Universo humillo;  
Cubría mudo mi ardorosa frente,  
Y bajando por la áspera pendiente,  
Dejaba las ruinas del castillo.  
Si acaso á un pastorcillo  
Encontraba, al pasar, entre las riscas,  
Le saludaba afable, contemplando  
Su balador rebaño, que trepando  
Iba con él, por peñas tan ariscas.  
Si hallaba en mi camino  
A un pobre campesino,  
Departíamos ambos, sin ambages,  
Como amigos y hermanos verdaderos;  
Y si, al seguir ya solo los senderos,  
Buscando de mi quinta los parages,  
Las palomas salvages  
Salían por el aire, en ráudo giro,  
Vencido el cazador por el poeta,  
¡Vivid! decía, y en lugar de un tiro,  
Exhalaba un suspiro,  
Manteniendo inactiva mi escopeta.

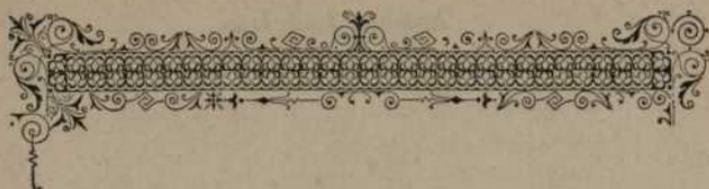
## XI.

Así mi peculiar filosofía  
Formé, en estas campestres excursiones,  
Mezcla de religión, y de poesía,  
De lirismos y vagas reflexiones;

Y cuando me preguntan quién ha sido  
Quién tan raras ideas me ha imbuido;  
En qué libro aprendí, y con qué maestro,  
Señalo al sol, alzándose encendido,  
Designo en derredor el mundo nuestro,  
Y allá, si se divisa, también nuestro  
Las moles del castillo derruido.  
Dispersa mi familia, ya sin lares,  
Adquirí esos lugares,  
Por recuerdo no más de aquellos días;  
Y aún en las noches de Diciembre frías,  
Voy á escuchar el viento en los cañares;  
Aún corro por aquellas alquerías,  
Y paseo, cazando, aquellos montes;  
La luz bebo en sus anchos horizontes,  
Me encaramo á esas riscas tan bravías;  
Piadoso me arrodillo  
Sobre los lienzos rotos del castillo;  
Y al descender por las pendientes lomas,  
Los rebaños contemplo en los alcores,  
Deporto con labriegos y pastores,  
Y perdono la vida á las palomas.







## CANTO NOVENO.

---

### I.

Los dos años siguientes  
A cosas dediqué de mas provecho;  
Cultivé la Elocuencia y el Derecho,  
Y otros graves estudios diferentes.  
Aficiones ardientes  
En mí nacieron por aquella ciencia;  
Yo la saboreaba con delicia,  
Pues ya soñé, en mi tierna adolescencia,  
En sacerdote ser de la justicia;  
Por causas mil, de comprensión bien óbvia,  
Y entre ellas, quiero amigo que lo notes,  
Por permitirse á tales sacerdotes  
El requebrar, casarse y tener novia.

### II.

Volví de nuevo á la gentil Granada,  
Cicatrizada en mi salud la herida;  
Con el alma de sueños impregnada,  
Y en el período de mi edad florida.  
¡Oh ciudad seductora y encantada!

¡Oh hermosa juventud! ¡Oh nueva vida!  
Tantas delicias y recuerdo tanto  
Arrancan á mis ojos dulce llanto.  
No eché de menos mi Sevilla ardiente,  
Sus amoríos y nocturnas rondas,  
Su claro cielo, su vergel riente,  
Su rico Betis, de azuladas ondas;  
Granada, con sus flores y su ambiente,  
Su esbelta Alhambra de arabescas blondas,  
Llenó con mucho el lóbrego vacío  
Que dejara Sevilla al pecho mío.

## III.

Ya, combinando el necesario estudio  
Con el deleite y la expansión del alma,  
Dí á mis clases libelo de repudio,  
Y en los bosques en calma,  
Á las orillas del Genil risueño,  
Con mis libros de leyes bajo el brazo,  
Pasaba el día hermoso y halagüeño,  
Mientras la fuente convidaba al sueño,  
Y el césped me brindaba su regazo.  
¡Cuántas veces, allí, en el mediodía,  
Á la sombra de frescas arboledas,  
Oyendo el agua, que al huir fingía  
Suspiros dulces, y palabras ledas,  
Suspendiendo á intervalos mis lecturas,  
Miraba el bello panorama vario,  
Y bajaba hácia mí, de las alturas,  
La Poesía, ese arcángel de alas puras,  
Amor del estudiante visionario!  
¡Cuántas veces, plegado y recogido,  
Fijando en mi memoria algun pasage,  
Llegaba al torreón que, derruido,

Hablaba á mi sentido  
Un idílico, ú épico lenguaje!  
Muchas, en un parage  
De esos que busca el inspirado artista,  
Por azar encontrándome, admiraba  
La cascada imprevista,  
La rústica casita que asomaba,  
Ó el lago que formaba  
Un espejo clarísimo, á mi vista.  
Así se entrelazaba  
En mi alma á la idea el sentimiento;  
Así logré formar mi inteligencia,  
Como un bello palacio sin cimiento,  
Con un poco de ciencia,  
Y un mucho de castillos en el viento.

## IV.

Cuando del sol el curso  
Tocaba en el Ocaso, yo corría  
Á la Alhambra sombría,  
Á ensayar mi lección ó mi discurso.  
Las casas, cual verjeles,  
Ostentaban sus tiestos de claveles,  
En azoteas de labor moruna;  
El ruiñeñor cantaba sus canciones;  
Se abrían los balcones,  
Y despuntaba la menguante luna.  
Los altos murallones  
De las *Torres bermejas*, reflejaban  
Del sol poniente el amarillo rayo;  
Las fuentes en las frondas murmuraban,  
Las hojas susurraban  
Mecidas por los céfiros de Mayo.

Entonces, cual ginete  
Que al caballo las riendas abandona,  
Extático subía por la cuesta  
De Gomelez, orlada de mil flores,  
Y absorto en mis empeños seductores,  
Me emboscaba y perdía en la floresta.  
Entonces conversaba  
Con los genios ocultos en las fuentes,  
Las antiguas edades evocaba,  
Sus ruinas paseaba,  
Cantaba á sus espíritus dolientes.  
Moráima encantadora,  
Aixa cruel, Boabdil desesperado,  
Surgían á mi vista soñadora,  
Del árabe palacio, que atesora  
La historia y las leyendas del pasado;  
Y henchido de fantásticas quimeras,  
De visiones mi espíritu repleto,  
Entrada ya la noche por completo,  
Descendía por ásperas laderas.

## V.

Otras veces, en esas olorosas  
Tardes mismas, entraba en las Angustias,  
Iglesia de labores primorosas,  
Cuyas aras adórnanse de rosas,  
De blancos lirios, y azucenas mustias.  
Allí, á la hora en que la luz declina,  
Y en que el espacio á ennegrecerse empieza,  
Se junta, postra, y fervorosa reza,  
La sociedad piadosa granadina.  
Angustiada y divina,  
Hay una Virgen que á su pueblo atiende:  
Muerto tiene á Jesús en su regazo;

Sin luz los ojos, decaído el brazo,  
La herida abierta, que el costado ofende.  
Y ante esa imagen, celestial y triste,  
Que régio manto viste,  
Y que se ostenta en camarín dorado,  
El pueblo, prosternado,  
Eleva su plegaria, convencido  
De que su Virgen la dirá al oído  
De su muerto Jesús idolatrado.  
En ese templo bello  
Escogía un pilar; bajo su arcada,  
Mi cabeza apoyada,  
De los dudosos vidrios al destello,  
Bebía en todo aquello  
La poesía, el sublime misticismo,  
La devoción, la idea religiosa,  
Que en el alma piadosa  
Vierte, como un licor, el Cristianismo.  
Una imagen hermosa,  
Un ángel celestial, arrodillado,  
Iba, bajo otra arcada, á alzar sus preces;  
Sus manos, de marfil pulimentado,  
Sostenían un libro nacarado;  
Su rostro, de divinas palideces,  
Ojos tristes y azules ostentaba;  
Y en el rubio cabello que, entre el velo,  
Como cascada de oro, desbordaba,  
Un rayo del crepúsculo brillaba,  
Como caricia paternal del cielo.  
Nó, yo no profanaba  
El templo aquél, con mundanal idea,  
Cuando aquella visión, que me absorbía,  
Alzaba mi alma pía  
Al sumo Dios, que la belleza crea.  
Cada cual la oración hace á su estilo:  
El sacerdote, ante la forma santa;  
El marino, ante el piélago tranquilo,

Y el cielo que en la noche se brillanta;  
Ante la ciencia y la verdad, el sabio;  
El artista ante el cuadro ó la escultura,  
Y el poeta también, con mudo lábio  
Ante todo prodigio de hermosura.  
En todo brilla Dios, y en esos séres  
Angélicos, seráficos y hermosos,  
Que, por no tener alas, son mugeres,  
Aún radia, con fulgores mas grandiosos.  
Á los cantos del órgano inspirado,  
Entre incienso, que en nubes se dilata,  
Contemplando aquel ángel prosternado,  
Quedaba transportado  
Á la mansión de los querubes, grata.  
Los rezos concluían,  
El sacristán dejaba el templo á oscuras,  
Las sombras de los arcos descogían  
Sus flotantes y negras colgaduras;  
Los fleles en hileras desfilaban,  
Cual procesión de espectros vagorosos;  
Los santos dormitaban  
En sus altos retablos silenciosos;  
Y yo allí, anonadado en lo infinito,  
Fijo en mi dulce imagen, ya engañosa,  
Pues ya también su sombra vaporosa  
Dejado había su sitial bendito;  
Aún quedaba en la iglesia tenebrosa,  
Inmóvil, como estatua de granito.

## VI.

Aquel místico amor, á una plegaria  
Perpétua semejante, fué el mas puro:  
No seguí á aquella vírgen solitaria,  
No me enteré quién era; lo aseguro.

De la iglesia en lo oscuro,  
Allí, de vez en cuando, la veía.  
¿Qué importaba á mi espíritu quien fuera?  
Hermosa encarnación de mi quimera,  
Me la apropiaba, la juzgaba mía;  
Tomaba posesión de sus encantos  
Con mi vista interior y mi memoria,  
Cual toman de los cielos y la gloria  
Posesión, con su espíritu, los santos;  
Y no me preocupaba si ella misma  
Correspondía á mi sublime anhelo,  
Cual no piensa el pintor, que pinta el cielo,  
Si él responde al encanto en que le abisma.  
Una tarde de Agosto, refulgente,  
En un paseo por la Alhambra bella,  
Creí de nuevo la visión aquella  
Mirar, en una torre, al sol poniente.  
Brillaba sí, su cabellera rubia,  
Que en largas trenzas por detrás rodaba,  
Cual dos arroyos de dorada lluvia;  
Los ojos azulados engarzaba  
En el espacio de confín lejano,  
Y en aquellas poéticas ruinas  
Del deshecho poder del mahometano,  
Como un genio cristiano,  
Se alzaba ante las vegas granadinas.  
¡Ilusión celestial, yo nunca pierdo  
La memoria de tí; yo no he sabido  
Ni tu sér ni tu nombre; mas fué cuerdo,  
Amándote, no haberte perseguido;  
Me has dejado un poético recuerdo,  
Que hubiera lo real descolorido;  
Así tu imagen ante mí destella,  
Con el fulgor eterno de una estrella!

## VII.

Mezclando, pues, tareas de estudiante  
Con sueños y románticos amores,  
Pasé el tiempo gozoso y delirante,  
En la ciudad brillante  
De los bosques, las fuentes y las flores.  
Tomé mi investidura de abogado  
Joven; apenas me apuntaba el bozo.  
¡Qué día de alborozo  
Fué para mí aquel día deseado!  
Con otros compañeros  
Como yo, licenciados de las áulas,  
Corrimos por los prados placenteros,  
Aspirando la luz, como jilgueros  
Para siempre escapados de sus jáulas.  
Eran ¡ohl los primeros  
Anuncios de la rica primavera;  
Verdeaban al lejos las campiñas,  
De brotes adornábanse las viñas,  
Trepaba al paredón la enredadera;  
Mostraban sus doseles  
Los bosques de la Alhambra, quejumbrosos,  
Henchidos de rumores cadenciosos,  
Y de esencias de nardos y claveles,  
Y en sus altos hoteles,  
Que surgen entre frondas y entre flores,  
Cual mansiones de genios soberanos,  
Mezclaban sus acordes los pianos,  
Las fuentes, y los pardos ruisseñores.  
La gira fué completa;  
Almorzamos muy bien en *Siete suelos*,  
Al murmullo feliz de los riachuelos,  
Y al son de la morisca pandereta.

Con pomos de violeta  
Adornamos allí nuestros ojales;  
Y el champagne, derramándose en las copas,  
Nos bautizó las ropas,  
Y corrió por las mesas á raudales.  
Por ver nuestra algazara,  
No faltó en el hotel cierta extranjera,  
Una inglesa hechicera,  
Que al balcón asomó su linda cara;  
Ni otra española, de ojos tan traviosos,  
De tal perfil, y tan gentil donaire,  
Que mereció mas hurras y mas besos  
Que pájaros volaban por el aire.  
Colgamos de las ramas  
Columpios, y en la siesta nos mecíamos;  
Los rincones del bosque recorrimos,  
Desenredando yedras y retamas;  
Inscripciones pusimos  
En los robustos troncos corpulentos,  
Para hacer inmortal nuestra memoria;  
Y al declinar el sol á pasos lentos,  
Dedicamos tambien gratos momentos  
Á una visión, trasunto de la gloria;  
Á esa visión sublime de Granada,  
Que allá, desde la torre de la Vela,  
De palomas parece una bandada,  
De la colina en torno reclinada,  
Bajo la fronda que su sueño vela;  
Mientras la sombra vuela  
Por el valle cubierto de avellanos,  
Y vá enturbiando el Darro, que murmura,  
Y confunde los términos lejanos,  
Y hace una masa general, oscura,  
De los pueblos, los montes y los llanos.

## VIII.

Con la luz se acabó nuestro retozo.  
¡Cuán poco dura el gozo!  
La noche disipó nuestra alegría,  
Y por negros senderos,  
Bajaron, místios ya, mis compañeros,  
Á la ciudad que en el abismo hervía.  
Un algo me atraía,  
No obstante, en la selvática espesura;  
Y solo me quedé, en su fronda sola,  
No sé si por gozar de la hermosura  
De la noche y del sitio, ó la figura  
Por perseguir allí de la española.  
Andando á la ventura,  
Llevado de quiméricos afanes,  
Junto á la obra imperial de Cárlos quinto  
Pasé, viendo sus piedras, cual titanes,  
Y topé con el *Patio de Arrayanes*,  
Del *Arabe palacio* en el recinto.  
Crucé sus galerías  
De paredes caladas,  
En columnas de mármol sustentadas,  
Y me interné, extasiado, en sus crugías,  
Sus bóvedas sombrías,  
Sus estancias magníficas labradas,  
Parecian encages de las hadas,  
Dulces, petrificadas melodías.  
El *Patio de Leones*  
Allí ostentaba su marmórea fuente;  
La *Sala de Justicia* sus blasones,  
Y la de *Abencerrajes* sus visiones,  
Vértiendo en el umbral, sangre inocente;  
En estancia más baja

Estaba el *Mirador de Lindaraja*  
Con su agiméz abierto,  
Sobre el pequeño huerto,  
En que el azahar de los naranjos cuaja;  
De la sultana allá, los *Miradores*,  
Trás largos corredores,  
Abrían sus ventanas aromosas;  
Y cerca, con su techo de primores,  
El soberbio *Salón de embajadores*  
Ostentaba sus vistas suntuosas.  
Todo lo paseé, y allí inspirado,  
En un éxtasis mágico y profundo,  
De las quimeras me creí en el mundo,  
Y evoqué mi ideal fantaseado;  
Cuya figura, entre la sombra espesa,  
Rodeada de pálida aureola,  
Se parecía en parte á la española,  
Y en parte, al par, á la divina inglesa;  
Tanto que, abandonando, en mis anhelos,  
La sala de arabescos y de encages,  
Llegué, por entre cuevas de follages,  
Al pié del torreón de *Siete suelos*;  
Al jardín de azucenas y alelís,  
Que hay entre él y el hotel del mismo nombre,  
Buscando nada más ¡flaquezas de hombre!  
Ver allá en el balcón mis dos hurfes.

## IX

Era la hora de rondas oportuna,  
El sitio romanesco; reposaba  
Todo en torno, y misterio le prestaba  
A mi acecho, la ausencia de la luna.  
Apoyado en la fábrica moruna,  
Yo á las ventanas del hotel miraba,

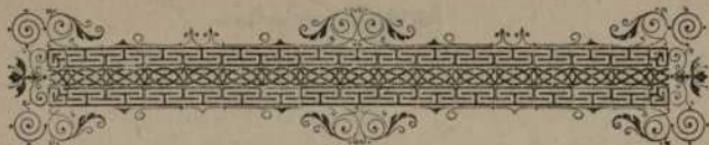
Cuando ví que á una de ellas asomaba  
Un sér, una muger, sin duda alguna.  
No pude distinguirla entre lo oscuro,  
Mas no en mi empresa desmayé por eso;  
La aventura causábame embeleso,  
Y deslíceme lento por el muro.  
¡Es ella! me decía, estoy seguro;  
La española, la linda malagueña,  
Con su busto de pálido alabastro;  
Está esperando de la noche el astro;  
Busca amor en la sombra; cual yo sueña.  
Propicia es la ocasión; cuando en la oscura  
Noche, alguna muger busca consuelo,  
Y se absorbe y suspira y mira al cielo,  
Esa es para el amor fruta madura:  
Esa ya á punto está de caramelo.  
Así que, sin recelo,  
De repente salí de mi escondrijo,  
Y hablando á aquella sombra seductora,  
Allí le relaté mi amor prolijo,  
De mi pasión traté mas de una hora;  
Pero al decirle:—Respondedme ahora;  
Con estrañeza hallé que nada dijo:  
É iba á llamarle pecho de guijarro,  
Impía, desdeñosa é inhumana,  
Cuando allí, en la enigmática ventana,  
Brilló la luz siniestra de un cigarro.  
¡Oh, decepción! como si de agua un jarro  
Vertido hubieran, me quedé perplejo;  
¡Era un inglés, trasnochador y viejo,  
El bulto aquél! Lo mato, si lo agarro.  
La Alhambra, pues, dejé con sus visiones,  
Y aún del champágne mi mente saturada,  
No digo que bajé, rodé á Granada,  
Por cuevas y arruinados torreones.

## X.

Dí á la ciudad mi adios, al otro día.  
Cuenta la fama, que el postrer rey moro  
Vertió, al abandonarla, triste lloro;  
Y yo digo que sí; que lloraría.  
No hay un alma tan fría  
Que en ocasión igual no se conmueva.  
De allí nadie su espíritu se lleva;  
Quien se vá se lo deja todavía:  
Y al alejarse, ya no es un viviente  
De un cuerpo y de un espíritu formado;  
Es un sér de su esencia separado;  
Es un cuerpo sin alma, solamente.  
Yo adoro, con ardiente  
Amor, á mi Almería, en que he nacido;  
Yo no quiero olvidar su amado suelo;  
Quiero mirar la lumbre de su cielo,  
Su blanca imagen, y su mar dormido.  
Es para mí su pálida belleza  
La de una tierna madre idolatrada,  
Y restaurar quisiera su grandeza,  
Haciendo que elevara su cabeza,  
Del abismo en que yace aletargada.  
Mas Granada ¡oh! Granada  
Pasión me inspira de fogoso amante,  
Porqué, cual puede, á una muger querida,  
Amar, sin olvidarla en un instante,  
Viviendo solo de su propia vida;  
Amo así la poesía, amo lo bello,  
Las artes, las leyendas, y la historia;  
Y Granada condensa todo aquello,  
En su imagen de fúlgido destello,  
Que circundan los rayos de la gloria.







## CANTO DÉCIMO.

---

### I.

Veinte años no cumplidos;  
Mi anhelo de escolar ya realizado;  
Mi salud restaurada; destruidos  
Los miedos y nostalgias del pasado;  
Mi cerebro halagado  
Por ensueños de plácida dulzura;  
Imágenes de amor, cantando en torno;  
Fantasías de gloria y de ventura,  
Versos, literatura,  
Y un poco de oratoria por adorno;  
¿Qué más necesitaba  
Para alcanzar la dicha apetecida,  
Y realizar las ansias de mi vida?  
A las puertas de Roma me encontraba,  
Y ya creí triunfante, á paso llano,  
Bajo el arco soberbio de Trajano  
Entrar, para escalar el Capitólio,  
Cuando en Madrid, al penetrar ufano,  
Hospedage tomé en hotel mediano,  
Y de un piso tercero hice mi sólio.

## II.

Desde el alto balcón, por vez primera,  
Contemplando á mis plantas apiñada  
La ciudad agitada,  
Que lanza sus rumores á la esfera;  
Persiguiendo el gentío,  
Que vá por las arterias de sus vías;  
Viendo pasar sus coches y tranvías;  
Oyendo su perenne vocerío,  
Que llegaba hasta mí como un arrullo;  
Un maléfico génio, con el dedo  
Señalaba ese emporio del orgullo,  
Del oro y del poder, diciendo quedo  
É insidioso á mi oído: «¡Todo es tuyo!»

## III.

Corrí al día siguiente,  
Á tomar posesión de mi corona;  
Me aventuré á las calles; más la gente  
Pasaba indiferente,  
Sin poner atención en mi persona.  
Los coches no paraban  
Ante mi noble magestad severa,  
Y sobre mí avanzaban,  
Si no buscaba asilo en una acera;  
Los tranvías mi trage salpicaban,  
De las regadas calles con el lodo;  
Los diversos ruidos me aturdian;  
Al pasar las mujeres, no atendian  
Á mis frases de amor, de ningun modo.

Los palacios cercados  
De jardines, no abríanme sus puertas;  
Los landós, con lacayos estirados,  
Cruzaban, arrastrando arrebatados  
Bellezas vivas, y virtudes muertas.  
Un simón me llevó á la Castellana,  
Y hallé cuán era vana  
Mi ilusión, pues revuelto y confundido  
Allí pasé, cual átomo perdido,  
Como arista en la selva más lozana.  
Airado, enfurecido,  
Me encaminé al Retiro; allí emboscado,  
En mis propios delirios abstraído,  
Mi reino perseguido  
Tendría, en soledad, asegurado.  
Reinaría allí solo en mis quimeras;  
Más, andando y pensando de este modo,  
Por acaso me entré, como un beodo,  
En la casa de fieras;  
Y pasando revista á aquella grey,  
Hasta el león llegué, que dió un rugido,  
Como gritando fiero: «So atrevido,  
Atrás, en este parque soy yo el rey.»  
Con lo cual, y volviéndome la cola  
Con desdén, me dejó como una pieza,  
Dispensándome al par la gracia sola,  
Que con todos hacía su realeza.

## VI.

Volví á mi cuarto tarde y abatido,  
Cansado de mi inútil correría.  
Desperté al otro día;  
Desde el balcón, mi sitio preferido,  
Miré de nuevo el brillo refulgente

De la espléndida villa coronada...  
 Rodaba en oleada,  
 Por las calles, el pueblo indiferente;  
 El claro sol naciente,  
 Arriba las boardillas fronterizas  
 Doraba, de su luz al puro rayo;  
 En sus tiestos, salían del desmayo  
 Las encarnadas clavellinas rizas;  
 Y á este raro contraste, que formaba  
 La ciudad con sus gritos y rumores,  
 La plácida Natura con sus flôres,  
 Y su luz matinal que reflejaba,  
 Mi mente fluctuaba,  
 Pues la voz del abismo me absorbía,  
 Y me arrastraba al ardoroso foco,  
 Mientras el claro cielo, el puro día,  
 La flor que se entebria,  
 Y el jilguero, gritaban: «¡locol ¡locol!»

## V.

Mas no los escuché; no era tan fácil  
 Renunciar á mi empeño, sin más lucha;  
 ¿Quién se para á atender, ni quién escucha  
 La ténue voz del vientecillo grácil?  
 Aún esperanza mucha  
 Quedaba que apurar; en mi carpeta  
 Tenía medios mil de ser notorio,  
 Como lo fué el creador del Juan Tenorio:  
 Yo era un nuevo escritor, era un poeta.  
 Esta aptitud secreta  
 Podría revelarse en un momento,  
 Atraer la atención, alzar mi nombre,  
 Dar-me lustre, renombre,  
 Y difundir mi fama por el viento.

Con este pensamiento,  
Ordené mis poesías en un rollo,  
Y me lancé á la calle en el instante,  
Como nave flotante,  
Que no piensa encontrar ningun escollo.  
Pronto me ví delante  
De un editor, señor de cara seca.  
—¿Qué se os ofrece? preguntóme adusto;  
La pretensión le formulé á mi gusto,  
Me miró de soslayo, hizo una mueca,  
Y luego con voz hueca  
Me respondió.—No puedo; usted no entiende  
De estos negocios, joven; la poesía  
Es una mercancía  
Que, por tanto abundar, ya no se vende.  
¡Mercancía! Aún ofende  
Mis oídos lo inícuo de la frase;  
Salí sin replicar, enrojecido  
De vergüenza y furor; aunque llegase  
De hambre á morir y frío; y, aterido,  
Lumbre necesitara, antes quemase  
Mis papeles, que ver envilecido  
El pobre fruto de la mente mía,  
Y trocado en humilde mercenario,  
En manos de un sicario  
Que pudiera llamarle mercancía.

## VI.

Este segundo intento  
Frustrado, me causó gran desaliento.  
No pude el sueño conciliar, pensando  
En la fatal palabra, que, zumbando  
Toda la noche estuvo en mi aposento.  
Estrujaba violento,

En mis nerviosas manos, la almohada,  
Como si fuera el editor caído  
En mis uñas allí; y á la alborada,  
Quedéme al fin exánime y rendido,  
Cual, trás la lucha, el gladiador caído  
Sobre la muerta fiera destrozada.  
Pero torné al combate, como un rayo;  
Quise plaza tomar en esa esfera,  
Donde la ardiente juventud que espera,  
Hace sus escarceos y su ensayo:  
Conocí por doquiera  
Escritores, y músicos y artistas;  
Oí el primer apláuso de mis versos,  
Y aún fragmentos diversos,  
Se insertaron en diarios y revistas;  
Cuando nn nuevo episodio, inconcebible,  
Me hizo retroceder en mi camino,  
Y á ocasionarme vino,  
Terror, piedad, y desengaño horrible.

## VII.

Era un día en que un vate, el gran Zorrilla,  
Volvió á Madrid, dejando tierra extraña;  
Buscó su antiguo hogar, su vieja España,  
Y entró, vitoreado, por la Villa.  
Ante el sol de Castilla  
Que ardía en el azul del firmamento,  
Por las torcidas calles desiguales,  
El pueblo desbordábase á raudales;  
De los balcones mil flotaba al viento  
La enseña de colores nacionales;  
El laurel alfombraba el pavimento,  
Y en carroza real, bajo las flores  
De los arcos triunfales, levantados,

Iba, en torno de amigos adorados,  
El rey de los modernos trovadores.  
Yo le miré pasar, noble la frente,  
Modesto y bondadoso en su grandeza,  
Con la nieve del tiempo en su cabeza,  
Mas no en sus ojos de expresión ardiente;  
Ví la gozosa gente  
Trás su coche seguir; entusiasmadas  
Las damas, las alturas coronando,  
Lanzar blancas palomas adornadas;  
Y al ver la Corte toda palpitando,  
De gala, festejando la memoria  
Del cantor de Granada y de Sevilla:  
No es vana, me gritaba, ni ilusoria  
La fama del poeta; bien que brilla;  
Bien que se honra en la tierra de Caslilla,  
Al que llega al alcázar de la gloria.  
Mas, pasado el primer aturdimiento,  
Cuando, al dejarle allá, en su alojamiento,  
Fuimos al vate presentados varios;  
Cuando ya disipóse, por el viento,  
El aroma de tantos incensarios;  
Quedó la realidad triste y sombría:  
Aquel cantor insigne, aquel poeta,  
Era un mendigo ilustre, que tenía  
Que cantar, por ganarse una peseta.  
Su pátria le acogía  
Con regocijo, al son de los timbales,  
Con colgaduras, músicas, y flores,  
Con fiestas, con honores,  
Pero no le ofrecía dos reales;  
Y como el vate ciego, cual Homero,  
De pueblo en pueblo arrastraría el brillo  
De su inútil corona, pordiosero,  
Cantando su destino lastimero,  
Agarrado á un mugriento lazarillo.

## VIII.

Esta visión del vate mendicante  
Me llenó de amargura y de tristeza,  
Y destruyó mi sueño mas brillante.  
Así concluye, dige, quien empieza  
Sobre la tumba del egregio Larra,  
Alzando el pabellón de su renombre.  
¡Oh pueblo, que así tratas á un gran hombre,  
Tu crueldad, tu sarcasmo me desgarral  
Te reconozco en esto; eres el mismo  
Que derrochaba el oro americano  
En sostener la pompa, el lujo vano,  
Ó el capricho de un torpe despotismo;  
El que pagaba, con crecido escote,  
Palaciegos flamencos, córte agena,  
Y dejaba dormir sin luz ni cena  
Al autor inmortal de Don Quijote;  
El que daba á los frailes sus tesoros,  
É iba al convento á mendigar la sopa;  
El que empeña el jornal y hasta la ropa  
Por comprar un billete de los toros!  
Que dejarías de existir, no dudes,  
Y no hubieras llegado á tus grandezas,  
Si al lado de estas miseras flaquezas,  
No tuvieras altísimas virtudes;  
Si tú no hubieras sido el que alentaste  
Á Colón, en su empresa sobrehumana,  
Descubriendo la América lejana;  
El que en Italia y Flandes peleaste;  
El que, soltando tu león que aterra,  
Le hiciste dominar, zona tras zona,  
Hasta que el sol le diste por corona  
Y por gigante pedestal la tierra;

Y en fin, quien, tras hondísimo desmayo,  
Despertando á la voz del genio tuyo,  
Corriste á defenderte el dos de Mayo,  
Y al titán derribaste con tu rayo,  
De la roca Tarpeya de su orgullo.

## IX.

Embebido en tan graves reflexiones,  
Me planteé por fin este dilema:  
Hay que elegir, ó la ambición suprema  
Con sus luchas y negras decepciones;  
Ó entregarse á ese mónstruo que devora,  
Al que parece que feliz encumbra,  
Ó buscar un refugio en la penumbra  
De otra vida apacible y seductora.  
¿Cual es de la existencia  
Sino el último fin, el inmediato?  
La dicha, esa celeste refulgencia,  
De una incógnita luz, lucero grato.  
¿Por qué se afana el hombre sin reposo?  
¿Para qué he trabajado y he sufrido?  
¿Porqué gasté mi tiempo mas hermoso  
En el árido estudio? ¿porqué, herido  
De la muerte, vivir he preferido  
Y lo impetré de Dios? Por ser dichoso.  
Y la dicha ¿qué es? Cual muda esfinge,  
Se nos presenta siempre este problema.  
Cada cual á su antojo se la finge;  
Mas no estriba en la fiebre que nos quema,  
En la ambición, que se despierta osada  
En este centro; en el poder, ni el oro;  
Ni en la gloria, con lágrimas regada:  
La dicha está guardada  
En la paz y en la sombra, cual tesoro.

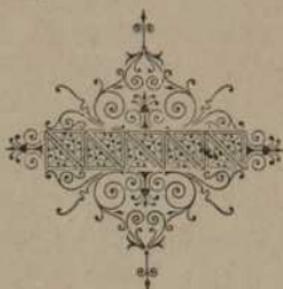
La paz, la oscuridad; eso me agrada.  
Moderemos la loca fantasía,  
Me dige, ya resuelto, cierto día;  
Placidez y bonanza, eso deseo;  
Ese es el sueño de la mente mía;  
No la gloria, el poder, ó el merodeo.  
Dejemos esta Corte que así engaña,  
Con el adorno de su vida externa;  
Este volcán en erupción eterna,  
Este foco apoplético de España;  
Su helado invierno de nevadas noches,  
Sus apiñados y revueltos séres,  
Sus circos, sus teatros, sus mujeres,  
Sus trenes, sus palacios y sus coches;  
Dejemos para siempre sus festines;  
Su miseria, cubierta de grandeza;  
Su lodo, plateado de riqueza;  
Sus célicos, caidos serafines.  
Busquemos otra esfera y otro suelo;  
Un puerto de refugio más suave,  
Donde pueda echar anclas, como nave  
Que toma una ensenada sin recelo.  
Allá en mi patria, donde nunca el hielo  
Mata la flor en el erguido tallo;  
Donde parece el mar charco de plata;  
Perla inmensa la luna, que recata  
Entre blondas de tul su blanco rayo;  
Donde es más verde la campestre yerba,  
Y el cielo más azul, y el sol más puro,  
Mi albergue está, arrimado contra un muro;  
La piedra de mi hogar aún se conserva.  
Será mi centro de atracción: no quiero  
La lucha que es dolor; quiero la calma.  
Suba á la altura la arrogante palma,  
Y expóngase á sufrir el noto fiero;  
Alce su copa el roble, por que es fuerte  
Y tiene su raíz en lo profundo;

Yo temo las catástrofes del mundo;  
Del infusorio seguiré la suerte.  
Y cual este halla, dentro de una gota,  
Su mansión de cristal, en donde gira,  
Donde la luz tornasolada mira,  
Donde la alta tormenta no le azota;  
Como este vive allí, de paz disfruta,  
Y amor encuentra, aunque ignorado pasa,  
Y el ansia de lo eterno no le abrasa,  
Buscaré en un rincón calma absoluta;  
Una choza no más, pero risueña;  
Una vida fecunda, mas sin ruido;  
Un hogar amoroso como un nido,  
Y una mujer, como mi amor la sueña.  
¿Es por ventura mi proyecto loco?  
Dios al soberbio siempre está amagando;  
Mas ¿negárame á mí lo que demando,  
Cuando yo me contento con tan poco?  
No es posible, pensó mi afán oculto;  
Y sin más reflexión ni más ambage,  
Preparé aquella tarde mi equipage,  
Y de la Corte abandoné el tumulto.

## X.

Partí; silvó la audaz locomotora;  
La villa quedó allá, con sus reflejos,  
Y con ella quedaron, á lo lejos,  
El ansia, la ambición devoradora,  
Las pasiones satánicas; metido  
En mi muelle vagón, yo me creía  
Un espíritu puro, desprendido  
Del error de la carne, de su impía  
Concupiscencia; un sér purificado  
Que abandona su mísera envoltura,

Y camina á los reinos de la altura,  
Entre santos y arcángeles llevado.  
Mientras el tren volaba,  
La noche salpicaba  
El espacio de innúmeras estrellas;  
La tierra entre lo oscuro se sumía,  
Y el alma parecía  
Flotar entre las lámparas aquéllas.  
Á su rayo indeciso,  
Un ángel, de seráfico semblante,  
Bajaba á recibirme, y yo sumiso,  
Esperaba me abriese el paraiso,  
Como la sombra de Beatriz á Dante;  
Y alentaba la fé de mi ilusoria  
Nueva dicha de goces soberanos,  
Lo mismo que los mártires cristianos  
Alientan la esperanza de la gloria.





## CANTO UNDÉCIMO.

---

### I.

He llegado á un momento  
En que de haber trazado me arrepiento  
Cuanto hasta aquí vá escrito en verso tanto;  
Porqué es tal la amargura de este canto,  
Me renueva tan hondo sentimiento,  
Que ha de sonarte á tí, como un lamento,  
Y ha de arrancarme á mí forzoso llanto.  
Disfracé, hasta el presente,  
Con sonrisas mis quejas, una excusa  
Buscando á mis pesares solamente;  
Mas ¡oh amigal ya es fuerza que se ausente  
De nuestro lado la festiva musa.

### II.

Dime, si aquel Colón, tan celebrado  
Por su constancia y voluntad de hierro,  
Después de haber un mundo imaginado,  
Trás las olas de un mar inexplorado,

En noches de vigiliás y de encierro;  
Después de haber luchado  
Con obstáculos mil para su empresa;  
Después de haber, en leños, conseguido  
Atravesar el mar embravecido,  
Y ver su mundo entre la niebla espesa;  
Al mirarlo esplendente,  
Lleno de bosques, vida respirando,  
Y al clavar en su tierra sonriente  
La enseña de Isabel y de Fernando,  
Lo hubiese visto, por decreto infando,  
Hundirse entre las aguas de repente;  
Con las gentes y naves españolas,  
Quedando él allí, náufrago y perdido,  
Con su sueño genial desvanecido  
Entre el furor de las amargas olas;  
¿Qué hubiera dicho, triste y dolorido,  
A la nueva atrevida carabela,  
Que, dando al viento su latina vela,  
Corriera en pos de un mundo parecido?  
No más que lo que oirás en el gemido  
De estas estrofas, que el dolor congela;  
Lo que en este mi canto te revela  
Un corazón, del desengaño herido,  
Que otro vano fantasma ha perseguido,  
Y que ya nada busca y nada anhela.

## III.

Sí; por que yo, que me forjé mi sueño;  
Que por hallar su realidad querida,  
Gasté mis fuerzas; y agoté mi vida,  
En perseguirlo con tenáz empeño;  
Yo que, poniendo mi ambición en poco,  
Pensé alcanzar la dicha deseada,

Y aún la tuve en mi mano aprisionada,  
Fuí un atroz desdichado, si no un loco:  
Loco, si fué tan solo una quimera,  
Que se fingió real la mente mía,  
La que brilló á mis ojos lisongera,  
(Que á la verdad lo ignoro todavía;)  
Desdichado de fijo, pues gozando  
Al fin de mi ilusión y mi contento,  
Mi deseado mundo contemplando,  
De inenarrable dicha palpitando,  
Con un soplo, de un golpe, en un momento,  
Hundióse todo, con fragor violento,  
Y me quedé en mis lágrimas flotando.

## IV.

¿Cómo pasó? Vas á saberlo ahora.  
Volví de nuevo á mi ciudad nativa,  
Con alma más que nunca soñadora,  
Dejando aquella Côte seductora,  
Charco inmenso de atmósfera nociva.  
Era un ave sin nido, y me hice uno;  
Faltábame una dulce compañera,  
Que conmigo la vida compartiera,  
Y allí encóntrela, sin esfuerzo alguno;  
Necesitaba amor, puro y grandioso,  
Y ella también lo derramó en mi alma:  
¿Qué más quería? Para ser dichoso  
Le basta á un corazón, no avaricioso,  
Una mujer, amor, y un nido en calma.

## V.

Éramos muy felices. Sonreía

Yo, cuando en nuestra quinta deleitosa,  
En un alto balcón, de primorosa  
Labor, sentados á la luz del día,  
Leíamos á Byron, que rugía  
Con Childe-Harold, con Lara, con Manfredo,  
Con el Pirata, con Don Juan, remedo  
Todos, de su mortal melancolía.  
Cuando de Heine la fría  
Burla mirando, ó de Leopardi mismo  
El negro pesimismo  
Escuchando, en sus cantos inmortales,  
No hallábamos en torno tantos males,  
Ni en nuestra propia vida tanto abismo.  
El fiero escepticismo  
Del bardo inglés, el hielo y el sarcasmo  
Del poeta alemán, el desaliento  
Del itálico vate macilento,  
Más que extrañeza nos causaban pasmo;  
Porqué, en nuestro entusiasmo,  
Saturada nuestra alma de contento,  
Juntos los dos, en soledad, amantes,  
En aquella mansión, á aquella hora,  
Viendo aquellas campiñas que el sol dora,  
Y aquellos arroyuelos de diamantes,  
Y los montes gigantes,  
Con su azulado trasparente viso,  
Y el verde naranjal, y el bosque agreste,  
Juzgábamos la vida un dón celeste,  
Y la tierra un inmenso paraíso!

## VI.

¿Y cómo nó? Figúrate el más tierno  
Idilio. Dos amantes sin cuidados,  
Una casa con verdes emparrados,

Prados distantes de verdor eterno;  
Las alboradas dulces y apacibles,  
Los días breves, luminosos, puros,  
Las tardes bonancibles,  
Las noches salpicadas de visibles  
Luceros, en sus ántros más oscuros;  
Espesas arboledas, la corriente  
Rumorosa de un río, convidando  
Á sueños y á deliquios de la mente,  
Allá los arcos de gigante puente,  
Separadas montañas enlazando;  
La vega coronada de alquerías  
Y huertos de naranjos y palmeras,  
La viña escalonada en las laderas,  
Y el olivar florido en las umbrías;  
Figúrate paseos matutinos,  
Al sol naciente, por el valle ameno,  
Oyendo de mil pájaros los trinos,  
Y viendo los albergues campesinos  
Salir de los repliegues del terreno;  
Imagina una ermita solitaria,  
Allí llegar los dos, con almas puras,  
Y allí rezar nuestra primer plegaria,  
De rodillas al Dios de las alturas;  
Y regresar después de gozo henchidos,  
Y á trechos descansar, atrás mirando  
Las sendas, que torcidas ván quedando,  
Por los sembrados campos recorridos;  
Pón á lo léjos la mansión campestre,  
Surgiendo de la niebla entre los tules,  
Cual nido de oropéndola silvestre,  
Con persianas fresquísimas azules.  
Coloca en torno el naranjal en fruta,  
Con sus millares de doradas pomas,  
Como una inmensa inextricable gruta,  
Llena de ruiñeños y de aromas;  
Fingete, en sitio de delicias tales,

El almuerzo frugal, la limpia mesa  
Llena de porcelanas y cristales;  
El sol que, con sus rayos matinales,  
Mira por el balcón y se embelesa;  
Las aves que, al llevar á los aleros,  
Para tejer sus nidos, rubias pajas,  
Viendo nuestros semblantes placenteros,  
Entran allí, á picar en los fruteros,  
Y á recoger alegres las migajas;  
Sueña siestas de plácidas dulzuras,  
Dos almas prisioneras en un lazo,  
Dos séres que se adoran, un regazo,  
Éxtasis, y deliquios y ternuras;  
Supón allá, cuando fenece el día  
Y las sombras avanzan lentamente,  
Un grupo soñador, en la alquería,  
Ó en la peña sombría  
Que hay junto al río, ó en el alto puente;  
Fórjate la ilusión de que una ignota  
Ruta prosigue, entre los turbios velos,  
De que ese grupo en las distancias flota  
Como el de dos espíritus gemelos;  
Míralo, al fin, bajar de la montaña,  
Hélo del brazo encaminarse al nido,  
Cuando la noche la llanura empaña,  
Y aún la luna del monte no ha surgido;  
Síguelo á su mansión, que se adormece  
Reclinada en cogines de follages;  
Vélo allá en el balcón, que se aparece  
Al tiempo que la luna ya esclarece  
Con su luz argentada los paisages;  
Inventa mil colóquios deleitosos  
Sobre el balcón aquél, mágica escala  
Por donde suben, agitando el ala,  
Aquellos dos espíritus dichosos,  
Mientras la luz sobre su fáz resbala,  
Y este cuadro de sueños venturosos

Es todavía pobre, en nada iguala  
Al que entonces gocé, y mi suerte mala  
Trocó al cabo en abismos tenebrosos.

## VII.

Breve fué, sí; pasó cual un delirio,  
Cual un celage de occidente bello;  
Y hoy es mi confusión y mi martirio  
Pensar como eclipsóse todo aquello.  
¡Imposible parece, aunque lo tocol  
Desengañado ya, cual Segismundo,  
Creo un sueño la vida, un sueño el mundo,  
Ni en mi propia aflicción creo tampoco.  
Disfrutamos así la primavera  
De un otoño en un mayo transformado;  
Parecía que el globo, atrás llevado,  
Volvía á la estación más placentera.  
No se ajaron las flores  
En el otoño aquél, ni nubes rojas  
Trageron tempestades y terrores;  
Ni, muertos sus verdores,  
Cayeron de los árboles las hojas.  
En éxtasis divino,  
Guardó la savia su vigor interno,  
Y suspendió la tierra su camino,  
Y á sorprendernos vino,  
Sin nieves ni crueldades, el invierno;  
Y alcanzamos la nueva primavera  
Con las mismas risueñas lontananzas,  
Y siguió, entre bonanzas,  
Bogando nuestra barca mar afuera.  
Pero volvió ese mes, en que se cubre  
De secas hojas el desierto suelo;  
Volvíó ese oscuro, pavoroso octubre,

Que parque y selvas de verdor descubre,  
 Y altera mares y anubarra el cielo;  
 Y de repente se trocó la escena,  
 Y nuestra fáz apareció sombría,  
 Como por un eclipse, en pleno día,  
 La triste oscuridad el mundo llena.

## VIII.

Con ansiedad interrogué á mi amada:  
 —¿Qué tienes? preguntaba, ¿qué quebranto  
 Te affige? ¡Por la cosa más sagrada  
 Dímelol—Respondíame que nada,  
 Pero en silencio se enjugaba el llanto.  
 Una tarde, estrechada  
 Pòr mi afán, me condujo á su aposento,  
 Y delante de un mudo crucifijo,  
 Lloró mucho y me dijo:  
 —¡Oye, tengo un atroz presentimientol  
 No queria decirlo; ¡te amo tanto  
 Que reservaba para mí mis penas!  
 ¡Voy á morir!... Oílo, y el espanto  
 Me congeló la sangre de las venas;  
 Me repuse algun tanto;  
 Procuré disuadirle de su extraña  
 Persuasión; la abrazaba, la oprimía;  
 Pero ella repetía:  
 —¡Lo dice el corazón y no me engañal  
 —¡Morir! nó, vida mía,  
 Reiteraba; desecha tal idea.  
 ¿Tan pronto ha de acabar nuestra ventura?  
 Dios es muy bueno; nuestro bien procura;  
 Para la dicha y para el bien nos crea.  
 ¿Por qué ha de convertir en amargura  
 Nuestro amor? ¡No es posible que así seal

Tu duelo es vano; tu sospecha atea;  
¡Pidámosle perdón de tal locura!  
—Lo quiere; estoy segura:  
Ella me replicaba, sollozando.  
—Me estás martirizando;  
Volvia á reprocharle con ternura.  
¿No iba yo caminando,  
Con paso irresistible, hácia la muerte,  
Y la vida me dió que le pedía?  
¿No me otorgó la ansiada dicha mía?  
¿No te soñaba, y concedióme verte?  
¡Pues, cómo ahora podría  
Arrancármelo todo de esa suertel  
¡Una crueldad seria  
Propia de un corazón de duros bronce!  
Si darme la ventura no quería,  
Ó iba á darme solo por un día,  
¿Por qué no me dejó morir entonces?  
Á esto no contestaba;  
Solo á mí se aferraba,  
Se unian en un beso nuestras frentes,  
Y el delirante diálogo, expiraba  
Entre lluvias de lágrimas ardientes.

## IX.

Pero el día llegó, día de arcanos  
En que el amor á todos pone á prueba;  
Á la mujer, que en sus entrañas lleva  
Vida y muerte, enlazadas de las manos;  
Y al hombre, que asustado y miserable,  
Turbada el alma y el semblante sério,  
Asistiendo á aquel trágico misterio,  
De una creación se encuentra responsable.  
Luchó la vida con la muerte impía,

Como un ángel de luz con un vestiglo;  
Ya la vida titánica vencía,  
Y el fantasma del mal se retorció....  
¡Pasó un momento semejante á un siglo!  
Cayó la noche; oscuridad espesa  
Todo lo rodeó; cobró ventaja  
En su atróz lobreguéz, la muerte aviesa;  
Y ví, á una luz de funeral pavesa,  
Cómo una amada fáz se desencaja.  
Y no hubo más que su mirar marchito,  
Recordándome aquel presentimiento;  
Un beso postrimer; un hondo grito;  
Un alma que voló hácia lo infinito,  
Y un cuerpo que rodó en el pavimento!

## X.

¿Cuándo volví en mi sér? No sé dar cuenta.  
¿Cuánto tiempo pasó? También lo ignoro.  
¿Quién mide el tiempo en la aflicción cruenta?  
¡Nunca su imagen móvil se presenta,  
En ojos anublados por el lloro!  
Del dolor en el mudó paroxismo  
No hay sucesión de cosas; noche y día,  
Sombra y luz, estación cálida y fría,  
Todo tiene un color: el del abismo.  
Todo, todo es lo mismo;  
Uniforme, monótono y oscuro;  
La tierra, el mar, el horizonte, el cielo,  
La idea del cerebro no seguro,  
La memoria, el latido, el hondo anhelo.  
Solo dos cosas, para el alma inerte,  
Se distinguen por luz desconocida,  
Aunque trocadas por nefanda suerte:

Una, la vida que parece muerte;  
Otra, la muerte que parece vida!

## XI.

Al levantarme del tenáz letargo,  
Miré á mi alrededor, y quedé yerto;  
Como quien sale de un sueño largo,  
Doquier gritaba con acento amargo:  
—¿Pero es verdad? ¡Desengañadme! ¿Ha muerto?  
La voz en las estancias se perdía,  
Y yo por ellas, delirante, erraba;  
Y aunque doquier ansioso preguntaba,  
Solo un silencio atroz me respondía.  
Allí estaba vacía  
La cámara nupcial, y al sol abierta;  
A un amarillo sol, que, penetrando,  
Íbala, melancólico, alumbrando,  
Como á jaula de pájaros desierta.  
Allí estaba mi tálamo deshecho,  
En piezas cien de palosanto, oscuras;  
Y un girón de sus ricas colgaduras,  
Aún flotaba, prendido al alto techo.  
Flores ajadas, en jarrones varios,  
Al alma hablaban de pasados días;  
Y los espejos, en sus lunas frías,  
No copiaban su imagen, solitarios.  
Callados los canarios  
Escondían su pico entre las alas;  
Todo estaba vacío, todo hueco,  
De mis pisadas, pavoroso, el eco  
Iba repercutiendo por las salas.  
Avancé al comedor, que se entreabría;  
Ya no mostraba sus doradas pomas,

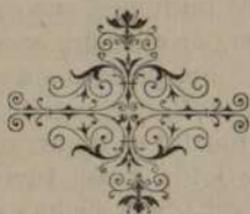
Ni el sol en los fruteros relucía:  
Era ya un comedero sin palomas.  
La quinta parecía un mausoleo;  
El ave en los aleros no anidaba,  
Ni entre el azar llegaba  
A picar, en feliz revoloteo;  
La verja estaba rota y desunida,  
El cenador cubierto con tristeza,  
El suelo tapizado de maleza,  
Y el seco naranjal casi sin vida.  
Con alma entristecida,  
Mudos los labios y la faz llorosa,  
Me encaminé al estribo de aquel puente,  
Buscando aquella peña deleitosa,  
Sitio de tanta plática amorosa,  
Y de tanto proyecto sonriente.  
Registré en derredor; más ¡todo inútil!  
La arrastró la corriente de aquel río,  
Como el destino impío  
Se lleva, al fin, nuestra existencia fútil.  
Por la terrible realidad llagado,  
Convicto de mi negra desventura,  
Estuve, sobre el río, ya inclinado;  
Sentí la profundísima pavora  
Del suicida, á la muerte arrebatado...  
Y algun ángel alado,  
Me detuvo en el borde de la altura.

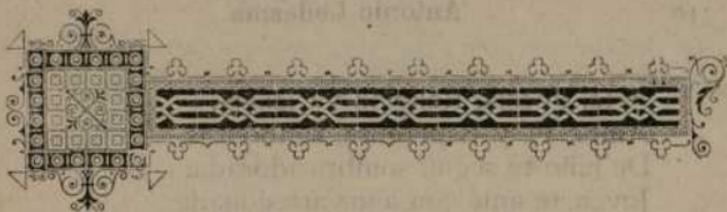
## XII.

Así acabaron mis ensueños todos;  
Ansias, delirios, luchas y tareas,  
Ambiciones forjadas de mil modos,  
Proyectos y quimeras giganteas.

Así pasó la vida preferida,  
Y no sirvió su oscuridad de nada;  
La gota por las olas fué arrastrada,  
Y se estrelló á su fuerte sacudida.  
¿Qué me quedó de mi ilusión querida?  
Solo una leve niebla disipada,  
Un desengaño, una memoria helada,  
Y una incurable dolorosa herida.  
Aún contemplo mi hogar medio deshecho,  
En el que ya mi corazón no alienta;  
Entra un rayo de sol, de trecho en trecho,  
Quiere bañar mi dolorido pecho,  
Pero su débil luz no me calienta.  
Vuelve la primavera con sus dones,  
Mas ¿qué me importan sus hermosas galas,  
Sus flores, sus perfumes, sus canciones,  
Si no vuelven con ellas mis visiones,  
Que son ya como pájaros sin alas?  
Vate de Recanati, que digiste  
Que la vida mortal es un arcano  
De miseria y dolor, ¡razón tuvistel  
¡Todo es miserial Si la dicha existe,  
Rápida pasó cual fantasma vano.  
¿Es esto solo por cruel destino  
De una Natura inexorable y ciega?  
¿No tiene objeto alguno este camino,  
Lleno doquier de zarzas y de espino?  
¿Solo á la nada del morir se llega?  
¡Yo no lo sé! Hay un círculo de fuégo  
Que abraza mi cerebro, si esto ahondo.  
La muerte es el descanso, es el sosiego:  
Si hay otra vida luego,  
O todo baja de la tumba al fondo;  
Si es el dolor la prueba que redime,  
O la fatal necesidad que abruma;  
Si hay consuelo después para el que gime,  
O nada existe tras la muerte en suma;

Eso Dios lo reserva en sus arcanos;  
Mas yo en sus planes y bondad confío,  
Y me entrego obediente entre sus manos,  
Que Él, que mueve los astros más lejanos,  
Ha de cuidarse del destino mío.





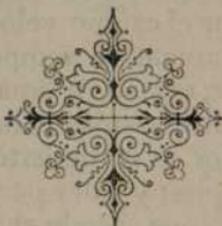
## EPÍLOGO.

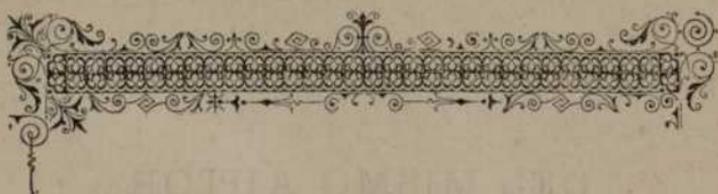
---

Mucho tiempo ha pasado de este triste  
Desenlace, y no tengo ya ninguna  
Historia que contar; todo lo oíste.  
Este período en sombras se reviste:  
Es en un erial, una laguna.  
Calmó, sin duda alguna,  
El acerbo dolor, secóse el llanto;  
Que hasta el raudal de la abundante fuente,  
Corriendo por el campo velozmente,  
Muere en el arenal, en tiempo tanto.  
Un nuevo sér, retoño de aquel muerto  
Árbol amado, su sonrisa exhala,  
Única viva flor en mi desierto;  
Juega á mis piés, y salta por el huerto  
Cual pajarillo que sacude el ala.  
Y tú también á consolarme vienes,  
Tú, grata imagen, cariñosa amiga,  
Que aunque corpórea realidad no tienes,  
Colmas al alma de inefables bienes,  
Y aplacas su quebranto y su fatiga.  
Tú eres la luz de mi razón confusa,  
Tú de mi corazón eres la esencia,  
Tú de mi inspiración la dulce musa,  
Y el eterno ideal de mi existencia.

Arte, Poesía, Religión y Ciencia,  
Amor, Fé y Esperanza, simbolizas;  
De niño te seguí, sombra adorada;  
Jóven, te amé con alma apasionada;  
Caduco, he de legarte mis cenizas.  
Fé, condugiste mis primeros pasos;  
Esperanza, alentaste mis anhelos;  
Arte, abriste á mi mente nuevos cielos;  
Poesía, dísteme goces no escasos;  
Amor pusiste, aunque con varia suerte,  
La dicha, entre mis brazos, un instante;  
Ciencia, reinas en mí, viva y constante,  
Y Religión, endulzarás mi muerte.

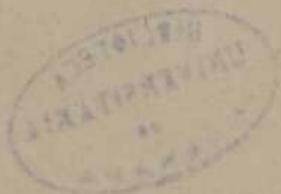
FIN.





## ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
Advertencia del autor. . . . .	IX
El pedazo de cántaro. . . . .	3
El cántaro invisible. . . . .	13
Un episodio en Granada. . . . .	29
Los dos resucitados. . . . .	45
La torre de D. Alonso. . . . .	79
La ciencia y el amor. . . . .	105
Lecciones de gramática. . . . .	119
Blanca. . . . .	129
Remembranzas. . . . .	173



DEL MISMO AUTOR.

---

**OBRAS PUBLICADAS.**

---

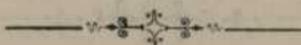
Tomo I.—Poemas.

**EN PREPARACIÓN.**

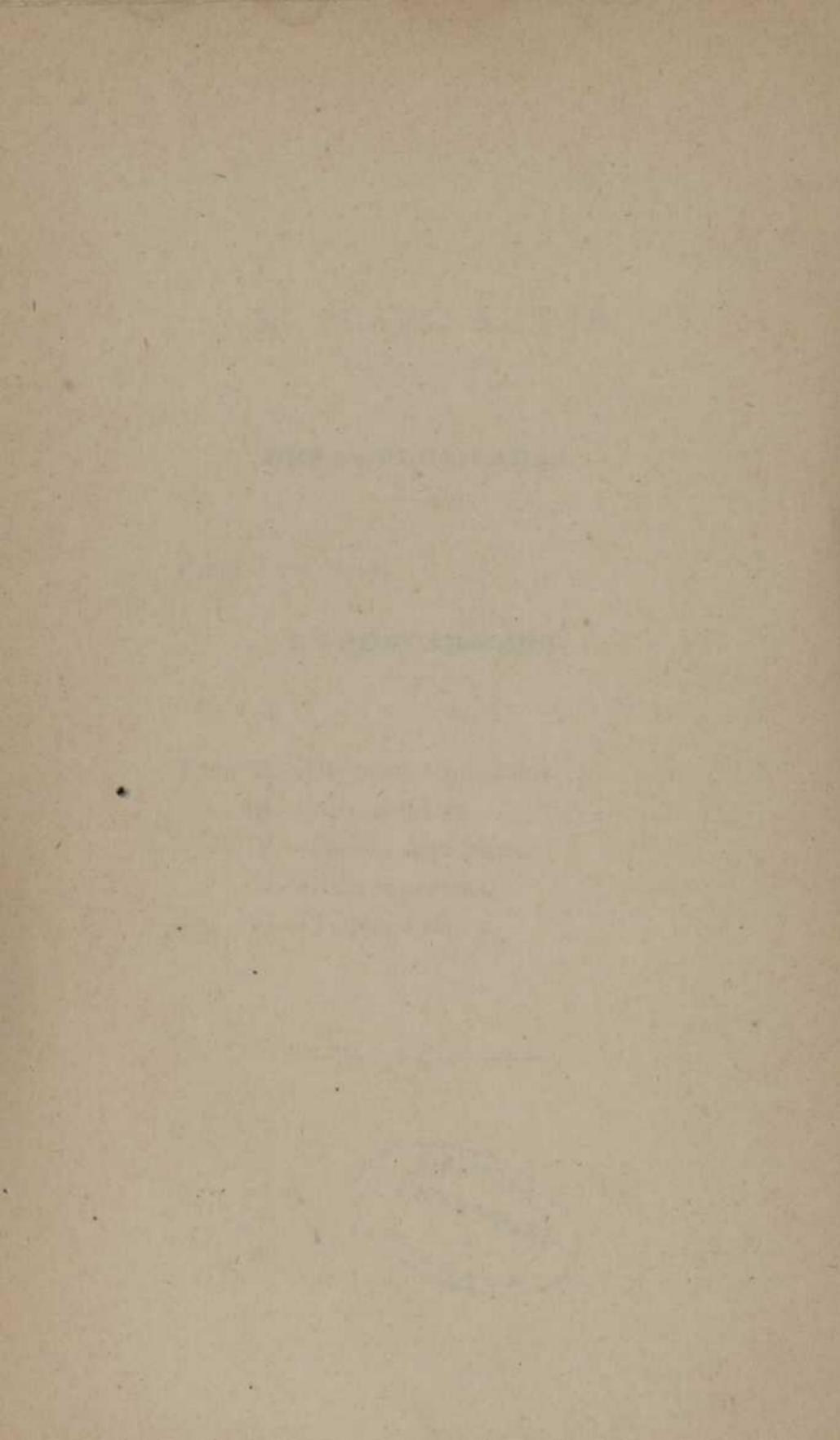
---

Tomo II.—Discursos académicos.

- » III.—Poesías líricas.
- » IV.—Poesías dramáticas.
- » V.—Nuevos poemas.
- » VI.—Trabajos varios.



LIBRARY  
UNIVERSITY OF TORONTO  
1911









# DEL MISMO AUTOR

## OBRAS PUBLICADAS

Tomo I      Poemas

## EN PREPARACIÓN

- » II      Discursos académicos
- » III     Poesías líricas
- » IV     Poesías dramáticas
- » V      Nuevos poemas
- » VI     Trabajos varios

## PUNTOS DE VENTA

En Almería, Imprenta y librería del Comercio, Ateneo y  
calle de Pizarro, núm. 12

En Madrid, en todas las librerías

Tirada de esta edición: 500 ejemplares

*Derechos de propiedad reservados al autor*

I

BIBLIOTECA

DE

Escritores Americanos

A. Ledesma

OBRAS COMPLETAS

Tomo I

POEMAS

5 pesetas

1887

B

C

741